



MARIO ESCOBAR

EL CLUB  
DE LOS  
MARTES

Lectulandia

Pasión por los libros, por las buenas historias que te enganchan hasta hacerse tuyas: eso es lo que comparten cinco mujeres que, lideradas por la doctora Alexandra Byrne, se reúnen cada martes en la Central Library de Seattle para participar en charlas entusiastas sobre tramas y personajes.

Lo que estas independientes mujeres ignoran es que sus debates ficticios van a adquirir un tinte mucho más real cuando una de ellas, Wilda, agente del FBI, las involucre en la resolución del caso de un asesino en serie que está sembrando el terror en las calles de la ciudad.

Embarcadas en una investigación paralela, lo que comenzó como un inofensivo club de lectura se transforma en un juego macabro y estremecedor que pondrá sus vidas en peligro y someterá su amistad a la más dura de las pruebas: la traición.

Lectulandia

Mario Escobar

# El club de los martes

ePub r1.0

Karras 17-02-2019

Título original: *El club de los martes*

Mario Escobar, 2017

Editor digital: Karras

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

## Primera parte. El club de los martes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

## Segunda parte. Amistad

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

## Tercera parte. Pesadilla

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Ciudad de Seattle

Agradecimientos

Sobre el autor

*La verdad es el mejor camuflaje, nadie la entiende.*

MAX FRISCH

*El mal nunca queda sin castigo, pero a veces el castigo es secreto.*

AGATHA CHRISTIE

*La mejor receta para la novela policíaca: el detective no debe saber nunca más que el lector.*

AGATHA CHRISTIE

*No leas, como hacen los niños, para divertirte, o, como hacen los ambiciosos, con el propósito de la instrucción. No, lee para vivir.*

GUSTAVE FLAUBERT

# PRIMERA PARTE

## EL CLUB DE LOS MARTES

# CAPÍTULO 1

Alexandra Byrne había heredado de su madre únicamente dos cosas: su amor por los libros y un profundo instinto maternal. Lo primero lo descubrió muy pronto, y en lo segundo se reafirmó plenamente aquel año. Llevaba cinco sin ejercer como pediatra en el prestigioso Seattle Children's Hospital, la edad exacta que tenía su hija menor Sally, una pelirroja de nariz respingona y grandes ojos verdes igualita a ella. Los tres mayores, Tim, Tommy y Betty, se parecían más a su esposo Mark, un hombre alto y desgarbado, de ojos pardos y pelo rubio, que había sido jugador de baloncesto en la universidad y ahora era el cirujano jefe de medicina interna del Virginia Mason Hospital.

Alexandra Byrne ejercía veinticuatro horas al día de esposa y madre, siempre cargada de mochilas, meriendas y los instrumentos musicales de sus hijos. El único respiro en su ajetreada agenda, el único momento de la semana en el que dejaba de ser madre, miembro de la asociación de padres del colegio, la vecina de la última casa de su calle y fiel esposa, era los martes por la noche. A las cinco de la tarde tomaba su hermoso Ford Tourneo Connect repleto de trastos de sus hijos y se dirigía al singular edificio de la Central Library en la Cuarta Avenida, en pleno *downtown*. Allí se reunía el Club de Lectura que había formado un año antes, cuando después de tomar antidepresivos durante una temporada se dio cuenta de que lo que necesitaba era volver a leer y a amar los libros.

Desde sus comienzos en la universidad todo su universo se había reducido a su novio Mark, sus compañeros de carrera y los pacientes del hospital. Las veladas antes de tener a sus hijos se limitaban a cenas con colegas del hospital que terminaban en reuniones improvisadas en las que se acababa siempre hablando de trabajo. Alexandra adoraba ser médico, le gustaba salvar vidas, atender a sus pacientes y vivir en una hermosa casa cerca de la Seattle Pacific University, a veinte minutos en coche de la Central Library, pero no sabía lo difícil que era formar una familia y continuar adelante con tu vida.

Su obsesión por la lectura había comenzado desde muy temprana edad. Siempre había visto a su madre Anna devorar cientos de libros. Los leía mientras cocinaba en su casa, durante las tardes, cuando sus hermanos y ella jugaban en el jardín trasero, o por las noches antes de dormir. Su gran pasión eran los libros de Agatha Christie, una de las pocas mujeres escritoras en un mundo casi exclusivamente de hombres. En aquella época, Alexandra no comprendía esa compulsión exagerada de su madre hacia la lectura, pero cuando creció se dio cuenta de que lo único que esta deseaba era escapar de su realidad, a pesar de pertenecer a la clase media alta y estar casada con un prestigioso médico de Portland.

Antes de tener la idea del Club de Lectura Alexandra y su esposo pasaron por Amazon Books, junto al campus de la Universidad de Washington, camino al hospital infantil en el que ella había trabajado más de quince años, para llevar a revisión a la pequeña. El edificio de ladrillo y ventanales enmarcados en negro se encontraba en el U-Village, un centro comercial al aire libre próximo a la zona universitaria. Amazon Books no se diferenciaba mucho de cualquier otra cadena de librerías en su forma exterior, pero se había convertido en lugar de culto para los amantes de los Kindle y los libros *indies* de la ciudad, por no hablar de los turistas que recorrían Seattle para hacerse una foto delante de su famosa fachada y presumir de haber estado en una de las pocas librerías que tenía Amazon en el mundo.

A su marido Mark le pareció una buena idea que creara el club. Su hija pequeña ya iba a la escuela infantil y ella se sentía aún muy deprimida, por lo que enseguida se compró un Kindle, descargó aquella noche más de veinte títulos de Agatha Christie y contactó con un grupo de mujeres que deseaban participar en el Club de Lectura de la Central Library. Algunas de ellas eran viejas conocidas como Stella Morelli, con la que había compartido horas interminables de espera mientras sus hijos practicaban algún deporte o una actividad extraescolar. A Sara la conocía desde hacía menos tiempo, pero en los dos últimos años se habían hecho inseparables. Wilda se presentó el día que comenzó el club y Marta unas semanas más tarde. Las cinco congeniaron de una manera increíble, sobreviviendo a las idas y venidas del resto del grupo. En cierto sentido, eran como hermanas. Lo que Alexandra desconocía en ese momento era que, unos meses más tarde, la vida de todas ellas estaría en peligro y un asesino en serie que llevaba aterrorizando Seattle los últimos años intentaría eliminarlas una a una.

## CAPÍTULO 2

Marta Sánchez llegaba tarde aquel día. La editorial Penguin en Seattle se dedicaba a competir con la todopoderosa Amazon en su propio terreno. En los últimos años, Marta había logrado robar varios autores *indies* a Amazon y convertirse en una verdadera descubridora de talento literario en formato digital. A pesar de vivir todo el día entre libros, su mejor momento de la semana era el Club de Lectura. Al principio se lo había tomado como una especie de experimento sociológico, pues conocía a muchos editores que poco a poco se habían alejado de los lectores, encerrados en su torre de marfil, creyendo que ellos dirigían el mundo de la cultura. Marta prefería tener los pies en la tierra. Había nacido en El Salvador y era huérfana de padre, por lo que su madre, una mujer de fuerte personalidad, había tenido que sacar a la familia adelante por sí sola. Marta había logrado a los dieciocho años una beca para estudiar en los Estados Unidos y, desde entonces, había residido en diez ciudades por todo el país, la última Nueva York; pero cuando sus jefes le propusieron aquel puesto de *scout* de talentos digitales, no lo dudó dos veces. Vivía exclusivamente para los libros, hasta tal punto que su último novio, Robert Sullivan, había sido un librero de la vieja escuela, empeñado en que la gente continuara visitando librerías, olisqueando las hojas de los volúmenes viejos y experimentando las mismas sensaciones que los lectores de los anteriores quinientos años.

Aparcó el coche y abrió su Kindle mientras subía al inmenso *hall* de la Central Library. Caminó con paso acelerado entre las estanterías, pisando las inmensas briznas de hierba. Aquello parecía cualquier cosa menos una biblioteca: se asemejaba más a una nave espacial o un aeropuerto de última generación en algún país de la península arábiga o el sudeste asiático.

Marta llegó hasta la mesa, sus amigas se pusieron en pie y la saludaron. Siempre pasaban la primera hora del club poniéndose al día sobre la semana anterior, como si llevaran toda la vida juntas.

—Hola, Marta, veo que en vísperas de Acción de Gracias aumenta el trabajo —comentó Alexandra, que siempre ejercía de anfitriona en las reuniones, aunque todas intervinieran constantemente y propusieran lecturas y temas de debate.

—Si algo ha conseguido esta maldita crisis es quitarnos el hábito de fumar: no soy capaz de levantar el trasero de la silla de mi despacho ni una sola vez en todo el día —dijo Marta sarcásticamente. Todas estaban acostumbradas a su sarcasmo y alegría. Les encantaba que fuera tan espontánea, sin filtros ni tabúes.

Sara Jakob frunció el ceño sin poder evitar un gesto de reproche ante los improperios de Marta, aunque en el fondo admiraba su capacidad para romper el hielo. Ella se había criado en una familia ultraortodoxa judía dedicada a la

compraventa de gemas. Había vivido más de veinte años en Jerusalén, pero tras su llegada a los Estados Unidos había comenzado a relajar sus costumbres, hasta finalmente separarse de su esposo Isaac, uno de los judíos más influyentes de la ciudad y padre de sus dos hijos.

—Bueno, esta semana hemos leído el último libro de Rachel Abbott, *The Sixth Window*. Espero que os haya gustado —comentó Alexandra al grupo.

—¡Me ha fascinado! —exclamó Stella Morelli, la más entusiasta del grupo—. La trama engancha, no podía dejar de leerlo. De hecho, casi quemé la cocina. Lo leía hasta mientras preparaba la cena para Marcelo.

—Eso nunca me pasaría a mí —comentó divertida Wilda Johnson—, pues nunca he cocinado ni un huevo frito. Mi madre me enseñó a ser tan inútil como ella en la cocina. Aunque hemos vivido en más de treinta países, no sabía cocinar; siempre comíamos congelados o pedíamos a domicilio.

—Me hubiera encantado vivir en tantos países —dijo Stella—. Yo nunca he salido de los Estados Unidos. Bueno, una vez fui a Canadá, pero eso no cuenta.

—Me encanta cómo se resuelve el libro —dijo Wilda, regresando al tema.

—Es lógico, todo ese asunto del marido fallecido y el amigo perfecto. Me gustó cómo cada una de vosotras lanzasteis una hipótesis sobre el final de la novela y casi todas acertasteis —comentó Alexandra.

—Todas menos yo —bromeó Stella, que siempre se enredaba en los argumentos de las obras y en el juego semanal para adivinar el final antes de terminar el libro.

Se rieron a la vez, pero Wilda Johnson se limitó a alisar su vestido pantalón de color azul, algo ausente.

—Wilda, sabes que está prohibido pensar en la oficina, los niños o el marido cuando estamos reunidas —apuntó Alexandra.

Lo cierto es que Wilda no tenía ninguna de esas cosas, a excepción de su trabajo, aunque más que una profesión lo consideraba una vocación. Su padre, tras licenciarse del ejército, se había convertido en policía en la ciudad de Boston y había muerto en acto de servicio justo unos días antes de Acción de Gracias de 1984, cuando ella tenía catorce años. Desde ese momento se prometió a sí misma dedicar su vida entera a la justicia y la ley. Entró en la Academia de Policía de Boston, pero tras cinco años como agente pidió el ingreso en el FBI. Consideraba que la policía metropolitana se encargaba de limpiar las calles de rateros, pero los verdaderos criminales, como el que había asesinado a sus padres, continuaban sueltos. Tras su formación en la Academia del FBI en Quantico, ingresó en la Unidad de Análisis de Conducta, dedicada al estudio de crímenes violentos. Su primer trabajo fue de ayudante en el equipo desplazado a Seattle para buscar al famoso asesino de Green River.

—Lo siento, chicas, tengo un caso ahora que me está obsesionando. Ya sabéis que, por desgracia, en el bello y tranquilo estado de Washington ha habido varios psicópatas asesinos. El más conocido fue Gary Ridway, en cuyo caso participé cuando llegué a la ciudad, pero también estuvo Ted Bundy, entre otros muchos.

Ahora hemos encontrado los cuerpos de cuatro mujeres a las que el asesino dejó de dos en dos en el lago Green y en el lago Haller —explicó Wilda mientras observaba la cara de estupefacción de sus amigas. Nunca hacía confidencias de aquel calibre a nadie, ni siquiera a alguna de sus anteriores parejas, pero aquellas chicas eran especiales. Habían estado con ella cuando la depresión comenzaba a asomar su cara más terrible; algunas de ellas se habían quedado a dormir en su casa o la habían acompañado al médico. Eran todo lo que tenía en aquella ciudad en la que uno podía sentirse rodeado de gente y al mismo tiempo completamente solo. Sabía que podía confiar en ellas, lo que hablaran no saldría de allí. Necesitaba escuchar un punto de vista fresco y neutro; el propio FBI solía utilizar especialistas de fuera de la Agencia en algunos casos, informadores y colaboradores de muchos tipos. Las chicas del club eran las personas más perspicaces que había conocido jamás y la ayudarían a salir del bloqueo en el que se encontraba.

—No he leído nada en las noticias ni han comentado los casos por televisión —dijo Alexandra sorprendida.

—Lo cierto es que encontramos los cuerpos la semana pasada, pero hasta ahora hemos logrado mantener el caso en secreto. No queremos alarmar a la población ni, sobre todo, animar al asesino a cometer más crímenes.

—Pero ¿todas son mujeres? —preguntó Marta.

—Sí, ya sabéis que es característico de los psicópatas buscar un perfil determinado de víctima. Este se ha centrado en mujeres de mediana edad, muchas de ellas madres o casadas, profesionales liberales que viven en los alrededores de Seattle —dijo Wilda.

—Todas nosotras cumplimos ese patrón —dijo Sara Jakob con los ojos muy abiertos.

—Bueno, hay cientos de miles de mujeres que los cumplen —dijo Wilda para tranquilizar a sus amigas. Se mordió el labio inferior, sin entender cómo había podido revelar datos de una investigación federal a sus amigas. Por otro lado, pensó que podrían ayudarla. Todas tenían la misma edad que las víctimas y estaban acostumbradas a resolver cualquier tipo de crimen ficticio en su Club de Lectura, pero sobre todo eran sus amigas y podía confiar plenamente en ellas.

—Es algo muy serio —dijo Alexandra—. ¿De qué manera podemos ayudarte?

—Lo cierto es que de ninguna manera. Será mejor que os olvidéis de todo lo que he dicho —dijo Wilda. Si sus superiores se enteraban de que estaba compartiendo información sobre un caso como aquel no duraría mucho en el cuerpo.

—Ahora no nos puedes dejar en ascuas. Por favor, prometemos no contárselo a nadie, ¿verdad, chicas? —insistió Alexandra.

Todas hicieron el gesto de levantar la mano con tres dedos apuntando al cielo, el juramento de Boy Scout.

—Está bien, pero es estrictamente confidencial. Quiero asegurarme de que la información no sale de aquí —dijo Wilda mirando a ambos lados, para asegurarse de

que ningún curioso estaba escuchando la conversación.

El grupo se inclinó hacia delante, poniendo sus rostros a pocos centímetros de la agente del FBI.

—Bueno, ya os he comentado que por ahora hemos encontrado cuatro cadáveres de mujeres de mediana edad. Todas son madres y la mayoría están casadas, perfectamente integradas en la comunidad y sin antecedentes penales. No consumían drogas, ni siquiera tenían una mísera multa de tráfico. Las cuatro vivían en un área de quince millas alrededor del centro de la ciudad, en zonas residenciales de clase media. Tres de las mujeres eran caucásicas y la otra hispana. Dos eran amas de casa y las otras trabajaban en profesiones liberales: una era abogada y la otra profesora en un colegio. Como veis todo muy normal, nada con lo que poder comenzar la investigación —explicó Wilda, después se retiró un poco y se apoyó de nuevo en el respaldo.

Todas la imitaron, Stella resopló y Marta puso los ojos en blanco.

—No tiene mucho sentido. ¿Por qué eligió a esas mujeres? ¿Cómo las asesinó? —preguntó Alexandra.

—Sabemos que no las mató donde encontramos los cuerpos. De hecho, ya os he dicho que las hallamos de dos en dos, atadas por la espalda —dijo Wilda.

—¿Atadas? —preguntó Marta.

—Sí, con cuerdas blancas de nailon. Al parecer las ató después de muertas —detalló.

—¿Cómo murieron? —preguntó Sara mientras se frotaba las manos sudorosas. Tenía la misma sensación de miedo y emoción que cuando siendo niña veía una película de terror a escondidas de sus padres en casa de alguna vecina.

—Fueron asfixiadas, que no estranguladas, ya que no hay marcas en el cuello. El asesino debió de utilizar una bolsa o una almohada, eso está todavía por determinar. Las dejó atadas, desnudas y en posición fetal, después las arrojó al lago. Sabía que las encontraríamos. En cierta manera, quería que las encontrásemos —comentó Wilda.

—Puede que esté imitando a Gary Ridgway, el famoso asesino de Green River —dijo Alexandra.

—Lo dices por la zona y el hecho de que deje a más de una —dijo Stella.

—Exacto, parece el mismo *modus operandi* —añadió Wilda.

—Sin duda es un hombre que odia a las mujeres. ¿Había signos de violación? —preguntó Alexandra.

—Sí, desgarramiento vaginal y anal. Aunque sin restos de semen. Los cuerpos estaban limpios, sin ningún tipo de identificación. El asesino les quitó pendientes, colgantes, anillos y cualquier cosa que pudiera identificarlas. No obstante, no fue difícil averiguar la identidad de las mujeres, ya que sus familias habían denunciado su desaparición. La primera se produjo hace un año, pero el cuerpo apareció hace pocas semanas. Las otras tres son todas de hace tres y dos meses.

—Entonces no las asesina de inmediato —comentó Sara.

—No. Debe de encerrarlas en algún sitio. Hemos investigado granjas y casas solitarias cercanas, pero sin rastro. El asesino debe de tener un lugar tranquilo y apartado. No es sencillo retener a una persona durante tanto tiempo sin levantar sospechas —explicó Wilda.

El grupo se quedó en silencio unos minutos, después Alexandra miró su Kindle y comenzó a buscar algo.

—¿Qué haces? —preguntó Marta.

—Hay algo que me resulta familiar. Desapariciones que terminan por convertirse en asesinatos. Recuerdo el caso de la pareja perfecta, Paul Bernardo y Karla Homolka, que secuestraron y asesinaron a varias adolescentes —comentó Alexandra.

—Ese caso sí que fue misterioso, hay muy pocas parejas que se conviertan en sádicos colaboradores de asesinato —dijo Marta Sánchez.

—Bueno, la cuestión es que estoy muy preocupada. Hace unos días desapareció otra mujer, Esther Wilson, un ama de casa que vivía cerca de la Universidad de Washington —dijo Wilda.

—¡Dios mío, la conozco! Vive a unas pocas casas de la mía. Sus hijos son amigos de los míos —comentó Alexandra asustada.

—No hemos anunciado su desaparición con la esperanza de que el asesino no se alarme. Mientras se encuentre con vida podremos hacer algo por ella —dijo Wilda mientras cerraba su Kindle.

—¿Por qué piensas que sigue viva? —preguntó Sara.

—Siempre se deshace de dos cuerpos. Mientras no desaparezca ninguna otra mujer, Esther estará a salvo, pero puede que no quede mucho tiempo —explicó la agente muy seria.

—Pues nos centraremos en todos los detalles. Pásanos los nombres de las víctimas e intentaremos sacar algunas conclusiones —dijo Alexandra.

—Puede resultar peligroso —les advirtió.

Todas se miraron. Podía percibirse la tensión entre ellas, pero al final Alexandra aferró las manos de las dos amigas que tenía alrededor y todas formaron un círculo.

—Vamos a cazar a ese maldito asesino. No permitiremos que continúe matando a mujeres inocentes —dijo mientras apretaba las manos de las dos amigas.

Todas afirmaron con la cabeza. El Club de Lectura tenía que resolver un nuevo enigma, pero esta vez no era el resultado de la fantasía de un escritor o de la trama de una novela: era la vida real, alguien que estaba secuestrando a mujeres como ellas para después violarlas y asesinarlas.

Unos minutos más tarde todas regresaron a sus coches, a excepción de Marta, que vivía a pocas manzanas y no tenía vehículo.

Ya era de noche cuando cruzaron la ciudad de Seattle. Las cinco amigas no podían dejar de pensar en lo sucedido.

Alexandra conducía de vuelta a casa mientras en la radio se oía el último disco de Taylor Swift, pero su mente no podía parar de pensar en el misterioso caso que les

había contado Wilda. Tenían que ponerle un nombre y pensó enseguida en llamarlo «El Asesino de las Damas». Envío un mensaje al grupo y unos segundos después oyó el sonido de una contestación, pero ya estaba aparcando frente a la puerta de su garaje. Cerró el Kindle y salió del coche. Miró por la ventana del salón, su marido jugaba con los niños mientras la mayor escuchaba música en su móvil con los cascos que le habían regalado en verano por sacar buenas notas. Suspiró aliviada, aunque por dentro no podía dejar de pensar en la causa de su infelicidad. Lo tenía todo, pero se sentía triste y desanimada, como si tenerlo todo no fuera suficiente.

## CAPÍTULO 3

Sara dejó las llaves en la bandeja de la entrada y comenzó a mirar su teléfono mientras caminaba descalza hasta el salón. Después anduvo hasta la cocina, moderna y robotizada. Juanita se encontraba sentada en una banqueta, pero al ver entrar a la señora se puso de pie en posición de firmes. Sara era encantadora, pero Juanita sabía lo exigente y quisquillosa que podía llegar a ponerse.

—Hola, Juanita. ¿Los niños están en la cama? —preguntó mientras se deshacía el moño de pelo castaño.

—Sí, señora. Estaban muy cansados, los pobres tienen muchas actividades.

Apenas había pronunciado las últimas palabras cuando Sara le clavó su mirada más inquisitiva. Cada comentario acerca de sus hijos lo tomaba como un ataque personal. Se sentía una mala madre, siempre demasiado ocupada para pasar tiempo con sus niños, siempre cansada, pendiente de alguna reunión o enganchada al portátil.

—Tienen que recibir una buena formación. El mundo es cada vez más competitivo. Ahora tenemos que luchar por un puesto de trabajo con gente de Tokio, Nueva Delhi o Ámsterdam. Antes de que cumplan veinticinco años deben dominar al menos tres idiomas, haber terminado una carrera y un máster. El mundo laboral actual es una selva —dijo Sara de manera tan incisiva que su sirvienta comenzó a temblar. Sabía que podía pasarse horas hablando sobre la globalización.

Juanita permaneció callada, con el gesto impertérrito, hasta que Sara comenzó a calmarse un poco. La asistente esbozó una sonrisa y su empleadora le pidió con un gesto que se retirase a su cuarto.

—Tiene la cena en la nevera —comentó mientras se dirigía a toda prisa a su habitación para ver el último episodio de su telenovela favorita.

—Gracias —dijo Sara casi sin fuerzas, pero sin comer se dirigió a su habitación y se puso ropa deportiva.

Se encontraba muy cansada para salir a correr aquella noche. Por la mañana había tenido cinco reuniones agotadoras, pero lo que más le preocupaba era lo que le había contado su amiga Wilda. Lo que faltaba en Seattle era un asesino en serie de mujeres de mediana edad. Ya tenían suficiente con el sobrepeso, las arrugas, ser unas madres ejemplares, comer sano, hacer deporte, leer e ir a mil cursos de las cosas más variadas.

Al pasar por delante de la habitación de sus hijos les echó una rápida ojeada. Estaban dormidos, aún les quedaban un par de años para celebrar sus Benei Mitzvá, pero parecían crecer por momentos. A veces pensaba que su padre cuidaría mejor de ellos, él al menos parecía interesarse por sus juegos y aficiones. Samuel y David eran dos alumnos ejemplares, obedientes, ordenados y educados. Se parecían más a Isaac

que a ella, cuya familia siempre la había considerado un desastre. Había sido una buena estudiante, pero nunca le había importado en exceso qué ropa ponerse. Al fin y al cabo, en su etapa ultraortodoxa no había mucha variedad que elegir y al final se había acostumbrado a ser austera, totalmente desinteresada en resaltar su lado femenino.

Cuando entró en el pequeño gimnasio que había montado su marido antes de que se separaran se observó por unos instantes en los grandes espejos de la pared. Tenía un cuerpo esbelto, aunque en los últimos meses había perdido algo de peso. Las caderas, el pecho y la espalda formaban curvas perfectas, aunque ella siempre se había sentido tan fea como en su etapa de estudiante. No lograba observarse con cierta objetividad, se sentía culpable por tantas cosas que apenas recordaba una vez en que simplemente se hubiera dedicado a disfrutar de algo. Era ejecutiva en Apple, una de las cinco mujeres más influyentes de la ciudad, colaboradora en varias obras benéficas y, aunque no le gustase, una de las mujeres judías más importantes de los Estados Unidos.

Comenzó a correr en la cinta mientras no dejaba de pensar en sus hijos. No era una buena madre askenazí, siempre había desdeñado aprender el yidis y enviar a sus hijos al *shule*, de esas cosas se encargaba su exmarido. Isaac era un buen hombre en general, aunque frío como un témpano, y a veces podía comportarse como un verdadero egoísta y machista. Quería que ella triunfara, pero le exigía que dejase su profesión hasta que sus hijos fueran a la universidad. Sara lo intentó durante algún tiempo. Todas sus amigas envidiaban su vida de lujo y refinamiento, pero ella la odiaba. No soportaba las cenas con políticos, las veladas en teatros o las obras benéficas seleccionadas para favorecer la imagen de su marido, que además de ser uno de los banqueros más ricos de la ciudad aspiraba a convertirse en alcalde. No entendía por qué debía aparcar su carrera por la familia: ella tenía sus propios sueños y aspiraciones. Tampoco encajaban mucho en la cama. Sara nunca había tenido una relación plena, apenas había disfrutado del sexo, en el que siempre veía algo sucio, tal vez por su educación conservadora.

Después de dos años divorciada comenzaba a superar algunas cosas, pero seguía confusa, deprimida y sin saber muy bien qué hacer con su vida. En los últimos meses había tenido un par de citas, pero no habían funcionado. Los hombres querían ir demasiado deprisa para ella, que buscaba algo más estable y duradero, una persona con la que compartir el resto de su vida.

Corrió con todas sus fuerzas mientras observaba la ciudad al otro lado del cristal. Las luces centelleaban como estrellas caídas mientras su cuerpo se tonificaba y su mente por fin comenzaba a relajarse. Tras media hora de carrera intensa bajó de la cinta y se dio una ducha breve. Se puso un camión de satén y se tumbó en la cama sin cenar. No tenía hambre aquella noche; la conversación con Wilda le había hecho perder el apetito. No estaba tan segura de que fuera buena idea meterse a investigar a ese asesino. Aquello no era un juego, era la pura realidad. Tomó el Kindle de la

mesita y lo abrió. En ese momento escuchó un pitido; era normal que a aquellas horas sus amigas le enviaran un párrafo subrayado o simplemente un mensaje. La nota era muy breve, pero la dejó totalmente paralizada:

Un negrito se encontraba solo. Y se ahorcó, y no quedó ¡ninguno!

Sara se incorporó de un salto en la cama mientras arrojaba el Kindle al colchón. Después volvió a cogerlo lentamente y miró el *nick* del usuario: no se trataba de ninguna de sus amigas. Simplemente ponía OWEN.



Marta dio al botón y el montacargas subió lentamente hasta su inmenso *loft*. Aquella antigua zona industrial se había convertido en uno de los barrios más naíf de la ciudad. Era una de las zonas más caras y exclusivas, pero estaba en el corazón mismo de Seattle y en sus calles podían verse todo tipo de vagabundos. Abrió la puerta del montacargas y la cerró tras un fuerte golpe. Después fue tirando la ropa manchada por el suelo y se dirigió directamente al baño. Se duchó durante un buen rato con agua casi hirviendo, como si estuviera haciendo un ancestral ritual de purificación, y después se fue desnuda hasta la cocina, tomó algo de fruta y se la comió mientras buscaba su serie de Netflix. Después se tumbó en el gigantesco sofá y alargó el brazo hasta dar con el Kindle. Estaba a punto de abrirlo, ya que tenía la costumbre de leer y ver una serie al mismo tiempo, cuando sonó su teléfono. Al ver que era Robert, dudó si cogerlo, pero al final apretó el botón verde y saludó a su antiguo novio.

—Hola, Robert. ¿No crees que es un poco tarde para llamar? —le regañó burlona.

—No te quejes, sabía que estabas despierta. Los vampiros no necesitáis dormir muchas horas —bromeó él.

—No como los ratones de biblioteca, que pasáis todo el día adormecidos ante los anaqueles y las viejas estanterías de las librerías —replicó.

—Bueno, ahora que se están abriendo librerías por todas partes y las cadenas comienzan a resurgir, como la mala hierba, tendré que dedicarme a otra cosa.

—¿Qué sabes hacer aparte de leer libros? Nadie va a robarte a esos lectores fanáticos. Ninguna cadena de librerías tiene tu catálogo ni está interesada en pasar horas o días buscando un ejemplar raro para un cliente.

—En eso tienes toda la razón. Nadie roba un negocio ruinoso; es como tener un coche viejo sin motor en la entrada de casa: lo máximo que te puede pasar es que terminen anidando águilas americanas en él y te hagan la vida imposible.

—Tú también has leído la noticia de Alaska, las águilas norteamericanas que atacan a la gente en ese pequeño pueblo de Dutch Harbor. La historia parece sacada de una película de Hitchcock —comentó Marta.

—¿Qué tal tu Club de Lectura? Podríais reuniros en mi local, pues esa biblioteca ultramoderna en la que lo hacéis no inspira mucho a la lectura, como tampoco esos malditos dispositivos electrónicos —dijo Robert, quien odiaba las *tablets* y los *eReaders* y prefería los libros de papel, que podían acumularse en las estanterías como antiguos trofeos de caza para decirle a todo el mundo que el dueño de aquella casa no era un cualquiera.

—Bueno, se lo propondré a las chicas, pero la biblioteca tiene *parking* y está más céntrica. Cada una de nosotras viene de una punta de la ciudad. Yo soy de las que vive más cerca del centro —comentó Marta mientras daba un par de bocados a una manzana.

—Excusas. Tus amigas ricas tienen miedo de venir aquí —dijo Mark algo molesto—, creen que en este barrio no hay más que escoria.

—No seas bobo. Mis chicas no son clasistas. Puede que estén forradas, pero eso no las convierte en pijas, simplemente les va bien en la vida. Creo que eso no es un crimen.

—Era una broma —comentó Robert.

Marta frunció el ceño y sus cejas negras casi se unieron por unos segundos. Después dejó el Kindle a un lado y miró impaciente el teléfono para ver la hora. Precisamente aquello era lo que menos le gustaba de su ex: siempre se creía por encima de los demás, con su aire de bohemio y su toque hípster.

—Perdona, te llamaba por otra cosa. Está por aquí un joven escritor llamado Marcos, es de tu tierra y he pensado que te gustaría conocerle. He leído un par de cosas suyas y tiene mucho talento. ¿Quieres que te mande algo o prefieres conocerle en persona? Puedo citarle en la librería mañana por la tarde.

La mujer se quedó pensativa un momento, después se mordió el labio inferior, como solía hacer cuando tenía que tomar una decisión, y al final le dijo:

—Está bien, me pasaré mañana a eso de las seis de la tarde. Es miércoles y suelo salir pronto de la oficina; normalmente me quedo una o dos horas más —dijo Marta.

—Muy bien, pues te esperamos. Si luego te apetece cenamos algo de comida italiana.

—Ya veremos —dijo Marta, que intentaba enfriar un poco su relación con Robert. A pesar de llevar seis meses sin salir oficialmente, no era la primera vez que su ex quería meterse de nuevo en su cama.

Después de colgar el teléfono tomó de nuevo el Kindle mientras seleccionaba la serie, que ya estaba al final de la última temporada, dio al *play* y buscó una camiseta y unas braguitas, comenzaba a tener frío. Se tapó con una manta y miró la pantalla del aparato. Tenía un mensaje. Lo abrió y sin pensarlo un momento llamó a Wilda.

Esta estaba en la cocina preparándose la cena, un plato precocinado, cuando escuchó el teléfono, y lo buscó en el bolso durante un rato hasta que dio con él. Pensó que se trataría de algún asunto de la oficina, posiblemente de alguna nueva víctima del asesino en serie, pero afortunadamente se trataba de Marta.

—Hola. Qué raro que me llames tan tarde. ¿Está todo bien?

—Sí. Bueno, no. ¿Has recibido la nota de un tal OWEN?

—¿Por teléfono?

—No, en el Kindle. Imagino que se la ha mandado a las cinco.

—Espera un momento —dijo la agente dejando el teléfono en la encimera de la cocina, junto a la tabla de cortar.

Miró la pantalla del *eReader* y vio la nota. Tomó el teléfono y exclamó:

—¡Joder! ¿Quién puede haber sido? ¿No se tratará de una broma de una de las chicas?

—No es una broma de las chicas. Creo que es ese maldito psicópata que estás buscando. Ha debido de seguirte y espiarnos, nos ha mandado esto para que nos asustemos y creo que lo ha conseguido —comentó Marta mientras se abrazaba las rodillas.

—También puede tratarse de un bromista que nos ha escuchado en la biblioteca.

—Eso espero, el resto de las chicas deben de estar aterrorizadas. Al menos Alexandra tiene a Mark y Stella a Marcelo, pero nosotras estamos solas en casa —dijo Marta, que a medida que escuchaba sus palabras parecía más nerviosa.

—Tranquila. Ese tipo no creo que haya entrado en ninguna casa. Creemos que siempre asalta a sus víctimas en la calle. Pediré que rastreen el mensaje, puede que nos dé alguna pista. Aunque estoy casi segura de que se trata de un bromista.

Wilda vio que tenía una llamada en espera y dijo a Marta:

—Me llaman por el otro lado.

Apretó el botón y vio que era Alexandra.

—¿Wilda? ¿Te ha llegado el mensaje? —preguntó esta en tono bajo.

—Sí, espera que incluyo a Marta, que está en la otra línea.

Conectó a sus dos amigas. Alexandra parecía la más afectada de todas.

—Dios mío, ese loco sabe lo que hemos hablado —dijo con la voz entrecortada.

—Puede que se trate de una broma de mal gusto. Le comentaba a Marta que rastreamos el ordenador desde el que se ha enviado la nota. No será difícil localizar al culpable.

—Eso espero. He pensado en los niños y en Mark; no me preocupa tanto lo que pueda pasarme a mí como lo que les suceda a ellos.

—Tranquilas —dijo Wilda intentando calmar a sus amigas. Se sentía angustiada, todo aquello era culpa suya. Había pensado que contárselo sería una buena idea, pero no lo había sido en absoluto. Si sus jefes se enteraban podía olvidarse de su carrera en el FBI. No podía explicar que el mensaje había llegado a todas las chicas: se limitaría a contar a la Agencia que lo había recibido únicamente en su Kindle.

—¿Qué piensas que quiere decir con el mensaje? —preguntó Marta.

—Bueno, esa frase es de la novela de Agatha Christie *Los diez negritos*, una de las más vendidas de su autora. Ese en concreto es el último párrafo de la famosa canción infantil «Los diez indios pequeños». No se conoce al autor, aunque se cree

que el compositor fue Septimus Winner —les explicó Alexandra, que era una verdadera fanática de las obras de Agatha Christie.

—Eran diez negritos, es el último párrafo, del que se fue y se ahorcó —comentó Wilda.

—Exacto —dijo Alexandra.

—Será mejor que nos pongamos en contacto con Sara y Stella. No me gustaría que les hubiera sucedido algo y no nos hubiéramos enterado —comentó Wilda.

—Pero es muy tarde para llamar y las dos tienen niños pequeños —replicó Alexandra.

Se hizo un largo silencio, no era buena idea llamar a las chicas a esas horas de la noche, pero ninguna de las tres pegaría ojo si no confirmaban que todas se encontraban bien.

Wilda marcó el número Stella Morelli, y apenas habían sonado dos tonos cuando esta contestó asustada. No había leído el mensaje y dormía plácidamente junto a Marcelo. Le advirtieron de lo que estaba sucediendo. Luego llamó a Sara, pero a pesar de insistir tres veces su amiga no contestó.

## CAPÍTULO 4

La asistenta salió de la habitación con los ojos aún pegados por las legañas. Se colocó el mandil y se acercó a la cafetera Ripple Maker, capaz de dibujar caras en la espuma del café. A ella aquello le parecía cosa de magia. Elegía una imagen en la pantallita y salía exactamente igual en la espuma. Eligió aquel día el rostro de Venus en la *Alegoría de la primavera* de Sandro Botticelli y puso la taza en la bandeja junto a un zumo de naranjas de kápon, las más dulces del mundo, unas tostadas de pan de maíz no transgénico, espelta con miel deshidratada y oro en polvo.

La asistenta llamó a la puerta, entró en la habitación en penumbra, dejó la bandeja en la mesa al lado de la ventana y levantó la persiana, pero al mirar hacia las sábanas de satén rosa comprobó que la señora no estaba acostada. Era muy raro que se hubiera levantado antes de que ella la despertara. Miró por toda la habitación, pero lo único que vio fue su teléfono móvil en la mesita, un *eReader* sobre la almohada y ropa deportiva tirada a un lado de la cama.

—¡Señora! —dijo la asistenta en dirección al baño.

Olía a humedad y cuando abrió la puerta una nube de vapor caliente la cegó un momento. El cuarto de baño era muy amplio, con una cabina de ducha forrada de piedra, una bañera al otro lado y un inmenso espejo con dos lavabos. La asistenta apenas distinguía nada entre el vapor que formaba una niebla espesa, pero al acercarse a la bañera comprobó que estaba vacía; después se dirigió a la cabina de ducha, de donde salía el intenso vapor y era aún más difícil atisbar nada. El sonido del agua golpeando el suelo de piedra parecía ensordecedor cuando entró en el pasillo que llevaba hasta la ducha de lluvia, pero antes de llegar a los mandos notó que chocaba con algo. Levantó la vista y miró horrorizada el cuerpo de la señora colgando del techo. La asistenta dio un grito y salió a toda prisa del cuarto de baño. Mientras corría hacia el teléfono de la cocina, unos niños somnolientos salieron de sus habitaciones alarmados por los gritos.



Wilda ya estaba preparada para salir cuando recibió la llamada de su superior, Philip Klein. La voz ronca de fumador de su jefe no podía indicar otra cosa que la muerte de una nueva mujer.

—Agente Johnson, será mejor que se pase por Queen Anne Hill. Le he mandado la dirección completa por *Whatsapp* —dijo el hombre.

—¿Qué ha sucedido, jefe? —preguntó ella inquieta. Era la misma zona en la que vivía su amiga Sara Jakob.

—Me temo que nuestro asesino ha vuelto a hacer de las suyas, aunque en este caso no ha secuestrado a la víctima y tampoco la ha llevado a un lago, pero es una mujer de mediana edad, madre de dos hijos, que vivía sola.

Wilda notó cómo le daba un vuelco el corazón. Respiró hondo y se apoyó con una mano en la pared.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Klein al escuchar la respiración fatigada de su subalterna.

—Sí, jefe, salgo para allí.

Wilda salió al jardín delantero y subió a su Chevrolet de doce años, con la pintura medio oxidada y el salpicadero repleto de papeles y todo tipo de cachivaches. Miró el teléfono y mandó la dirección al navegador. Puso en coche en marcha, tenía el corazón en vilo y se sentía culpable por lo sucedido.

Mientras cruzaba la ciudad en medio de un intenso aguacero, no dejaba de pensar en su amiga. Klein no le había dicho nada de los niños, esperaba que al menos ellos se encontrasen bien. Tardó más de media hora en llegar a la zona a pesar de que puso la sirena en varios tramos, y cuando vio el enjambre de coches de policía, a los curiosos y un par de cadenas de televisión supo que el caso ya era público, que el asesino podía estar contento: al fin había conseguido lo que buscaba.

Paró el motor y se quedó unos segundos sentada, con la vista posada en sus piernas, intentando enfrentarse al horror, pero en ese momento sonó el teléfono. Miró la pantalla brillante en medio de la oscuridad de aquel día lluvioso y gris. El nombre de Sara centelleó como una pepita de oro en el fondo cenagoso de un río. Wilda estuvo a punto de dejar caer el móvil, pero al final acertó a dar al botón verde y se colocó el aparato en el oído.

—¿Wilda? ¿Qué está sucediendo justo al lado de mi casa? Veo un montón de ambulancias, coches de policía y prensa.

La agente se quedó muda unos segundos. Escuchaba su respiración agitada y las gotas de lluvia golpeando el techo del coche. Respiró hondo para intentar contener las lágrimas que comenzaban a inundar sus ojos marrones.

—¡Dios mío, Sara! ¿Te encuentras bien?

—Claro que me encuentro bien. Estoy asustada, los niños están en la otra habitación con Juanita. En esa casa viven dos de sus amigos, juegan en el mismo equipo de fútbol europeo. Conozco a Margaret desde hace años. ¿Qué sucede? ¿Les ha pasado algo?

—Sí, creo que tu vecina está muerta. Los niños se encuentran bien, pero ella ha aparecido... Bueno, llama a las chicas, esta tarde tendremos reunión de urgencia, pero no en la biblioteca. Pregunta a Marta si podemos quedar en la librería de Robert. ¿Vale?

—Sí, ya me explicarás qué está pasando. No llevaré a los niños al colegio, estoy temblando... —dijo Sara mientras notaba que sus manos no le respondían. Parecía al borde de un ataque de pánico.

—Haz tu vida normal. Ya os contaré. Ahora tengo que dejarte, por favor llama a las chicas —le pidió antes de colgar.

Salió del coche y se abrochó la gabardina gris. Las gotas de agua frías y gruesas le comenzaron a salpicar en la cara, lo que alivió su angustia y le aclaró la mente. Tenía que sobreponerse y pillar a ese cabrón. No quería que sus amigas se convirtieran en un nuevo trofeo de caza.

Llamó al informático de su departamento y le pidió que rastreara su cuenta de Kindle para localizar desde dónde le habían enviado la nota amenazante, corrió hasta la casa de madera, pasó el cordón policial y subió las escaleras del porche de dos en dos.

Philip Klein estaba en la segunda planta, en la habitación de la víctima. En el salón se encontraban los niños y la asistenta. Estaban a medio vestir, abrazados, no lloraban, pero su rostro reflejaba una tristeza que no dejó a Wilda indiferente.

—Ken, por favor, llevad a los niños a otro sitio —pidió a uno de los agentes.

Ascendió la escalera con el corazón en vilo. Notaba sus latidos a medida que subía las escaleras. El ruido le indicó el camino a la habitación de la víctima. Varios agentes terminaban de peinar toda la zona, y Philip miraba el baño como si intentase atravesarlo con sus ojos azules; su cara parecía inexpresiva, el tipo de rostro que ha visto demasiadas cosas y al que parece que ya nada le sorprende ni le indigna.

—¡Por Dios! ¿Por qué ha tardado tanto? —le preguntó sin ni siquiera mirarla a la cara.

—Lo siento, señor.

—Ha vuelto a actuar.

—¿Está seguro de que se trata del mismo asesino? —preguntó Wilda.

—El mismo tipo de víctima: mujer de mediana edad, profesional liberal, madre, aunque ese patrón no se cumple siempre...

—Ya, pero no hemos encontrado el cuerpo en un lago.

—Es cierto, Wilda, pero está en la maldita ducha. Eso cuenta como agua, ¿no?

—No lo sé, señor. Todo parece diferente. El asesino las captura, las utiliza, las desnuda y las abandona de dos en dos. Suele asfixiarlas, no ahorcarlas —comentó la agente.

—El ahorcamiento es una forma de asfixia; además, algunos asesinos cambian algunas de sus rutinas. Puede que intentara llevársela y se resistiese, que no pudiera completar su ritual, que estuviera tan desesperado por saciar su sed de sangre que la matase aquí mismo —comentó Klein.

Wilda sabía que en algunos casos sucedía así, pero le extrañaba en este. El asesino siempre había actuado de la misma forma. No habían encontrado el cuerpo hasta la mañana, de modo que nadie le había interrumpido. Además, hasta ese

momento no había buscado a sus víctimas en sus propias casas, sino que las había asaltado de camino al trabajo o cuando iban de compras.

—Bueno, tendremos que analizar bien todo antes de determinar si se trata del mismo asesino —comentó mientras contemplaba el cuerpo aún colgando en la ducha.

—El forense llegará en cualquier momento, puede que su informe nos aclare algo. Lo malo es que la prensa se ha enterado, ya no contamos con la ventaja de buscar al que hasta ahora no se sentía perseguido —dijo Klein. Se pasó la mano por la cara con barba de dos días. Su piel arrugada y cetrina parecía un campo de cultivo arañado un millón de veces por el sol y la lluvia.

Los dos salieron del baño y la mujer observó el Kindle encima de la cama. Lo tomó con los guantes y lo encendió. La víctima tenía abierta una novela romántica bastante convencional.

—Parece que le gustaba leer, como a usted —dijo el jefe mientras Wilda dejaba de nuevo el Kindle.

—Pediremos que lo examinen a fondo —comentó Wilda.

—¿Cree que tiene algo que ver con el crimen? Las demás mujeres no tenían ningún dispositivo de ese tipo —dijo Klein.

—Podían llevarlo en una aplicación. No hace falta el aparato en sí —comentó Wilda.

Bajaron las escaleras y se dirigieron al amplio recibidor.

—Interrogaremos a la asistente y a los niños en el centro de menores. No tienen familia cerca y en algún lugar tienen que estar hasta que llegue alguien a recogerlos —comentó Klein.

—Pobres críos...

—Sí —contestó el hombre, adoptando por primera vez cierto gesto de tristeza, como si las malas noticias y las desgracias estuvieran a punto de rebosar en su corazón viejo y fatigado.

En cuanto abrieron la puerta de la casa vieron a las dos docenas de periodistas que se pegaban a las vallas de seguridad con sus micrófonos, teléfonos y grabadoras en mano.

—No comente nada —le advirtió su jefe mientras se aproximaban con paso lento hasta la jauría, que parecía más excitada a medida que se acercaban.

—Señor, ¿qué ha sucedido en la casa? Hablan de una persona muerta. ¿Se trata de un suicidio? ¿Es cierto que en las últimas semanas ha habido más asesinatos?

—Calma, por favor. No queremos alarmar a los vecinos de Seattle. No hay pruebas concluyentes, tampoco relación definitiva entre los diferentes casos que estamos investigando. La dueña de la casa ha aparecido muerta, pero barajamos todavía la posibilidad de que se trate de un suicidio. Será mejor que despejen la zona y permitan que este vecindario vuelva a la normalidad. La gente necesita llevar al colegio a sus hijos y seguir con sus vidas. Gracias —explicó Klein.

Se quitó el agua que le resbalaba por la cara y miró a Wilda. Parecía paralizada, con los ojos mirando al infinito y una expresión de temor que no le había visto nunca. Frunció el ceño, pues lo cierto es que no se fiaba mucho de su agente. No estaba seguro de que pudiera solucionar aquel caso. La detención de un famoso asesino en serie unos años antes la había lanzado a un puesto de agente principal del CCRSB, pero él creía que era un error. Wilda Johnson era demasiado débil y sensible. En la Agencia necesitaban a personas fuertes, decididas e implacables, mucho más en los tiempos que corrían, donde los criminales parecían atacar desde todos los ángulos. Wilda se volvió y miró los ojos fríos y distantes de su jefe, e intentó disimular su angustia mientras se dirigía de nuevo hacia su coche. La lluvia se derramaba por los hombros de su gabardina. La multitud comenzaba a despejarse cuando vio entre la gente a Sara Jakob. No estaba segura si ella la había visto, ya que simplemente dio la vuelta y comenzó a caminar hasta su casa, a un par de edificios de la de la víctima. Wilda observó el abrigo ligero de su amiga y miró sus pies, calzados con unas pesadas botas de montaña que le quedaban grandes, como si se hubiera puesto a toda prisa las de su exmarido. Respiró hondo y miró al cielo plomizo, tal vez buscando alguna respuesta en la inmensa bóveda grisácea, pero lo único que vio fue la lluvia cayendo con fuerza. «Muertas en el agua», se dijo mientras se sentaba en el coche y arrancaba el motor.

## CAPÍTULO 5

No había pegado ojo en toda la noche. Cualquier sonido la despertaba y no podía evitar caminar en silencio hasta la habitación de sus hijos para comprobar que se encontraban bien. Se aproximaba a la cama de Tim y Tommy, los mellizos, después se dirigía a la habitación de Betty y, por último, al regresar a la cuna, miraba a Sally. Mark dormía a pierna suelta, totalmente ajeno a lo que pasaba por la cabeza de su mujer. Cuando al fin salió el sol, ella ya llevaba una hora en pie. Había preparado la ropa del colegio de monjas donde iban los tres mayores, el desayuno y el almuerzo, y había mirado su agenda. En un primer momento pensó en suspenderlo todo. No le apetecía ir por la mañana a la iglesia para ayudar en el ropero, y tampoco la comida con Stella, pero era mejor que se mantuviera ocupada. Al menos hasta que todo se aclarara.

Encendió la televisión mientras oía el alboroto que armaban los mellizos al levantarse. Mark salió de la habitación totalmente arreglado, vestido con un elegante traje oscuro y mirando la pantalla del móvil. La besó en la frente, sin preocuparse mucho de las profundas ojeras de su mujer, su pelo despeinado y su rostro triston.

Alexandra se volvió furiosa hacia el televisor, no podía entender por qué Mark era tan poco observador. Cualquiera se habría dado cuenta de que algo malo sucedía. ¿Acaso no se preguntaba por qué ella se había levantado mil veces aquella noche? ¿No le extrañaba que ya estuviera todo preparado?

En la televisión la presentadora comentó una noticia de última hora. La mujer joven y arreglada, con su pelo rizado y negro cayendo hasta los hombros, no podía disimular cierta consternación mientras hablaba.

—Margaret Red, una de las pioneras en el campo de las empresas tecnológicas, exdirectiva de Apple y Google, ha aparecido muerta en su casa. No ha trascendido mucha información sobre lo ocurrido, pero al parecer su asistente la encontró ahorcada en la ducha. La directiva se encontraba en medio de una batalla legal por su divorcio y era considerada una de las mujeres profesionales más influyentes de Seattle.

—¡Dios mío! Esa Margaret vive al lado de Sara —comentó Alexandra en voz alta.

Mark levantó por primera vez la vista de su teléfono y frunció el ceño. Miró a la pantalla y se quedó escuchando mientras los niños comenzaban a desfilar por el pasillo. La única que continuaba dormida era Sally.

—¿Es vecina de Sara Jakob? —preguntó Mark.

—Sí, sus hijos juegan en el mismo equipo de fútbol de Samuel y nuestros hijos.

—Ya sé, la he visto alguna vez en el campo. Aunque no se prodigaba mucho — comentó su marido.

Ella lo fulminó con la mirada. ¿Cómo se atrevía a criticar a una mujer que acababa de morir dejando a dos niños huérfanos?

—Su marido es Antonio Contreras, un millonario mexicano. Creo que él regresó a su país tras la separación, hasta que se resolviera el divorcio —dijo Alexandra.

—No sabía que fuerais tan amigas —comentó sorprendido Mark.

—Y no lo somos, pero la mujer, a pesar de mostrarse arrogante y esnob, tenía su corazoncito; mientras esperábamos a que los niños salieran de las duchas solíamos hablar un poco mientras tomábamos un café en el Starbucks de la esquina.

—La verdad es que lo siento —dijo su marido mientras terminaba la taza y la dejaba en el fregadero. Después volvió a besar a su esposa sin dejar de mirar la pantalla.

—Bueno, son cosas que pasan —comentó Alexandra, a pesar de que aquella frase hecha no logró convencerle para nada. Esas cosas no pasan. Una mujer en la cima de su éxito, con dos hijos pequeños, no se suicida, y menos sin mostrar antes síntomas de depresión. Estaba afectada por la separación, pero no hasta ese punto.

—¿Te llevas a los tres? Yo dejaré a Sally en la guardería, tengo que ir a la parroquia y después a comer con Stella.

El hombre frunció los labios, pero no comentó nada.

—Ya sé que no quieres que la niña pase tanto tiempo en la guardería, pero no tengo cuatro manos. Debo ir al ropero y Stella tiene otra de sus crisis matrimoniales, ya sabes lo dramática que se pone.

Mark la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Mañana por la noche es nuestra gran noche. Saldremos a cenar y al cine.

Alexandra se había olvidado por completo. Los jueves solían salir por la noche, era el único momento de la semana en el que podían estar a solas y charlar con tranquilidad. Su marido era uno de los médicos jefes y ya no tenía que hacer interminables guardias nocturnas, pero su profesión le absorbía casi por completo, por no hablar del poco tiempo que cuatro niños pequeños dejaban a una pareja.

—Sí, Dios mío. Nos lo pasaremos bien —dijo Alexandra disimulando su despiste. Lo sucedido la noche antes la había dejado totalmente desorientada.

En cuanto todos se marcharon se tomó un café doble, después se dio una ducha rápida, se arregló y preparó a Sally. La guardería estaba a pocas manzanas de la casa y la parroquia a unos quince minutos en coche. Primero dejó a la niña y se montó en el Ford con una mezcla de alivio y tristeza. A veces se sentía culpable al dejar a la niña en la guardería, pero era su cuarta hija; sus últimos ocho años habían sido un infierno de pañales, biberones, medicamentos y visitas a las salas de urgencias. Ni siquiera el hecho de ser doctora le salvaba de la angustia de ver a un hijo enfermo a cuarenta de fiebre.

Miró el teléfono y vio el mensaje de Sara.

Nos vemos esta tarde en reunión de urgencia del Club de Lectura en la librería de Robert Sullivan, el exnovio de Marta. No faltéis, chicas, Wilda tiene que contarnos varias cosas importantes. *Alea iacta est*<sup>[1]</sup>.

Aquel mensaje la preocupó aún más. ¿Qué quería contarles Wilda? La nota que habían recibido era preocupante, pero si su amiga las convocaba, eso únicamente podía significar que las cosas estaban peor de lo que imaginaba.

El tiempo que estuvo en la parroquia lo pasó totalmente despistada, con la cabeza en otra parte, mirando el reloj a cada minuto. En cuanto el reloj de la iglesia anunció las doce, tomó su bolso de la taquilla y se marchó a toda prisa sin despedirse de nadie. Llegó pronto a su cita con Stella en el restaurante Lola, en el 2000 de la Cuarta Avenida, cerca del Acuario. La decoración era bastante simple, pero la comida era exquisita. Una mezcla de cocina mediterránea, griega y vegetariana. Se sentó en la silla y dejó el sillón a su amiga, que solía llegar tarde. Miró un par de veces el reloj, pero al final llegó con unos diez minutos de retraso. No era mucho tiempo para tratarse de Stella.

—¡Dios mío! Estoy asustada, no lo estaba tanto desde lo del 11-S. La nota de anoche, por Dios, casi me da un síncope... Luego el mensaje de Sara y lo que le ha pasado a su vecina. ¿Qué sucede en la ciudad? ¿Se ha abierto la veda para cazar y matar a todas las mujeres de mediana edad? —comentó Stella con su sutil mezcla de humor, terror y seriedad.

—¿Mediana edad? Por favor, esa expresión es patética, a los cuarenta y cinco estás en la segunda juventud —comentó Alexandra. Ya le deprimían suficiente los kilos que no lograba quitarse, las arrugas que ribeteaban sus ojos verdes, que parecían empequeñecer un poco más cada año, y su piel lechosa con propensión a todo tipo de manchas.

—Dentro de muy poco tendremos la menopausia, cada vez nos parecemos más a nuestras madres. Esa es la triste realidad —dijo Stella mientras se pellizcaba con las manos sus mofletes algo hinchados.

—Nuestras madres estaban mucho mayores a nuestra edad. Ahora las mujeres nos cuidamos más.

—Tienes razón, querida. Pero la belleza y el mantenerse siempre joven resultan una verdadera dictadura. ¿Cuándo podremos estar como nos dé la gana sin que nadie nos mire de arriba abajo?

Alexandra pensó que aquel era el peor momento para hablar de comida y figura; cuando tenía un menú entre las manos siempre era consciente de que se enfrentaba en una batalla infatigable entre lo que deseaba y lo que debía hacer.

Pidieron dos ensaladas y se contentaron comiendo unos palitos de pan integral mientras bebían algo de vino tinto.

—Al menos esto no es *light* —dijo Alexandra mientras sujetaba su copa de vino.

—Brindemos por que nunca lo sea —dijo Stella sonriente. Sus pequeños ojos azules se hundieron entre sus mofletes y giró la cabeza levemente para que su melena

rubia regresara a su espalda.

Hablaron durante media hora de cosas intrascendentes, después, de sus hijos y, más tarde, de sus maridos. Stella siempre estaba a punto de abandonar a su querido Marcelo. Este era un hombre tranquilo, de ojos grandes y expresivos, le gustaba ver deporte, salía todos los días con su bicicleta, se mantenía en forma y parecía tener bastante éxito como abogado criminalista. Stella era letrada en temas financieros, pero únicamente durante media jornada, para poder atender a los niños. Después de dos copas, las dos amigas comenzaron a relajarse un poco.

—Me dais envidia Mark y tú, parecéis siempre la pareja perfecta —dijo Stella.

—No somos perfectos, simplemente intentamos mantener la chispa, seguir siendo amigos y contarnos todo —contestó Alexandra orgullosa. Siempre le halagaban las palabras de sus amigas, todas la consideraban un modelo a seguir, pero ella, en cambio, se veía como una mala madre y esposa. Se sentía a veces triste sin razón, como si el peso de la perfección fuera más costoso de llevar que la liviana irresponsabilidad. Tenía la sensación de caminar sobre una cuerda que se balanceaba sobre un vacío inescrutable, como si la felicidad tuviera que ver más con el equilibrio que con la seguridad.

—Será mejor que nos marchemos a la librería. Se hace de noche muy temprano. He pedido a Mark que recoja a la pequeña, los otros tres ya están en casa con la cuidadora —dijo Alexandra, volviendo a sentirse culpable por no pasar más tiempo con sus hijos.

Salieron del restaurante y tomaron cada una su coche hasta Pike Street. Aparcaron muy cerca de la librería, lo que era toda una suerte. Llegaron hasta la fachada de ladrillos y cristal, cuya puerta de madera parecía desgastada por los miles de personas que habían pasado a través de ella durante la última década. El suelo era de madera pintada de rojo y el local tenía varios niveles; las paredes forradas de estanterías y el techo con pósteres recordaban a una vieja tienda de los años ochenta. A todas les gustaba el rincón con cojines que daba a una ventana en la parte alta. El gato negro con pajarita de Robert las recibió indiferente. A esa hora había algunos chicos jóvenes en la parte dedicada a cómic y un par de cuarentones buscando libros de poesía.

Alexandra miró el cartel en rojo y blanco que prometía que pensar te hacía más independiente y los retratos quemados por el humo de escritoras como Virginia Woolf. Otro cartel prohibía entrar con gafas de Google y en general la decoración le daba al local cierto halo de último reducto de la cultura.

Robert bajó las escaleras y las saludó efusivo. Hacía mucho tiempo que no las veía. Para él no eran más que unas madres pijas y ricas que jugaban a leer y se creían mejores que las demás, pero por otro lado les tenía aprecio.

—Hola, Robert, esto sigue igual. Me encanta —comentó Alexandra.

—Eso quiere decir que tengo que cambiar algo —bromeó el librero mientras su hermosa sonrisa hacía que sus ojos azules brillasen como los de un gato. Su jersey a

rombos estaba muy desgastado, tenía unos cubremangas anticuados y un pantalón vaquero tan viejo que parecía transparentarse por la zona de los bolsillos.

—No seas malo —dijo Stella mientras le daba una fuerte palmada en la espalda.

—Sois las primeras en llegar. Mejor que subáis y toméis sitio, no creo que el resto tarde mucho.

Las dos mujeres subieron hasta la última planta y se sentaron junto la ventana encima de los cojines. Mientras miraban a un lado y al otro, Alexandra tomó un volumen de la estantería y comenzó a ojearlo.

—Este local se parece mucho a las viejas librerías europeas.

—No lo sé. Nunca he estado en Europa. Ese es otro de los problemas con Marcelo: no le gusta salir de América. Siempre vamos a Chile o nos pasamos el verano en California.

Oyeron pasos y vieron a sus tres amigas subiendo por la escalera. Wilda iba a la cabeza, mientras Sara y Marta hablaban entre sí.

—Hola —dijeron mientras comenzaban a repartir abrazos.

—Esos refrescos los ha dejado Robert —comentó Marta.

Las mujeres tomaron cada una un vaso y comenzaron a beber.

—Gracias por venir, chicas —dijo Wilda, que se quedó en pie mientras el resto se sentaba.

—¿Qué le ha sucedido a Margaret? —preguntó Stella.

—Bueno, todo lo que diga es secreto. No podéis contarle ni a vuestros maridos, mucho menos a las cotillas del colegio o el polideportivo —comentó Wilda.

—Somos tumbas —comentó Stella pasando sus dedos por la comisura de la boca, como si estuviera cerrando una cremallera.

—Margaret ha aparecido ahorcada, aunque creemos que no se suicidó. No había nota de suicidio, tampoco nos explicamos cómo se colgó, no había una banqueta o algo desde lo que saltar. En un primer análisis del forense a la espera de la autopsia, el desgarramiento del cuello, además de por el ahorcamiento, es también por una fuerza que la elevó, como si alguien estirase desde el otro extremo de la soga.

—¡Dios mío! —exclamó Sara tapándose la cara con las manos. Ella era la que más conocía a Margaret. Vivían a pocos metros y muchas veces se quedaban paradas en la calle conversando o mientras llevaban a las diferentes actividades extraescolares a sus hijos.

—Tenía un Kindle sobre la cama. Algo que me hizo sospechar, sobre todo después de recibir la nota. Imagino que todas recibimos el mismo texto: la última estrofa de la canción infantil «Los diez negritos» o «Los diez pequeños indios». El texto que dice:

Un negrito se encontraba solo.

Y se ahorcó, y no quedó ¡ninguno!

—Sí, recibimos el mismo —comenzó a confirmar una a una.

—El *nick* del usuario era OWEN —dijo Wilda.

—He estado pensando en eso. Owen es el apellido de la pareja que invita a diez personas distintas a su isla en la novela de Agatha Christie *Los diez negritos*. El grupo nunca llega a verlos en la novela, pero ellos les dicen a través de un gramófono por qué les han pedido que acudan a la isla —comentó Alexandra.

—Exacto, el asesino está utilizando el libro de la famosa escritora, y hasta ahora no había hecho menciones literarias. Tal vez sea un nuevo juego al escuchar nuestra conversación en la biblioteca —dijo Wilda.

—Puede que no se trate de la misma persona. Imaginemos que el asesino en serie del que nos hablaste ayer, el asesino de anoche y la amenaza no tienen nada que ver —dijo Alexandra.

—Ya he pensado en esa posibilidad. A veces un número de coincidencias puede hacernos pensar en una dirección equivocada. Lo que he hecho para corroborar todo es lo siguiente: el especialista en redes informáticas ha comprobado la dirección IP del dispositivo desde el que se envió la nota. Al parecer tenía un sistema para ocultarlo, eso ya lo esperaba, pero el técnico me ha dicho que logró descubrir que había salido desde uno de los ordenadores públicos de la biblioteca a la que vamos todos los martes y que estaba programada, por lo que será difícil averiguar quién pudo mandarlo. Cada día pasan por la biblioteca y sus ordenadores decenas de usuarios. También he pedido las grabaciones del lugar en el que nos reunimos, por si observo a alguien sospechoso.

—¿En qué podemos ayudar nosotras? —preguntó Alexandra.

—Me gustaría manteneros al margen, pero me temo que ya no es posible —dijo cabizbaja Wilda.

—¿Realmente crees que el mensaje está relacionado con el asesino y el crimen de ayer? —preguntó Marta. Para ella las cosas no parecían tan claras.

—Me temo que sí. El mensaje salió de un ordenador de la misma biblioteca en la que nos reunimos, justo cuando supo que queríamos investigar el caso, y unas horas más tarde una mujer fue asesinada al lado de la casa de Sara —comentó Wilda.

—Además, el último negrito, según el mensaje que nos enviaron, se ahorcó. No creo que se trate de una coincidencia —dijo Alexandra.

—A propósito de eso: ya sabéis que Robert es un erudito en temas literarios. Le he pedido que nos hable un poco del libro de Agatha Christie y de por qué lo escribió —comentó Marta.

—Pero ¿le has contado todo? —preguntó Wilda, sin darse cuenta de que el librero estaba justo a su espalda.

Alexandra esbozó una sonrisa y le hizo un gesto a su amiga para que se callase.

—Hola, chicas. Espero no interrumpir, Marta me ha contado lo sucedido con el mensaje. No quiero entrometerme, pero es un juego peligroso —dijo Robert muy serio.

Wilda clavó la mirada en su amiga. ¿Cómo había podido contar el caso a su ex? ¿No sabía que ella se estaba jugando el puesto con aquel asunto? Marta encogió los hombros y se volvió hacia su exnovio.

—Ya lo sabemos, Robert —comentó Marta molesta. Le fastidiaban sus aires de superioridad y que las tratase como si fueran niñas pequeñas.

—Lo siento. Me centraré en el tema. Agatha Christie no necesita mucha presentación. Yo creo que no hay nadie en el mundo con más de treinta años que no haya leído un libro suyo. Fue una escritora muy prolífica, unos sesenta y seis libros de intriga y catorce de relatos. Creó personajes inolvidables como Hércules Poirot y Miss Marple. Sus libros han sido traducidos a casi todos los idiomas y continúan leyéndose cuarenta años después de su fallecimiento. Nada en su educación y persona parecía reflejar una mente tan hábil para concebir argumentos tan retorcidos y sangrientos. No era sencillo convertirse en escritora a principios del siglo xx, pero admiraba profundamente los libros de Sherlock Holmes y por eso creó a su propio detective, Hércules Poirot. La vida de Agatha no estuvo exenta de excentricidades y avatares. En 1926 desapareció durante unos meses tras la separación traumática de su primer marido, que la engañaba con Nancy Neele. Tras comentar a su secretaria que se dirigía a Yorkshire, encontraron sus ropas y su coche abandonados en una cantera de yeso en Newland's Corner. Toda la sociedad se movilizó para buscarla por el país. La mayoría se temía lo peor, pero Agatha apareció diez días más tarde en el hotel Swan de Harrogate, Yorkshire, registrada con el nombre de Tersa Neele. Nunca explicó por qué había desaparecido. No recordaba nada. Durante su segundo matrimonio con el arqueólogo sir Max Mallowan escribió algunas de sus mejores novelas, entre ellas *Los diez negritos* o *Asesinato en el Orient Express*. Aunque *Los diez negritos* es una de mis preferidas.

—No la he leído. ¿De qué trata? —preguntó Stella.

—La escritora confesó que había sido uno de los libros que más le había costado escribir. Lo publicó en noviembre de 1939 y lo tituló como la famosa canción de cuna «The Little Indians». En la actualidad ya ha superado los cien millones de copias vendidas. Está entre los siete libros más vendidos de todos los tiempos. Eso es bueno y malo: cualquiera puede utilizar el libro como inspiración para sus crímenes.

—Eso es exactamente lo que pensé yo —comentó Wilda, que ya había asumido que la ayuda de Robert podía serles muy útil, aunque el riesgo de que sus superiores la descubrieran era cada vez más grande.

—Ocho personas acuden a una isla invitados por un tal señor Owen —dijo Robert.

—Igual que el *nick* de quien nos envió el mensaje —señaló Stella.

—Exacto. Además, Owen, o mejor dicho la forma «UNOwen» es una variante de «unknown» (desconocido) que se pronuncia igual, y también es el acrónimo formado por las iniciales de los nombres de la pareja de personajes anfitriones: Ulick Norman Owen y su mujer Una Nancy Owen. Los dos criados que están en la isla donde han

acudido los invitados ponen en marcha una grabación del gramófono en la que los anfitriones les dan la bienvenida, y apenas ha terminado la grabación cuando el primero de los invitados muere envenenado —comentó Robert.

—Al parecer, nuestro asesino ha comenzado justo al revés —dijo Alexandra.

—A no ser que sea su décima víctima, aunque lo dudo. Los otros cuerpos encontrados no murieron de la forma que describe la canción —apuntó Wilda.

—¿Cómo es exactamente la canción completa? —preguntó Sara.

Robert comenzó a recitarla de memoria:

Diez negritos se fueron a cenar;  
uno se asfixió y quedaron nueve.  
Nueve negritos estuvieron despiertos hasta muy tarde;  
uno se quedó dormido y entonces quedaron ocho.  
Ocho negritos viajaron por Devon;  
uno dijo que se quedaría allí y quedaron siete.  
Siete negritos cortaron leña;  
uno se cortó en dos y quedaron seis.  
Seis negritos jugaron con una colmena;  
una abeja picó a uno de ellos y quedaron cinco.  
Cinco negritos estudiaron Derecho;  
uno se hizo magistrado y quedaron cuatro.  
Cuatro negritos fueron al mar;  
un arenque rojo se tragó a uno y quedaron tres.  
Tres negritos pasearon por el zoo;  
un gran oso atacó a uno y quedaron dos.  
Dos negritos se sentaron al sol;  
uno de ellos se tostó y solo quedó uno.  
Un negrito quedó solo;  
se ahorcó y no quedó... ¡ninguno!

—Eso quiere decir que la próxima víctima morirá ardiendo —dijo Alexandra.

En ese momento el vaso con el refresco se escurrió de las manos de Stella y se las llevó a la garganta. Todas la rodearon sin saber qué hacer. Alexandra la puso bocabajo, por si se había tragado algo o el zumo le había ido por otra parte. Stella comenzó a ponerse morada, no podía respirar, se desplomó sobre los cojines y comenzó a convulsionar ante la mirada aterrorizada de sus amigas. Los gritos de pánico inundaron la librería, mientras Robert corría hasta el teléfono para pedir una ambulancia y las cuatro chicas intentaban reanimar a su amiga sin éxito. Aún resonaba en sus oídos la canción «Los diez negritos» cuando la mujer exhaló su último aliento.

## CAPÍTULO 6

La persiana estaba bajada del todo, aunque aquella mañana de jueves apenas había logrado salir el sol en Seattle. Densos nubarrones y una inagotable lluvia persistían unos días antes de Acción de Gracias. Cuando Mark entró en la habitación, Alexandra se tapó la cabeza con la almohada.

—Cielo, no puedes quedarte en la cama todo el día. Eso no cambiará nada. Será mejor...

—¡Maldita sea, Stella ha muerto! ¿Es que no lo entiendes? Era una de mis mejores amigas. ¿Qué pasará ahora con sus hijos y su marido? ¡Dios mío, es terrible!

Mark se aproximó y se sentó al borde de la cama. A veces sentía ser tan torpe e insensible, pero no le ayudaba mucho ser el quinto hijo de una familia de origen mormón. Nadie les educaba para expresar sus emociones, más bien todo lo contrario.

—Lo siento, cielo. Lo único que quiero es verte bien. ¿Prefieres que te dé una de tus pastillas?

—No, ya las tomé hace meses y lo único que hacían era atontarme. Prefiero sufrir, no sirve de nada anestesiar la realidad —comentó Alexandra entre lágrimas.

—Tienes razón, pero habéis visto cómo moría una de vuestras mejores amigas delante de vosotras. Eso no es natural.

—Lo sé, pero tampoco lo es tomar antidepresivos. No estoy deprimida, estoy aterrorizada. ¿Qué hubiera sucedido si ese vaso lo hubiese bebido yo? Estábamos sentadas una junto a la otra...

—La policía cree que se trata de un nuevo crimen de ese asesino. Han comenzado a llamarlo El Asesino de las Damas.

—Dios mío —dijo su mujer echándose a llorar.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué ese nombre? —le preguntó levantando un poco la cabeza.

—El asesino escribió un correo electrónico a *The Seattle Times* y se denominó a sí mismo de ese modo.

—Mierda, no puedo creérmelo.

—Me estás poniendo muy nervioso —dijo el hombre levantándose.

—Ese nombre... Nada, simplemente me aterroriza —mintió Alexandra. Aquel tipo había adoptado el nombre que ella había comentado a sus amigas.

Las cuatro habían decidido no revelar a la policía lo que sabían. Temían que apartaran del caso a Wilda. El jefe de esta estaba fuera de sí, creía que había compartido alguna información con ellas, aunque no podía demostrarlo.

—¿Hay algo que no me has contado? —preguntó su marido con los brazos cruzados.

—No, pero tengo mucho miedo.

—Tengo que irme a trabajar. La cuidadora estará todo el día en casa contigo y los niños.

—Vale —dijo Alexandra con mueca infantil, como si estuviera a punto de hacer un puchero.

Mark le dio un beso y salió del cuarto. Se sentía confuso y apenado, para colmo todo aquello le había chafado su jueves. Llevaba días esperando esa cena. Ahora Alexandra volvería a alterarse como hacía dos años, tras el nacimiento de Sally y la visita de su madre. Nunca había conocido a dos mujeres que se odiaran tanto. Alexandra llegó a estar una semana ingresada por varias autolesiones y una agresión a su madre. Desde que había creado el Club de Lectura se la veía feliz, pero todo lo sucedido podía provocarle una fuerte recaída. Mark había llamado a la doctora Lea Black, quería que la viera cuanto antes.

En cuanto Alexandra se aseguró de estar sola tomó el portátil y lo colocó sobre su camión. Buscó las últimas noticias acerca de lo ocurrido. No había trascendido mucho: al parecer el principal sospechoso era el pobre Robert. La policía lo había llevado a comisaría para interrogarlo. Un agente del FBI pasaría por la tarde para hablar con ella, Wilda no podía hacerlo al tratarse de una amiga íntima.

—Mierda —dijo cuando llegó a la información de *The Seattle Times*.

Un periodista llamado Larry Brennan firmaba el artículo, se trataba de uno de los columnistas más capciosos de la ciudad. Seguro que intentaría sacar punta a todo el caso y husmear en la relación de las cinco amigas. No es que ella tuviera mucho que ocultar, pero cuando alguien quería sacar trapos sucios, siempre encontraba un hilo del que tirar.

Oyó el timbre de la puerta de la casa y se puso tensa. Corrió hasta la planta baja y llegó justo cuando la cuidadora estaba a punto de abrir.

—¡No, Mandy!

—Es su amiga Wilda. ¿No quiere que la deje entrar? —preguntó la chica, aturdida.

Alexandra se puso la mano en la boca. A lo mejor Mark tenía razón y necesitaba tomar algún tipo de tranquilizante. No quería que volvieran a ingresarla en ningún centro. Nunca había sentido más impotencia que aquella semana horrible, sabiendo además que la loca de su madre se estaba ocupando de sus hijos. Ella, que había pasado varios periodos encerrada, que más de una vez había intentado matarla.

Alexandra abrió la puerta y miró la cara ojerosa de su amiga. No hacía falta que le dijera nada para adivinar que no había pegado ojo en las últimas veinticuatro horas.

—Pasa, te prepararé un café bien cargado.

—Gracias —dijo Wilda mientras giraba y daba un último vistazo al coche patrulla que vigilaba la casa.

—Ya los he visto —comentó Alexandra mientras se dirigían a la cocina, como si pudiera leer el pensamiento de su amiga.

—Es algo rutinario, en unos días los quitarán. Todas vosotras tenéis una patrulla vigilando. Sospechan que el asesino podría querer asesinar o atacar a las miembros del Club. Al parecer estamos dentro de su patrón de víctimas y lo sucedido a Stella podría repetirse.

—No me importa, más bien me tranquiliza. No quiero ni pensar qué podría hacer un loco como ese a mis hijos. Ahora están en el colegio.

Alexandra preparó la cafetera italiana y esperó unos minutos hasta que el café comenzó a manar. Tomó dos tazas y echó una buena cantidad.

—¿Te conviene en tu estado?

—¿A qué te refieres? Me encuentro bien. Simplemente me siento en estado de *shock*. ¿No te das cuenta de que ha muerto Stella? No la volveremos a ver nunca más. Ni siquiera he tenido fuerzas para llamar a Marcelo.

—No te preocupes por eso. Se entiende que no tengas fuerzas, el entierro será pasado mañana.

Alexandra dio un trago largo al café, sintió el amargor, pero lo prefería así, sin azúcar.

—¿Qué más habéis descubierto?

—No mucho. Al parecer era un compuesto de semillas de ricina, una planta ornamental muy común en todas partes. Es imposible descubrir la procedencia — comentó Wilda.

—¿Veneno? ¿No es eso extraño? Siempre estrangulaba a las mujeres, ahora las envenena, además al azar.

—¿Crees que realmente fue al azar? —preguntó Wilda.

Alexandra se quedó pensativa mientras daba otro trago largo al café.

—¿Cómo podía determinar qué bebería cada una?

—Muy sencillo. Todas teníamos zumo de guayaba y naranja, pero Stella tomó el que más le gustaba: el batido de fresa, pomelo y naranja. Robert los compró en la tienda de la esquina media hora antes y los guardó en la nevera que tiene en su despacho. La única posibilidad es que alguien entrara en la tienda y echara el veneno en el vaso de Stella —le explicó Wilda.

—¿Cómo sabían que ese era el sabor preferido de Stella? Ni siquiera yo me acordaba —dijo Alexandra.

—El asesino nos conoce muy bien.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que el asesino es una de nosotras —dijo Wilda mirando directamente a los ojos de su amiga.

—¿Una de nosotras? ¿Te has vuelto loca? Eso es imposible.

—Nadie sabe tantos detalles de nuestra vida. Únicamente una de nosotras pudo poner el veneno, únicamente una de nosotras sabía que estábamos buscando al asesino.

Alexandra comenzó a tocarse el pelo, sin dejar de pensar en lo que acababa de decir su amiga, pero le parecía del todo imposible. La mayoría de ellas se conocían desde hacía años.

—No puede ser. Ninguna de nosotras tiene la fuerza para estrangular mujeres, encerrarlas y transportarlas hasta un lago, no somos tan fuertes. Y tenemos familia. Además, ¿por qué íbamos a hacer algo así?

—No sé. Algún tipo de trastorno, ansiedad, problemas no resueltos de la infancia... —sugirió Wilda.

—Conoces mejor que yo el perfil de los psicópatas. La mayoría han tenido una infancia y adolescencia muy difíciles. Todas nosotras venimos de familias más o menos estables. No somos sociópatas, tampoco tenemos inclinaciones sexuales perversas. Por no hablar del bajo índice de criminales psicópatas femeninas —dijo Alexandra que, aunque no era especialista en el tema, lo había estudiado varias veces, sobre todo tras su enfermedad mental. Tras dar a luz a Sally se le pasó varias veces por la cabeza estrangularla, aunque al parecer solía identificarse ese comportamiento con la depresión posparto de algunas mujeres, al alterarse su equilibrio hormonal.

—Bueno, todo eso son clichés que ha creado el cine. En la actualidad se ha comprobado que hay un gran número de tipos de psicopatía. No todos son sociópatas y las causas para que se produzca la psicopatía pueden ser muy variadas. Desde la genética, el medio ambiente, una lesión cerebral, incluso alteraciones químicas como aumentos de testosterona y bajos niveles de cortisol o serotonina —explicó Wilda.

—Las primeras víctimas fueron violadas. Violadas. Eso no pudo hacerlo ninguna de nosotras —comentó Alexandra algo confusa. No le entraba en la cabeza que ninguna de ellas pudiera hacer una cosa así.

—Tienes razón. Además, que yo sepa, ninguna de nosotras ha tenido problemas psiquiátricos.

Alexandra apartó la mirada. Ni Mark ni ella habían contado a nadie su problema. No era algo para ir prodigando a los cuatro vientos.

—Creo que estoy perdiendo la cabeza, pero entonces ¿cómo sabía el asesino tanto de nosotras? ¿Cómo pudo envenenar a Stella?

—Llevo pensándolo desde ayer. No he podido dormir en toda la noche. Al final he llegado a la conclusión de que es un hombre, experto en temas de informática, amante de la literatura, de entre veinticinco y treinta y cinco años, posiblemente europeo.

Mientras hablaba, Wilda no podía dejar de observarla. Alexandra tenía un talento especial para aquellas cosas; hubiera podido ser una agente excelente, de no ser por su miedo a las armas y la sangre.

—¿Cómo has llegado a esas conclusiones?

—Bueno, he analizado todo lo que tenemos.

Alexandra se dirigió al salón y pidió con un gesto a su amiga que se sentase, después subió a la habitación a por su ordenador. Bajó corriendo y se sentó con las

piernas cruzadas en el sofá de enfrente.

—Lo que sabemos es que vive en la zona de Seattle, y que tiene fuerza suficiente para asfixiar a sus víctimas y llevarlas a lugares apartados. Dispone de una casa discreta donde mantenerlas cautivas, aunque últimamente las mata en su vivienda o, en el caso de Stella, en la librería de Robert.

—Ok, te sigo.

—Pienso que tiene entre veinticinco y treinta y cinco años por su obsesión con las mujeres de mediana edad; posiblemente sufrió algún trastorno con su madre que le lleva a odiar a ese tipo de mujeres. Todas sus víctimas son blancas, por lo que creo que es caucásico. Algunas de las palabras que usó en la carta enviada al periódico son más utilizadas en el inglés británico.

—Puede que sea canadiense —añadió Wilda.

—Es otra posibilidad, o podría ser europeo; lo que es cierto es que no parece un inglés puramente norteamericano. Además, domina los ordenadores, algo no muy extraño en Seattle, que junto a Silicon Valley es el lugar con más informáticos por kilómetro cuadrado.

—Todo lo que has deducido tiene lógica. Eso lo situaría en la biblioteca, donde puede que lleve semanas observándonos; al fin y al cabo, todas nosotras encajamos en el perfil de sus víctimas. Pero ¿cómo supo lo de Stella?

—Por esto —dijo Alexandra levantando su teléfono móvil—. Aun desconectado, al parecer los *hackers* pueden escucharnos y vernos. Nos ha vigilado, sabe todo lo que hacemos, decimos y buscamos en la red. Por ello, sería buena idea que todas nos compráramos teléfonos estilo Nokia, sin GPS, sin cámara ni micrófono, simples y desechables.

—Se lo diré al resto de las chicas. Diré a los agentes que están visionando las cintas de la biblioteca que busquen a hombres con esas características. Por desgracia, la librería de Robert no dispone de ese tipo de sistemas de seguridad, él odia esas máquinas —dijo Wilda.

—¿Cómo está Robert?

—No creo que tardemos en soltarle. Todas las pruebas en su contra son circunstanciales.

—Pobre, él que no entiende nada de informática...

—En lo único que encaja con el perfil es en que es extranjero, de Londres —comentó Wilda, que también había sospechado de su amigo.

Alexandra se quedó pensativa por unos instantes, aunque enseguida desechó la idea: era estúpido pensar que Robert pudiera hacer algo así. Además, envenenar a alguien en tu tienda y entregarle tú mismo el veneno. Nadie haría una cosa así, nadie lo suficientemente inteligente, y aquel asesino lo parecía.

## CAPÍTULO 7

Cuando Robert abandonó las oficinas del FBI en Seattle, Marta le estaba esperando en el aparcamiento. Él la miró algo confuso, no esperaba que estuviera allí, bajo aquel aguacero.

—¿Por qué has venido?

—Era lo mínimo que podía hacer. Wilda me dijo que estabas a punto de salir. Algo bueno hay en tener una amiga en el FBI.

—Estoy agotado, esos tipos me han tenido sin dormir toda la noche. No he comido nada y apesto.

—Lo siento, Robert. No quería meterte en todo este embrollo —dijo Marta frunciendo los labios.

—Son cosas que pasan. La verdadera víctima es Stella y su familia. No quiero ni pensar cómo lo estarán pasando.

En ese momento un coche se acercó a toda velocidad y frenó en seco al lado de la pareja. Ambos se asustaron hasta que vieron a Marcelo abrir la puerta mientras dejaba el coche en marcha.

—¿Marcelo? Lo siento... —dijo Robert.

Apenas había pronunciado las últimas palabras, cuando el hombre corpulento de pelo moreno y barba cerrada le propinó un puñetazo tan fuerte que lo derrumbó en el suelo.

—¡Marcelo! —gritó Marta, pero este la apartó de un empujón y levantó por las solapas a Robert, que aún permanecía medio aturdido.

—¡Cabrón asesino! ¿Por qué lo has hecho? A mí no me engañas. Stella me había dicho que eras un tipo raro, una especie de europeo arrogante y sociópata, pero no pensé que le harías eso.

—¡Suéltale! Él no ha sido. No tiene la culpa —dijo Marta, volviendo a aferrarse al abrigo del hombre.

Por un segundo Marcelo pareció volver en sí, soltó a Robert y se miró las manos. Después comenzó a llorar. Marta le abrazó por la espalda, parecía un oso gigante totalmente hundido en su propia angustia. Sollozaba sin control mientras se frotaba los ojos con las manos enguantadas.

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué será de mí?

A los dos se les partió el alma al verlo llorar de aquella manera.

—Lo siento, no he tenido nada que ver. Te lo juro. Soy incapaz de hacer daño a una mosca. No tengo ni un arma en casa.

El hombre miró a Marta.

—Perdón —dijo mientras subía de nuevo al coche y se alejaba a toda velocidad.

Los dos se quedaron bajo la lluvia, con los brazos caídos y más desanimados y tristes que antes. Marta abrazó a Robert y este se quejó.

—No sé si me ha roto algo.

Marta lo llevó hasta su coche y lo ayudó a sentarse. Después se subió al vehículo y arrancó.

—Será mejor que esta noche la pases en mi casa. No quiero que vuelvas a tu apartamento en estas condiciones.

—¿No trabajas?

—¿Cómo voy a trabajar después de lo sucedido? Esta mañana un agente del FBI me ha interrogado. No hemos contado nada de los mensajes. Espero que tú tampoco.

—No, Wilda se arriesgaría a una sanción o a la expulsión de la Agencia.

—Mejor así. El agente que me ha entrevistado ha sido cortés, imagino que mucho más de lo que han sido contigo, pero sus preguntas me incomodaron: parecía más una sospechosa que una testigo, bueno, que una víctima.

—Te entiendo.

—Pediré comida china y nos tumbaremos un rato en el sofá, tenemos que intentar despejar la mente —comentó Marta mientras salía del aparcamiento.

Sabía que no iba ser fácil pensar en otra cosa. Ver a una de tus mejores amigas retorcerse ante tus ojos no era algo sencillo de olvidar. Además, ella podía ser la próxima.

Un coche de policía comenzó a seguirles. Marta lo vio por el retrovisor. No se había fijado antes, y no entendía por qué no habían intervenido al ver a Marcelo bajarse del coche y atacar a Robert. Temía que la policía de la ciudad ya hubiera decidido que ese extranjero, pacifista y activista era el chivo expiatorio que necesitaban para acallar a la opinión pública justo unos días antes de Acción de Gracias. Miró hacia la carretera y cruzó la cortina de agua que producía aquella lluvia incesante de otoño.

## CAPÍTULO 8

A media tarde, el Volunteer Park se encontraba casi desierto, aunque a ella no le importaba demasiado, llevaba quince años corriendo por allí y nunca le había sucedido nada. Pasó frente al Asian Art Museum y se internó entre la arboleda. Llevaba quince minutos corriendo al máximo de su capacidad cuando vio, en la carretera que discurría paralela al sendero, una furgoneta negra con los cristales tintados. Tuvo un mal presentimiento y se adentró aún más en la floresta para perderla de vista. Apenas había corrido otros cinco minutos cuando tropezó con un cable en mitad del sendero, iba tan deprisa que no pudo mantener el equilibrio y cayó de bruces, estrellándose con un árbol. No perdió la consciencia, pero durante algo más de medio minuto se sintió tan aturrida y dolorida que no supo cómo incorporarse y se quedó tumbada, con la boca ladeada sobre la tierra, oliendo y paladeando el barro.

Oyó unos pasos que se acercaban, apenas pudo ver unas deportivas blancas, y pensó que algún corredor acudía a socorrerla. Notó un pinchazo en el brazo, después sintió cómo la invadía el sueño y el dolor del golpe se disipaba hasta desaparecer por completo. Se asfixiaba, entornó los ojos y observó el suelo a poco más de medio metro: alguien la estaba transportando en brazos. Después oyó unas portezuelas y el golpe al caer en un suelo de metal, abrió los ojos por última vez y vio a una persona con la cara tapada, cubierta por completo de negro, aferrando las puertas y cerrándolas con fuerza una tras otra. Se hizo una oscuridad impenetrable.

No sabría decir cuánto tiempo estuvo en la parte de atrás de aquella furgoneta, pero la sacaron con cuidado, atravesaron un garaje, un pasillo, bajaron unas escaleras, la metieron en un cuarto y cerraron la puerta con un cerrojo que retumbó en todo el sótano. Sintió frío, pero el sueño era tan intenso, que apenas reaccionó, se dejó llevar por el sopor y se durmió.

Al despertar sentía un fuerte dolor de cabeza, una mezcla de resaca y contusión. Se sentó en un camastro simple, sin somier, de metal con cintas de plástico duro y un fino colchón que apenas lograba disimular las tiras. Había una manta a un lado, una mesa y una silla. Miró a su alrededor. Las paredes estaban completamente desnudas, a excepción de una cámara en una esquina. No había ventanas y las paredes parecían muy sólidas. La puerta de hierro tenía una ventanita pequeña y otra más grande abajo, pero ambas estaban cerradas. Se puso en pie y notó que le dolía un tobillo, se sentó de nuevo y lo examinó, parecía torcido. También tenía dañada en parte la muñeca izquierda y una contusión en la frente. Se tocó la herida cubierta por sangre seca y sintió un pinchazo.

Respiró hondo, notaba que le faltaba el oxígeno, pero el cuarto era amplio; de hecho, la luz fluorescente del techo mostraba un pequeño respiradero. Estaba experimentando un ataque de ansiedad.

—Tranquilízate —se dijo en un susurro. Se puso en pie con dificultad y comenzó a golpear con fuerza—. Por favor, ¿hay alguien aquí?

Oyó ruidos en uno de los lados y se quedó un momento en silencio.

—Hola.

La voz parecía lejana, pero era por el grosor del muro.

—Hola. ¿Quién eres?

—Me llamo Ruth, te trajeron hace unas horas. ¿Te encuentras bien?

—Sí, me llamo Mary. Estaba corriendo y...

—Todas nuestras historias son parecidas —dijo Ruth.

—¿Todas nuestras historias? ¿Hay más chicas?

—Ahora no, hace una semana había dos más, pero no sé dónde las han llevado. Llevo mucho tiempo sola. Eso es lo peor, no tener con quien hablar, no saber si es de día o de noche, pensar constantemente en tus seres queridos. ¿Qué será de mis hijos y mi marido? A veces parece que la cabeza me va a estallar —comentó la mujer mientras se echaba a llorar.

—¿Quién nos retiene? ¿Qué quiere de nosotras?

—No lo sé. Nunca habla conmigo, me pasa la comida dos veces al día y cambia el agua sucia, pero nunca me habla; lleva la cara y el cuerpo cubierto. Creo que nos mira por esa cámara. Cuando se llevó a las otras dos mujeres únicamente les dijo: «Es hora del juicio».

—¿Es hora del juicio? —preguntó Mary extrañada.

—Sí, eso fue lo que dijo.

—¿Escuchaste su voz?

—No era una voz normal, parecía como si llevase un distorsionador en la garganta —comentó Ruth.

Oyeron una puerta metálica, después unos pasos y la trampilla de debajo de la celda de Ruth se abrió. Pasaron una bandeja y volvió a cerrarse. Después los pasos se dirigieron hasta la de Mary. Abrió la portezuela e introdujo la bandeja.

—¿Por qué nos tiene aquí? ¿Qué quiere de nosotras?

Mary se dirigía a la mano enguantada de negro, ya que no alcanzaba a ver el rostro. Se acercó a la bandeja y, antes de que pudiera tomarla, se abrió la ventanita de arriba. La mujer miró instintivamente y se encontró con unos ojos verde marino claro. Parecían muertos, como un inmenso lago helado.

## CAPÍTULO 9

El timbre no dejaba de sonar. Alexandra miró la hora en el teléfono y sintió una especie de agitación que le subía por todo el cuerpo y casi le cortaba la respiración. Se puso la bata de seda sobre el camisón. No se había vestido en todo el día, apenas había salido de la habitación, dándole vueltas a lo sucedido o llorando sin poder evitarlo.

Al otro lado de la mirilla se encontraba un hombre alto, de pelo moreno rizado, barba fina y sombrero. En la mano derecha tenía una identificación del FBI y en la izquierda lo que parecía una pequeña *tablet*.

Mark se acercó a la puerta y miró a su mujer de espaldas, descalza, con el pelo desmadejado y de puntillas para alcanzar la mirilla.

—¿Quién es a estas horas?

—Creo que es el agente del FBI que me tiene que hacer unas preguntas — contestó Alexandra.

—¿A las nueve de la noche? Los niños están ya en la cama y quieren que les des un beso; Sally no te ha visto en todo el día.

Alexandra se volvió furiosa y con los puños cerrados le gritó:

—Joder, ¿no puedo tener un momento de paz en esta casa? Mi mejor amiga ha muerto, por Dios. ¡Hazte tú cargo de los niños!

Mark la miró sorprendido, aquel comportamiento no era habitual en su mujer. La situación le recordaba demasiado a la crisis que tuvo después de nacer la pequeña. Se había arrepentido de llamar a la psiquiatra de Alexandra, pero ahora se alegraba.

La mujer abrió la puerta con la cara roja, miró desafiante al agente y sin mediar palabra caminó despacio hasta el salón. El agente se quedó unos segundos en el umbral y después siguió a la mujer tras mirar a su marido y encoger los hombros.

Alexandra se sentó con las piernas cruzadas en el sillón. Sus piernas pálidas brillaban bajo la luz del techo. El escote mostraba en parte el nacimiento de sus pechos.

El agente se aproximó y miró a la mujer antes de tomar asiento.

—Lamento la hora, pero he tenido que interrogar antes a sus amigas. Usted es la última —se disculpó.

—¿Cómo se encuentran?

—Bien, dentro de la gravedad del asunto. De veras siento lo sucedido. Imagino que no está siendo fácil para usted. Stella Morelli era una buena amiga, ¿verdad?

—¿Ya ha comenzado el interrogatorio?

—No es un interrogatorio, señora Byrne, le estoy tomando declaración; usted no está acusada de nada.

—Entiendo —dijo la mujer mientras fruncía el ceño y cruzaba los brazos.

—Será mejor que me presente. Mi nombre es George Costa, agente especial del FBI. Me han asignado el caso de su amiga Stella.

—Pensaba que la agente que llevaba el caso era Wilda Johnson —dijo Alexandra con cierta ironía.

—Bueno, ella lleva el caso del Asesino de las Damas, pero aún no hemos determinado que se trate del mismo...

—¿Por qué lo investiga el FBI? Lo normal es que lo hiciese la policía de Seattle.

—Este caso implica a una agente del FBI, por eso lo llevamos nosotros. Además, no descartamos que se trate del mismo asesino.

Mark apareció por el salón con una bandeja. Llevaba dos tazas de té y unas pastas.

—Imagino que lleva todo el día fuera de casa y con este tiempo de mil diablos.

—Gracias, señor Byrne. ¿Podré hablar con usted después? No le entretendré más de cinco minutos.

—Sí, claro. Cuando los niños se duerman bajaré a mi despacho —comentó Mark mientras cerraba las puertas del salón.

—Dispere, agente, estoy cansada. Anoche no pegué ojo.

El hombre encendió su *tablet*.

—Pondré el grabador y tomaré algunos apuntes.

—De acuerdo.

—¿No prefiere que esté presente su abogado?

—No, agente. No tengo nada que ocultar —dijo Alexandra echándose el pelo hacia atrás, como si comenzara a ser consciente de lo desaliñada que estaba.

—Usted es Alexandra Byrne, con domicilio en... —comenzó a preguntar el hombre.

Alexandra respondía mecánicamente mientras observaba la lluvia reflejada en las luces del jardín. Pensó en Stella, su alegría, su capacidad para agobiarse por todo, pero al mismo tiempo disfrutar de las cosas más sencillas de la vida. Era una buena madre, una excelente esposa. ¿Quién querría hacerle daño?, se preguntó mientras el agente terminaba la información previa.

—Usted fundó un Club de Lectura hace un par de años.

—Sí, siempre hemos sido nosotras cinco, aunque de manera esporádica han participado otras personas.

—¿Podrá facilitarme luego sus nombres y teléfonos?

—Sí, creo que los tengo todos. Espero no olvidarme de ninguna —dijo Alexandra mientras los rostros de aquellas personas pasaban por su mente.

—¿Qué libro estaban leyendo en este momento?

—Bueno, acabábamos de terminar el último libro de Rachel Abbott, *The Sixth Window*. Justo esta semana comenzábamos otro...

—¿Cuál?

—No lo habíamos decidido —mintió Alexandra, que no quería contarle la propuesta de su amiga Wilda.

—¿Se fueron de la reunión sin saber qué comenzarían a leer? ¿No es eso un poco extraño? —preguntó el hombre muy serio.

—No, a veces pasa. Tenemos varias ideas y entre semana nos enviamos un mensaje y nos ponemos de acuerdo.

El hombre apuntó algo, para contrastar el testimonio de las otras tres mujeres.

—¿Es cierto que siempre leían historias de suspense?

—Sí, era lo normal. Nos gusta resolver enigmas.

—¿La agente Wilda les habló alguna vez sobre un caso que estuviera investigando? Ya sabe, para pedirles consejo. Me han dicho que usted especialmente es muy perspicaz a la hora de descubrir al asesino en los libros. De hecho, es una de las cosas que suelen hacer: lanzar conjeturas, desarrollar hipótesis y después contrastarlas, para ver quién ha acertado —comentó el agente, como si alguna de sus amigas le hubiera contado los pormenores.

Alexandra tardó unos segundos en contestar. Aquel hombre, más que interrogarle, parecía querer corroborar las declaraciones de las otras participantes en el Club.

—A veces lo hacemos de esa forma, otras simplemente comentamos el libro cuando lo hemos terminado o algunas cosas de la trama mientras lo estamos leyendo. Nos entretiene y emociona, todas nosotras tenemos vidas muy ocupadas, pero poco tiempo para nosotras mismas.

—Lo entiendo.

—No creo que lo entienda. Pero es igual, ¿por qué me hace todas estas preguntas? ¿Qué tiene que ver lo que leyéramos con el caso?

—Me temo que mucho.

—¿Sí? Por favor, ilumíneme —dijo Alexandra con gesto hosco, como si estuviera comenzando a impacientarse.

El hombre se inclinó hacia delante, como si quisiera hacerle una confesión secreta.

—Creo que este martes Wilda Johnson les contó algo sobre el Asesino de las Damas, que les pidió ayuda para descubrir al culpable, pensando que sus cinco mentes funcionarían mejor unidas. Al fin y al cabo, resolvían muchos casos ficticios.

—Veo que sabe jugar —le retó Alexandra.

—Esa noche recibieron un mensaje extraño, citando una canción de cuna que se usó como modelo para la novela de Agatha Christie *Los diez negritos*, pero no lo comunicaron a la policía por temor a que eso perjudicase a Wilda. Después se reunieron en la librería de su amigo Robert Sullivan para intentar descubrir lo que estaba sucediendo. Wilda les habló del último caso, el de Margaret, la mujer que había aparecido ahorcada y que la mayoría de ustedes conocían. Pero en ese momento Stella murió en el acto con un potente veneno extraído de la planta de

ricino. Decidieron callarse, no decir nada, pero ¿sabe?, eso es un delito, obstrucción a la justicia, por no hablar de una declaración falsa y perjurio.

El hombre parecía tener la boca seca tras la larga explicación, tomó el té y dio un largo trago.

—No creo que hubiera podido pertenecer a nuestro Club. No ha acertado ni una. No estábamos investigando el caso, creo que simplemente ese asesino nos eligió porque estamos dentro de su modelo de víctima.

—¿Cuál es ese modelo?

—Mujeres de cuarenta a cuarenta y cinco años, con hijos...

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he leído hoy en el periódico.

—Necesito que me dé su Kindle, estamos examinando los cinco...

—No sé dónde lo tengo, mañana lo buscaré.

—Su teléfono...

—Pero ¿qué se han creído? ¿Somos acaso sospechosas? —dijo la mujer poniéndose en pie.

—No lo son de asesinato, pero sí de falso testimonio y obstrucción a la justicia. Si confiesan será mejor para todas, incluso para la agente Wilda. Un asesino anda suelto y ustedes no están ayudando a la resolución del caso.

—Creo que hemos terminado. Traiga una maldita orden, acúsenos de lo que quiera —dijo la mujer enfadada.

El hombre se dirigió a la salida, entró en el despacho de Mark y cerró la puerta. Ella se acercó de puntillas y pegó el oído. Al otro lado se oyó la voz amortiguada de los dos hombres.

—Seré breve y directo.

—Yo también intentaré ser conciso.

—Su mujer estuvo encerrada en un psiquiátrico hace dos años.

—Sí, pero ya se encuentra bien.

—Se la encerró por su actitud agresiva.

—Sí, aunque nunca hizo daño a nadie.

—¿En la actualidad se medica? —preguntó el agente.

—No, ya le he comentado que se encuentra bien.

—Querría hablar con su psiquiatra.

—No sé si accederá, tiene que guardar el secreto profesional.

—De eso ya me ocuparé yo.

Se hizo un silencio y el agente lanzó la última pregunta:

—¿Cree que su mujer es capaz de cometer un asesinato?

# CAPÍTULO 10

El día del entierro el sol se atrevió a asomar después de cuatro días de oscuridad. Los coches aparcaron en fila en las proximidades de la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Green Lake y sus ocupantes comenzaron a caminar con paso lento hacia el templo. La mayoría iba vestida de negro o con colores oscuros, que contrastaban con la luminosidad que ignoraba el sufrimiento y dolor de los seres humanos. Lo más terrible de la muerte, siempre desdibujada en el destino final de los hombres, no era la fría tumba, el fuego devorador o el olvido, lo peor era la indiferencia de un mundo que continuaba girando sin miramientos, una vida que continuaba obscenamente, esperando engullir una nueva generación.

Sara sabía que era ley de vida, que nadie se quedaba eternamente en este mundo, pero el dolor intenso de la muerte la sacudía aquella mañana, sobre todo al imaginar la suya propia. Sus hijos Samuel y David caminaban a su lado mientras ella miraba el paseo junto al lago aquella tranquila mañana de sábado. La fachada de ladrillos oscuros era lo único que daba un punto de dramatismo a aquel día. Entraron en la iglesia y se dirigieron a las primeras bancadas de la derecha. Les esperaban Alexandra y toda su familia, así como Wilda y Marta, que se habían sentado una fila por delante junto a Robert, quien tras pensárselo mucho se había decidido a asistir.

En la primera fila de la otra bancada estaban Marcelo y sus dos niñas, detrás los compañeros del trabajo, la mitad del bufete de abogados del que era socio, algunos miembros de la iglesia y varios curiosos que se habían acercado para husmear.

El agente del FBI George Costa estaba sentado en la última fila, como si custodiase la puerta. Dos coches de policía vigilaban afuera, mientras los últimos asistentes se acomodaban en los pocos sitios que aún permanecían vacíos.

El sencillo altar estaba repleto de flores, y algunas coronas descansaban perezosamente a los pies del féretro de madera clara, como recién barnizada.

El reverendo Parker entró por una sala lateral, se encaminó hasta el púlpito y se quedó quieto con las manos unidas mientras un coro de veinte personas se situaba a su espalda. El órgano comenzó a tocar un himno y triste y solemne, que primero amortiguó en parte los suspiros y llantos de algunos de los asistentes.

Sara no pudo evitar pensar en Jerusalén, en la vida de la comunidad en la que había crecido. No echaba de menos su rigidez e intolerancia, pero sí el compañerismo y la fraternidad de los miembros de la sinagoga; la sensación de pertenecer a algún sitio e importarle a alguien.

Alexandra siguió el himno en los papeles que habían dejado en los asientos. Cada estrofa le recordaba la insensatez de la vida, la vana pretensión de que algo de lo que

hacía o pensaba valía la pena. Muy pocas veces se había detenido ante el vacío inexorable de una fosa abierta.

Cuando el coro terminó de cantar todos se sentaron y el pastor comenzó a hablar. Su rostro ceniciento y sus amplias ojeras negras le daban un aspecto fantasmagórico, llevaba el pelo teñido de negro y el traje oscuro le apretaba, empujando su papada fuera de la camisa.

—Hermanos y hermanas, nos trae aquí la trágica muerte de nuestra hermana Stella Morelli. Trágica por la muerte en sí, pero sobre todo por la cruel forma. Ninguno de nosotros se librará nunca de este amargo paso. Es necesario que todos los hombres mueran una sola vez y después de esto, el Juicio. Nuestra hermana era una buena madre, esposa, hija y ciudadana de Seattle. Tenía toda una vida por delante. Animaba con su sonrisa a los que la conocían, sus hijos la adoraban y su esposo, Marcelo, vivía por y para ella. Nos deja un gran vacío que únicamente la fe puede llenar...

Las palabras del párroco eran tan huecas y superficiales, tan manidas y frías, que Wilda se movió inquieta en su asiento. Se sentía tan culpable que apenas podía mirar al frente sin percibir un nudo en la garganta. Un par de veces se secó las lágrimas en los ojos y se atrevió a mirar a los hijos de Stella. Los vio serios, incapaces de asumir su pérdida. Para los niños la muerte es incomprensible, una especie de viaje del que nunca se regresa. Marcelo parecía sereno, pero sus ojos enrojecidos y la mirada aturdida indicaban que estaba fuertemente sedado. Con la familia lejos, solo ante la adversidad, sacudido por un destino que no entendía; muerto en vida, amputada para siempre una parte de él, que ya no estaba allí, pero que no dejaba de sentir.

La mujer miró hacia atrás y los ojos de George se abrieron intensamente, como si con ellos quisiera advertirle que la vigilaba. Wilda se agachó e intentó enfriar la mente, pero la angustia la invadía, tenía ganas de vomitar. Pensó, ingenuamente, que confesar que era ella la culpable de todo aliviaría en parte tanto dolor.

Marta pasó su mano por la espalda de Robert y le dio un par de palmaditas, pero este no se inmutó, sus ojos fijos en un punto imaginario, lejano de aquel decorado absurdo con el que se quería dar solemnidad a algo tan abyecto como la muerte.

El párroco pidió que la congregación se pusiera de pie, rezó una breve oración y Marcelo y sus dos hijos se pusieron al otro lado del féretro, mientras la gente comenzaba a desfilar y darle el pésame.

La primera en ponerse en la fila fue Alexandra, sus hijos se quedaron en el banco, mientras Mark la seguía a un par de pasos; después salieron Marta y Robert, pero esta le hizo un gesto a él para que se quedase, no quería que la situación se tensara de nuevo con Marcelo. Por último, Wilda dejó su asiento y comenzó a caminar lentamente, como si alguna fuerza la atase al banco.

Alexandra saludó al párroco, pasó delante de Stella y se agachó para besarla. Su rostro parecía sosegado, como si estuviera durmiendo o gastando una de sus bromas; sonrió levemente, como si aquel gesto fuera el último que quería dedicarle, pero al

alzar la vista, los ojos de Marcelo la desbordaron. Caminó vacilante hasta él y le abrazó con fuerza.

—Dios mío, Marcelo. Necesitas ser fuerte, pídenos cualquier cosa que te haga falta. Stella era una persona maravillosa, nos han arrancado su vida, pero no su recuerdo.

Marcelo no dijo nada. Se limitó a sentir el abrazo mientras notaba que algo se rasgaba por dentro de su alma. Por unos segundos la consciencia de la vida se le hizo insoportable.

—Gracias —acertó a decir, mientras Alexandra se agachaba para besar a los hijos de Stella.

Los niños la miraron asustados, confusos y deseosos de salir de allí corriendo, quitarse esa ropa que les picaba y pasar la tarde jugando. Ella los tomó por las mejillas, los besó entre lágrimas y se marchó a su asiento para abrazar a los suyos, como si temiera que la muerte fuera una enfermedad contagiosa de la que se había infectado al tocar a la familia Morelli.

Marta no saludó al pastor, se limitó a mirar brevemente el féretro. Tocó ligeramente la mano de Stella; nunca habían sido muy íntimas, eran muy distintas. Agua y fuego, en cierto sentido Stella representaba todo lo que ella aborrecía. Una maternidad entregada, una subordinación a su marido, una vida preestablecida sin muchos sobresaltos. Marcelo la miró avergonzado, seguramente al recordar la escena en el *parking*; ella hizo un gesto de aprobación para que lo olvidase y lo abrazó con suavidad, con ligereza.

—Lo siento, aún le quedaba mucho por vivir, pero tienes que continuar por ellos.

El hombre le aferró las manos hasta que ella se acercó a los niños, les tocó el pelo como si fueran dos perrillos asustados y les sonrió afablemente.

Wilda caminó temerosa, como si todo el mundo se estuviera fijando en cada uno de sus gestos. Dio la mano al pastor, se paró unos segundos frente al féretro y depositó una flor sobre el cuerpo de su amiga. Después se dirigió a Marcelo y le abrazó, apenas pudo expresar un «lo siento» breve. Miró a los niños y se echó a llorar.

La ceremonia terminó enseguida. La gente se dirigió a la parte trasera, en el jardín había un pequeño refrigerio sin bebidas alcohólicas, alimentos con grasa ni refrescos excitantes.

El grupo de amigas se reunió en uno de los rincones del jardín. El agente George Costa no les quitaba ojo mientras apuraba un refresco.

—Ha sido horrible —comentó Sara.

—Sí, esos pobres niños y Marcelo. Tendremos que apoyarles lo máximo posible —añadió Alexandra.

Un hombre rubio pasó de largo y las cuatro se lo quedaron mirando.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Wilda.

—No lo sé —contestó Sara.

—Es un amigo del instituto de Stella, lo vio hace unos meses en el centro comercial, al parecer regresó a la ciudad después de varios años en Los Ángeles —contestó Alexandra.

—Gracias por no contar nada, pero el lunes me presentaré ante mi jefe y lo explicaré todo. Todo esto ha sido culpa mía —dijo Wilda, echándose a llorar.

Alexandra la abrazó y le dijo al oído:

—Esta es la obra de un asesino y tenemos que empeñarnos en encontrarlo cuanto antes.

Marta cerró un poco el círculo para que la conversación fuera más privada.

—¿Hay alguna pista nueva?

—Antes de nada —dijo Alexandra sacando varios pequeños móviles del bolso—, son de usar y tirar. Puede que el asesino nos tenga vigiladas, por eso sabía tanto de nosotras. No uséis las *tablets* o los portátiles para hablar del caso. ¿Entendido?

Todas afirmaron con la cabeza.

—Dos mujeres desaparecieron hace unos días. Cumplen las mismas características que el resto de víctimas. Una estaba haciendo deporte y la otra salía de una reunión de su empresa. Aunque hay algunos casos más al sur, la mayoría de las mujeres vivían al norte de West Seattle Bridge o al norte de Lake City. No hay casas o granjas aisladas hasta más allá de Renton por el este y en Vashon Island por el oeste. No creo que el asesino lleve a sus víctimas más lejos, ya que luego vuelve a traerlas a la ciudad. Se arriesga mucho al llevarlas y traerlas por autopistas, estamos vigilando todo vehículo sospechoso —comentó Wilda.

—Con respecto a la canción «Los diez negritos» he estado pensando que, por alguna razón, no la aplica a todas sus víctimas, con nosotras juega de otra manera —dijo Alexandra.

—Margaret fue la décima figura, ya que murió ahorcada —dijo Sara.

—Stella tuvo que ser la primera, envenenada como el *playboy* Anthony James Marston en la novela —dijo Alexandra.

—Entonces, los dos próximos muertos deberían aparecer dormidos. La canción dice: «Nueve negritos estuvieron despiertos hasta muy tarde; uno se quedó dormido y entonces quedaron ocho» —dijo Marta.

—¿Dormidos? —preguntó extrañada Sara.

—Sí, en el caso de que el asesino siga con el patrón.

Robert se aproximó al grupo de mujeres. Llevaba desubicado desde el principio del refrigerio. No conocía a casi nadie y procuraba evitar a Marcelo.

—Hola, ¿continuáis investigando al asesino? Espero que no, ya habéis visto las consecuencias.

—No tenemos más remedio, no creo que pare hasta terminar con todas nosotras —comentó Alexandra.

—Tenéis protección policial —dijo Robert.

—¿Cuánto tiempo más la tendremos? No mucho, te lo aseguro —comentó Sara, que parecía más asustada que el resto de sus amigas.

—Estábamos comentando la muerte del segundo negrito del libro de Agatha Christie —dijo Marta.

—Fue la mujer del criado, la cocinera: se durmió y nunca más despertó. El asesino le dio hidrato de cloral —dijo Robert.

—¿Hidrato de cloral? —preguntó Alexandra.

—Es un potente sedante, se utiliza para el insomnio o para sedar a pacientes.

La radio de Wilda sonó de repente, a unos metros se oyó la de George.

—Las dos personas desaparecidas están tumbadas en el césped frente al Green Lake —escuchó Wilda por la radio.

—¿En qué zona?

—Frente a la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

La mujer guardó su radio y corrió hacia la salida del jardín, el agente George la siguió, se armó cierto revuelo y el resto de mujeres corrieron tras ellos.

—¿Adónde vais? —preguntó Robert confuso.

—Creemos que han aparecido nuevos cuerpos —dijo Marta girándose.

Robert las siguió y Mark estaba a punto de imitarlos cuando vio a sus cuatro hijos asustados.

Llegaron al lago y vieron un barco con varios policías. Wilda hablaba con ellos, el resto del grupo se quedó a cierta distancia. Cuando la agente regresó hasta ellas, se alejaron del tumulto.

—¿Qué sucede? —preguntaron las chicas impacientes.

—Dos mujeres han aparecido en Duck Island, la islita de este lago. Estaban tumbadas, con las manos en el regazo y las caras giradas una hacia otra. Sin violencia, como si estuvieran durmiendo.

—¡Dios mío! —gritó Sara.

Robert llegó hasta ellas fatigado, se agachó para tomar aire y cuando se incorporó preguntó asustado:

—¿Dónde está Marta?

Las tres mujeres se miraron, después buscaron por la zona cercana. Un gran número de personas se había agolpado alrededor del cordón policial, pero no había ni rastro de Marta Sánchez.

# SEGUNDA PARTE

## AMISTAD

# CAPÍTULO 11

Aquello superó a Alexandra. Una amiga muerta y otra desaparecida en pocas horas. Temía por su vida y la de su familia, pero sobre todo se sentía culpable de lo sucedido. Si no hubiera creado aquel maldito Club de Lectura nada de aquello habría sucedido. Tras un ataque de nervios en Green Park, una ambulancia se la llevó hasta el Centro de Salud Mental Harborview. Mark tuvo que dejar a sus hijos con Sara e intentar hablar con la psiquiatra Lea Black. No estaba seguro de que ingresar a su esposa fuera una buena idea. Logró dar con ella por la tarde, era sábado y había ido con su esposo a pasar el día a las afueras de la ciudad. Tras el otoño, la mayoría de los habitantes de Seattle se encerraban en sus conchas y no volvían a salir de ellas hasta la primavera.

Mark intentó ver a su esposa en un par de ocasiones, pero los médicos lo desaconsejaron, al principio porque se encontraba muy alterada y después, por la fuerte medicación.

Lea Black entró en la sala de espera vestida con ropa deportiva, como si hubiera estado jugando al golf todo el día.

—Señor Byrne, lamento el retraso, pero es mi día libre —dijo la mujer extendiendo la mano al hombre.

—Lo entiendo, le estoy muy agradecido por haber venido. Alexandra parece fuera de sí.

—Por favor, cuéntemelo todo —dijo la psiquiatra sentándose en una de las butacas.

—Estábamos en el entierro de la mejor amiga de Alexandra, que aunque no había querido tomar medicación a pesar de mi insistencia, parecía estar bien; al menos contaba con el apoyo de otras amigas. En ese momento, aparecieron en el lago dos cuerpos, todos fuimos a ver qué ocurría y, en medio de la confusión, desapareció otra de las amigas de Alexandra. La policía sospecha del Asesino de las Damas, creen que la ha secuestrado para después asesinarla.

—Dios mío, eso es terrible. No me extraña que la pobre Alexandra haya entrado en pánico.

—A cualquiera le habría pasado lo mismo —dijo Mark.

—Ella es más vulnerable a ese tipo de situaciones. En su anterior ingreso averigüé ciertas cosas, pero no quise difundirlas, esperaba que ella se atreviera a contárselas algún día. Ya sabe: el secreto profesional entre médico y paciente —dijo la psiquiatra muy seria. El pelo negro oscuro le caía por los hombros, la piel bronceada no podía disimular el paso de la edad, pero aún era muy atractiva.

—¿A qué se refiere? —preguntó Mark nervioso.

—No puedo contárselo. Ya sabe que un psiquiatra no puede hablar de lo que un paciente le cuenta en su consulta.

—Lo entiendo, pero esta es una situación desesperada.

La mujer frunció el ceño y se tocó la barbilla.

—Pasó algo en la adolescencia de su esposa, pero será mejor que le pregunte a su suegra. Ella podrá hablarle de todo.

—Gracias —contestó el hombre, que salió de la habitación para llamar a la madre de Alexandra.

El teléfono sonó varias veces antes de que la mujer contestara.

—Hola, soy Mark.

—¿Sabes algo nuevo?

—No, pero necesito preguntarte algo.

—¿El qué? ¿Puedo ayudarlos? Me preocupan los niños y lo que pueda sucederle a mi hija. A veces pienso que no está en sus cabales.

—¿Qué le sucedió cuando era adolescente?

Se hizo un largo silencio, Mark podía escuchar la respiración acelerada de su suegra. Después, con un hilo de voz, comenzó a decir:

—Alexandra estuvo retenida durante unas semanas por un hombre. Era un conductor de autobús que vivía muy cerca de nuestra casa, todo el vecindario lo consideraba un tipo corriente, agradable, aunque amante de su intimidad. Fue una situación muy traumática y terrible. Alexandra tenía quince años y enseguida se formó un equipo de búsqueda, pero ni rastro, como si se la hubiera tragado la tierra. Unas semanas más tarde una chica pálida y en avanzado estado de gestación se presentó en la comisaría. Nos dijo a todos que había escapado de las manos de un psicópata que la había retenido durante meses y la había dejado embarazada, y que al parecer tenía a otras chicas. Cuando los agentes llegaron, el tipo se había pegado un tiro, y en su sótano hallaron a dos chicas más, una de ellas Alexandra. Aquel tipo la había violado y la había tenido atada a una cadena todo el tiempo. Pasó varias semanas sin hablar, perdió mucho peso y desde entonces se obsesionó conmigo. Decía que yo era la culpable de todo lo ocurrido. Tras un largo tratamiento se recuperó, tú le diste la estabilidad que necesitaba, pero la crisis hormonal de su último embarazo la hizo recaer. Seguro que todo lo sucedido en estos días le ha recordado lo que pasó hace tanto tiempo.

Mark la escuchó muy atento, no podía creer que Alexandra no le hubiera contado nunca nada, ni siquiera tras su grave crisis unos años antes. Tampoco concebía que su suegra se lo hubiera ocultado hasta ese momento, pero ahora entendía muchas cosas. Sus problemas a la hora de mantener relaciones sexuales, su odio a su madre, la claustrofobia que sentía en los lugares cerrados y su obsesión por las novelas de suspense. En el fondo seguía buscándose a sí misma, emocionalmente nunca había salido de ese maldito sótano.

—Lo siento —dijo la mujer al otro lado del teléfono.

—¿Se recuperará de esta crisis?

—Eso espero, pero tal vez necesite un tiempo. La muerte de una amiga, la desaparición de otra y la amenaza que ha recaído sobre ella misma le impiden pasar página. Dale mucho amor, Mark. Eso es lo único que puede curarla.

—Gracias por contarme todo esto. Sé que no es fácil para ti —dijo él.

—Lo siento, Mark —contestó su suegra con la voz entrecortada.

El hombre colgó el teléfono y regresó a la sala. La psiquiatra lo miró directamente a los ojos.

—¿Qué sucederá ahora?

—Tendrán que internarla de nuevo —contestó la psiquiatra.

—Los niños la necesitan.

—Ahora no puede hacer nada por ellos. Será mejor que llame a algún familiar para que le eche una mano. Estamos hablando de semanas de internamiento y meses medicada. Alexandra no podrá cuidar de nadie, ni siquiera de sí misma.

Mark puso la cabeza entre las piernas y comenzó a frotarse el pelo con las manos. No estaba seguro de tener fuerzas para soportar de nuevo un ingreso de Alexandra, pero lo que más le preocupaba era que ella no volviera a ser la misma.

—¿Cuándo podré verla?

—Tal vez mañana, yo pasaré un momento y le diré cómo se encuentra —dijo la psiquiatra.

—Muchas gracias.

La mujer se puso en pie y se dirigió al mostrador, le hicieron esperar unos minutos y le abrieron la puerta metálica de la zona de ingresos. Caminó por un pasillo blanco. Se oían algunos gritos, pero la mujer continuó indiferente hasta una de las habitaciones del fondo. Abrió la puerta y entró en una sala amplia, luminosa, pintada completamente de blanco, con una cama anclada a la pared, una mesa y una silla también fijas y un armarito blanco algo desportillado. Alexandra estaba tumbada boca arriba, con los ojos abiertos, mirando al techo blanco.

—Hola, Alexandra, ¿cómo te encuentras?

Ella no respondió, como si ignorara la presencia de su psiquiatra. Lea le puso la mano sobre el hombro, cubierto con un camisón limpio de hospital.

—Procuraremos que salgas pronto, todo saldrá bien. Mark está con los niños y pronto recibirá ayuda, no te preocupes.

Aquellas palabras parecieron despertar en ella una terrible sensación. Se incorporó y miró a la psiquiatra directamente a los ojos.

—No, no quiero que traigan a esa puta, ¿me entiende? Estoy bien, quiero salir de aquí. Simplemente me ha dado un ataque de nervios, pero ¿qué esperan? Mi mejor amiga ha muerto y la otra ha desaparecido. Me tomaré las pastillas que me digan, pero necesito salir.

—Tranquila —dijo la psiquiatra en tono suave, mientras la aferraba por los hombros para que volviera a recostarse.

—¡Estoy tranquila! —contestó a gritos.

—Si no te estás quieta, te atarán —dijo la doctora, intentando tocar el timbre de alarma.

—No me quedaré aquí, maldita vieja. No volverán a hacerme lo mismo —dijo Alexandra, y con todas sus fuerzas empujó a la psiquiatra, que perdió el equilibrio. Se puso encima de ella y le dio dos golpes fuertes en la cara, hasta que perdió el conocimiento. Le quitó la ropa, se vistió a toda prisa y miró en sus bolsillos: tenía sus tarjetas, llaves del coche y documentación.

Se puso los zapatos y salió con paso sosegado por el pasillo. Se miró el pelo rojizo, la psiquiatra era morena y mayor que ella, pero rogó para que el bedel no mirase mucho la cámara y la dejase salir al ver la acreditación. Tocó el timbre de la puerta exterior, levantó la acreditación y sonó el ruido metálico de la apertura. Empujó con fuerza y caminó por el pasillo amplio. A un lado estaba la sala de espera, las puertas se abrieron y pudo ver a su marido sentado en una de las butacas. Por un momento se le pasó por la cabeza correr hasta él, pero decidió salir de allí lo antes posible. No se quedaría encerrada en un psiquiátrico mientras su amiga estaba en manos de un psicópata, ella ya había experimentado esa horrible experiencia y no lo permitiría.

Tomó el ascensor; al abrirse la puerta vio a media docena de visitas y enfermeras que la miraron con indiferencia. Se colocó a un lado con la cabeza gacha. Debía evitar las miradas y las cámaras, antes de que su doctora se despertara y diera la voz de alarma.

Las puertas se abrieron y caminó hasta la salida. Sintió el frescor de la calle y respiró hondo. Se dirigió al *parking* y comenzó a apretar el botón de la llave hasta que unas luces y pitidos le indicaron a qué vehículo pertenecía. Se trataba de un inmenso Jeep de color negro. Se puso al volante y apretó el acelerador a fondo. El coche abandonó el *parking* del hospital y se adentró en las calles de Seattle.

Mientras se dirigía al norte, su mente no dejaba de darle vueltas a lo sucedido, aunque la droga aún la mantenía un poco adormilada, impidiendo que las ideas fluyeran a más velocidad. Tomó la autopista I-90, no sabía adónde se dirigía, pero quería alejarse lo máximo posible del hospital. Entonces recordó la casa, las semanas encerradas con aquel tipo despreciable y su mente se perdió en las inmensidades de la memoria, cuando pasado, presente y futuro dejan de existir, convirtiendo la realidad en una confusa película mal enfocada, en la que dejas de distinguir entre lo real y lo ficticio.

## CAPÍTULO 12

Wilda se arregló la chaqueta antes de pasar al despacho del jefe. Los dos hombres la esperaban sentados en los sillones, como si en lugar de un interrogatorio formal se tratase de una tranquila charla entre amigos. Philip la miró con cierto aire de complicidad, para que estuviera tranquila, pero ella no se fiaba de los hombres, que siempre le habían causado problemas, aunque eso no significaba que le gustasen las mujeres. No se consideraba una persona muy sociable, pero si tenía que elegir prefería a las mujeres.

George le lanzó una mirada hosca, pero se puso en pie para recibirla, como un acto de caballería masculina.

—Agente Johnson, únicamente serán unas breves preguntas. Con todo lo sucedido apenas hemos podido interrogarla, afortunadamente sí lo hemos hecho con sus amigas. Ahora una se encuentra en paradero desconocido, otra en un psiquiátrico y la menos afortunada muerta —comentó George.

—No ha sido mi mejor semana —ironizó Wilda, que sentía que sus compañeros no se ponían en su lugar.

—A veces las desgracias se amontonan, como la correspondencia durante un largo viaje —comentó Philip, en un intento de empatizar que no logró conectar con los sentimientos de Wilda.

—Lamento su semana, agente, pero puede que usted sea la culpable, al menos en parte, de lo que ha sucedido. Sabe que está prohibido compartir información oficial con personas ajenas a la Agencia —dijo secamente George.

—Ya le he comentado que esa es una acusación falsa —dijo Wilda mientras se sentaba.

—Entonces, ¿por qué ese psicópata la ha tomado con sus amigas? —preguntó enfadado George.

—¿Porque es un psicópata? A ese tipo de criminales no les hace falta mucho para activar su odio hacia sus posibles víctimas.

—Ya veo, sobre todo cuando se cree perseguido por ellas. De otra forma no se explica la inquina con la que ha actuado contra sus amigas —dijo George.

—¿No ha pensado que todo puede tratarse de una confusión? Ese maldito asesino ha interpretado que le estábamos buscando y ha desatado toda su furia sobre nosotras.

—¿Conoce la teoría de la navaja de Ockham? En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable. Eso es precisamente lo que ha sucedido. A una agente confusa y sobrepasada se le ocurre compartir con sus amigas la investigación y estas comienzan a aparecer muertas.

—Su comentario, agente Costa, además de falso es machista. Supone que por ser mujer no puedo mantener la boca cerrada —dijo alzando la voz Wilda.

—Lleva un año en dique seco, no ha resuelto ningún caso satisfactoriamente y, además, la ha cagado con sus amigas. Entiendo su indignación, pero no debería ser hacia mí, sino hacia usted misma.

—¡Maldita sea! ¡Deje de repetir que lo sucedido es culpa mía! —gritó Wilda poniéndose en pie.

—Tranquilícese —dijo Philip en tono conciliador—. No está acusada de nada por ahora. Simplemente queremos llegar al fondo de este asunto. Han muerto siete mujeres en los últimos meses y hay al menos una más retenida. Una ola de pánico recorre la ciudad, no pasaba algo así desde el caso Gary Ridgway.

—Con la salvedad de que estas son mujeres decentes y madres, mientras que aquellas eran simples putas. ¿Por qué no termina la frase, jefe? —lo retó Wilda.

—Creo que se está excediendo. Entiendo que ha pasado unos días muy estresantes, pero estamos aquí para aclarar la verdad y solucionar el caso lo antes posible. Lo importante en este momento no es la carrera de ninguno de nosotros, es la vida de su amiga y otras posibles víctimas. Por favor, colabore —dijo muy serio Philip.

—Bueno, no sé en qué puede cambiar el caso el hecho de que yo confiese. Mientras perdemos el tiempo con esto, mi amiga continúa desaparecida y ese asesino, suelto.

George estaba a punto de estallar de nuevo cuando sonó el móvil de Wilda. Esta miró la pantalla de manera instintiva, por si se trataba de alguna novedad sobre su amiga Marta, pero vio el número de Mark y se asustó. Sabía que se habían llevado a Alexandra al hospital para controlar su estado de nervios.

—Lo siento, pero tengo que contestar.

—¡Deje ese maldito teléfono! —gritó George.

Wilda se puso en pie, dio al botón verde e ignoró al agente.

—¿Qué ha pasado?

—Alexandra ha agredido a su psiquiatra y se ha escapado del hospital —dijo Mark sin más rodeos.

—¡Joder, mierda!

—¿Qué sucede, agente? —le preguntó Philip alarmado.

—¿Hace cuánto tiempo de eso? —comentó Wilda.

—Una media hora, ha robado el coche de la psiquiatra y no sabemos dónde se encuentra.

—Intentaré buscarla. Es peligroso que ande sola con ese loco suelto. Podría capturarla como a Marta y... Bueno, te dejo, no salgas de casa y espera mi llamada.

—Gracias, Wilda —dijo Mark antes de colgar.

Los dos hombres permanecían de pie sin dejar de observarla.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó impaciente Philip.

—Alexandra Byrne se ha escapado del psiquiátrico después de agredir a su psiquiatra y se encuentra en paradero desaparecido —dijo Wilda mientras se dirigía a la puerta.

—No hemos terminado —se quejó George.

—Yo sí he terminado —contestó Wilda dando un portazo.

Mientras se dirigía hasta su coche su cabeza no dejaba de dar vueltas. ¿En qué estaba pensando su amiga? ¿No era consciente de que lo que había hecho la ponía en el punto de mira de la policía y la convertía en la primera sospechosa?

Subió al coche y se quedó unos segundos frente al volante. Tenía que ponerse en el lugar de su amiga. ¿Adónde iría si fuera ella? ¿Qué pretendía con esa huida desesperada?

Encendió el motor y salió hacia la carretera. Sabía que Alexandra habría intentado alejarse de la ciudad hasta que pusiera sus ideas en claro. Pero ¿dónde podía haber ido? Cerró los ojos e intentó concentrarse. Recordó todos los momentos vividos con Alexandra, algunas de sus confidencias. Pero aquellos pensamientos no le conducían a ninguna parte. Hasta que de repente se acordó.

—¡Mierda! —gritó al caer en la cuenta. Si Alexandra estaba obsesionada con algo, era con aquel lugar, pensó mientras aceleraba y se dirigía a la autopista 95.

## CAPÍTULO 13

La mujer se despertó sobresaltada. No sabía dónde se encontraba. Observó las cuatro paredes y se acercó a la puerta, comenzando a golpear con desesperación. No hubo respuesta. Después de unos minutos logró tranquilizarse. Miró su ropa medio destrozada y las manos arañadas, como si hubiera intentado excavar en la tierra. Apenas recordaba nada. La carrera, el parque, la gente y una mano que le tapaba la cara con un paño. Pensó que debía de llevar varias horas en ese cuartucho. Tenía hambre y mucho frío. Se acercó al camastro y se tapó mientras intentaba aclarar las ideas, pero en su mente únicamente tenía cabida una: ¿qué hacía allí? En los últimos días se había hablado mucho del Asesino de las Damas, sus atroces crímenes y la desaparición de algunas mujeres.

Entonces oyó algo al otro lado.

—Hola —dijo recuperando por unos instantes la esperanza.

—Hola —se oyó al otro lado la pared. Era una voz sin vida, apagada y lejana.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer.

—Soy Marta, llevo un día aquí.

Recordó haber leído algo sobre aquello. Al parecer, el sábado había secuestrado a una mujer junto al lago, mientras la multitud estaba atenta a unos cuerpos hallados en la isleta del centro.

—Yo soy Jazmín —dijo la mujer, algo más animada al saber que no se encontraba sola por completo.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Marta.

—No, no tengo ni idea —contestó la otra—. Estaba corriendo en un parque y tras desmayarme me desperté aquí.

Se hizo un largo silencio, como si la otra mujer estuviera tratando de recordar su propia captura.

—¿Por qué nos tendrá aquí? —preguntó Marta, aunque sabía que para eso ninguna de las dos tenía una respuesta.

Jazmín se sentó de nuevo en el camastro, cerró los ojos e intentó imaginar que se encontraba muy lejos de allí. Aquella misma semana cumplía cuarenta y seis años. Su vida había sido plena y feliz, lo único que la entristecía era no volver a ver a su hijo James y su esposo Charly. Mientras en su cabeza no dejaban de dar vueltas aquellas ideas nefastas oyó una puerta que se abría. Después, unos pasos y más tarde, un cerrojo.

Una persona vestida completamente de negro con el rostro tapado y guantes abrió la puerta y entró con una bandeja. Jazmín observó al individuo de reojo, como si de alguna manera pudiera lograr la invisibilidad si no le miraba a los ojos. El

secuestrador dejó la bandeja en la mesa, pero un zumo de naranja de cartón cayó al suelo; el hombre se agachó y Jazmín aprovechó para saltar del camastro y correr hacia el pasillo. Miró a ambos lados, cerró la puerta de la celda y la bloqueó con una silla, para ganar al menos unos segundos. Después corrió escaleras arriba y salió a lo que parecían los restos de un edificio. Alrededor únicamente se veían árboles. Corrió con todas sus fuerzas sin mirar atrás. Llevaba poco más de veinte minutos cuando llegó a una pequeña playa; al otro lado se veía costa, pero no estaba segura de poder recorrer toda esa distancia a nado. Oyó a su espalda unas ramas que se rompían y sin pensárselo dos veces se lanzó a las frías aguas de la bahía. Nadó sin parar, mientras sus músculos parecían agarrotarse por el frío. Cada vez que estaba a punto de tirar la toalla se acordaba de su hijo y su marido. No podía ahogarse, tenía que luchar, se decía una y otra vez, hasta que logró ver la costa. Hizo un último esfuerzo, sus brazos parecían cargados con plomo y sus piernas se hundían por el esfuerzo; cuando llegó a la orilla caminó un par de pasos y perdió el conocimiento.



Larry Brennan necesitaba un buen caso para asegurarse su futuro en el periódico. Ahora la prensa era un actor más en la información global. En internet cualquiera podía comunicar una noticia o hacer una reflexión. Los periódicos grandes estaban reduciendo sus plantillas de periodistas y los diarios locales no tardarían en aplicar los mismos despidos. La única manera de permanecer en la redacción era conseguir una exclusiva, que le permitiría unos años de respiro. El hombre tomó la taza de café y el sonido del teléfono le sobresaltó, hizo un gesto brusco y varias gotas cayeron sobre su camisa de algodón.

—¡Mierda! —exclamó mientras agarraba una servilleta sucia de la mesa de su escritorio, después abrió el teléfono. Estaba ofuscado y furioso—. ¿Quién es? —No oyó nada, simplemente su respiración agitada de fumador—. ¡Maldita sea! ¿Qué tipo de broma es esta?

—No es una broma —dijo la voz distorsionada al otro lado del teléfono.

—¿Quién habla? No tengo tiempo de adivinanzas.

—Escucha atentamente, maldito saco de grasa. Te estoy regalando por segunda vez una exclusiva, pero si no cierras esa boca, llamaré a otro.

—Lo siento —se disculpó Larry, más por asegurarse la noticia que por verdadera convicción. Los informantes solían ser caprichosos y asustadizos.

—Soy el Asesino de las Damas. Dentro de poco entregaré un nuevo ramillete, pero quiero que la gente, los buenos vecinos de Seattle y todos los ciudadanos de los Estados Unidos sepan que lo único que estoy haciendo es justicia. Todas esas personas merecían morir. Cuando haya completado mi obra, mostraré la verdadera intención, el significado de todo lo que he hecho, y la gente lo entenderá.

Simplemente he llevado a cabo lo que otros sueñan con hacer todos los días, pero no se atreven.

—¿Tiene a Marta Sánchez en su poder?

—No quiero que me haga preguntas —contestó la voz.

En ese momento una noticia de última hora entró en la redacción y se formó un gran revuelo.

Larry miró la pantalla de su ordenador y vio la noticia de agencia: «Una de las mujeres secuestradas escapa del Asesino de las Damas y confirma que Marta Sánchez está aún en poder del asesino. No ha logrado determinar el sitio de su captura. Únicamente recuerda una playa y la bahía. La policía está rastreando en un radio de varios kilómetros para dar con la otra persona secuestrada».

—Todas esas mujeres merecían morir, en unos días te enviaré los cargos que tenía contra ellas, pero debes prometerme que los publicarás íntegros...

—Eso no se lo puedo asegurar, el redactor jefe...

—No pongas excusas, la información tiene que salir íntegra o acudiré a otro medio. ¿Entendido?

—Sí, le prometo que saldrá toda la información —mintió el periodista. Ya se encargaría él de convencer a sus jefes. El periódico no estaba atravesando su mejor momento y toda la ciudad estaba expectante frente a cada novedad sobre el Asesino de las Damas.

—Está bien, dentro de unos días recibirás un *pendrive* con toda la información. Quiero que publiques todo justo al día siguiente, antes de Acción de Gracias. Considéralo una manera de felicitar a todos en un día tan especial —dijo la voz antes de colgar.

Larry se quedó con teléfono pegado a la oreja hasta que logró reaccionar. Buscó nuevos datos sobre la mujer que había logrado escapar, miró las fotos de todas las víctimas y se preguntó qué tenían en común. ¿Cuál había sido el terrible crimen que habían cometido según ese loco psicópata? Dudó en ir a la policía, pero no podía cagarla. Aquel caso le pertenecía, él lo resolvería y se convertiría en una leyenda viva del periodismo. Puede que hasta le dieran el Pulitzer.

## CAPÍTULO 14

Wilda no hizo caso a las insistentes llamadas de su móvil; cada vez que veía reflejado el nombre del agente George tenía ganas de arrojar el teléfono por la ventanilla. A medida que se alejaba de Seattle su mente comenzaba a relajarse, como si se estuviera tomando unas cortas vacaciones. Tras abandonar las afueras de la ciudad, el paisaje comenzaba a cambiar: las urbanizaciones de casas con amplios jardines con coches en la entrada dejaban paso a bosques interminables en los que aún se respiraba el verdadero espíritu del estado de Washington, en muchos sentidos la última tierra por conquistar de América. La nieve aún no lo había invadido todo, pero los días cortos y las noches frías anunciaban que se aproximaba el invierno y que dentro de poco aquellos parajes resultarían casi impenetrables. Wilda amaba la naturaleza, su familia pasaba largas temporadas en los lagos pescando o recorriendo cientos de senderos, tan hermosos e intransitados que parecía que eran los primeros hombres en la Tierra que los pisaban. Sabía que Alexandra habría vuelto a North Bend, un pequeño pueblo alejado de casi todo, con poco más de cinco mil habitantes, donde su madre la había criado hasta la adolescencia. Debía encontrarla antes de que lo hiciese la policía. Por alguna estúpida razón que ella no lograba adivinar, su jefe y George estaban convencidos de que era la asesina o al menos de que ocultaba algo.

Alexandra era una persona excepcional, siempre atenta y preocupada por los demás, buena madre y esposa, una doctora magnífica y una excelente persona. Todo lo contrario de ese maldito psicópata que estaba sembrando el terror en la ciudad.

Tras más de una hora el coche salió de la autopista y entró en North Bend. La localidad no tenía muchos atractivos, pero se había convertido en el escenario de la famosa serie televisiva *Twin Peaks*, dirigida por David Lynch, algunas décadas antes. Era además la sede principal de la fábrica de Nintendo para el norte del país. Wilda dejó el coche en una de las casas justo a las afueras y caminó hacia el bosque. Alexandra la había llevado una vez hasta allí; ella llamaba a aquel lugar el refugio. Al parecer era tan secreto que no lo conocían ni Mark ni sus hijos. Se acercó al caudaloso río y miró el pequeño puente de madera podrida; se lo pensó dos veces antes de cruzar, pero al final se apoyó en los pasamanos de hierro, que parecían intactos, y en la frágil estructura metálica, intentando evitar los listones de madera podridos por la humedad y el paso del tiempo. Un par de veces sus pies se escurrieron por encima de la embravecida corriente, pero mantuvo el equilibrio e intentó mirar al frente. Su experiencia en alta montaña aún le servía para algo, aunque en los últimos años apenas hubiera tenido oportunidad de ir a las montañas. La muerte de sus padres y la distancia de sus hermanos había destrozado el único vínculo que aún la unía a la vida.

Cuando logró poner el pie en el otro lado dio un largo suspiro, buscó el Sendero de la Ardilla y anduvo bordeando el río hasta un casi inapreciable camino que se adentraba en el frondoso bosque. Esperaba haber acertado: la noche no tardaría en llegar y no le hacía mucha gracia perderse en medio de un bosque de Washington, donde los osos y los lobos podían atacar a los turistas despistados o un paso en falso dejarte atrapado en mitad de la nada.

El bosque se espesaba tan deprisa que a los pocos minutos tuvo que sacar la linterna y caminar despacio, asegurando el terreno a cada paso. Tras cuarenta minutos de caminata llegó a un pequeño claro. Intentó recordar el camino correcto, únicamente había estado una vez allí y en compañía de su amiga. Afortunadamente, tenía buen sentido de la orientación; además, aquella zona le recordaba demasiado a uno de sus primeros casos tras llegar a Seattle. La desaparición de varias parejas de excursionistas obligó a la policía federal a transferirles el caso. Su compañero había sido Conan Collignon, un hombre de color veinte años mayor que ella y experimentado en desapariciones y búsquedas en zonas apartadas. Los equipos del FBI barrieron esas montañas en busca de pistas. La desaparición de unos excursionistas es algo normal en verano, pero tarde o temprano terminan por aparecer, ya sea vivos o muertos. Además, en este caso, se habían esfumado con su vehículo y todas sus pertenencias.

Al final Conan y ella dieron con una granja apartada, donde les extrañó ver un pequeño desguace en un lateral de la casa. Había al menos una veintena de coches de diferentes épocas, desde los años sesenta hasta el siglo XXI. Mientras interrogaban al granjero, un hombre de más de setenta años de pelo canoso cortado a cepillo, con una gorra de leñador con orejeras, oyeron unos gritos. El granjero les explicó que se trataba de los cochinos, pero fueron a asegurarse y encontraron en un viejo remolque de camión en el granero a una de las últimas mujeres desaparecidas. Al parecer el hombre había matado a su novio, al que había parado en un camino secundario, y después había secuestrado a la mujer. En el suelo del granero y las inmediaciones de la granja descubrieron cuarenta cuerpos, veinte de hombre y veinte de mujeres. El asesino siempre escogía parajes de recién casados o novios, mataba al hombre y secuestraba a la mujer para abusar de ella durante unos meses, cuando se cansaba la mataba y buscaba la siguiente pareja. Llevaba casi cincuenta años haciendo lo mismo sin levantar sospechas. Asistía todos los domingos a la iglesia del pueblo y, a pesar de que todos lo consideraban un tipo solitario y excéntrico, nadie podía imaginar el monstruo que era realmente.

Wilda logró distinguir entre los árboles la vieja cabaña. Estaba algo más desvencijada que un par de años antes. Los troncos de las paredes cubiertos por el musgo pasaban desapercibidos con el resto de la masa forestal, nadie habría pensado que allí había un refugio.

La mujer se acercó con sigilo hasta la puerta y observó por las ventanas, pero las contraventanas estaban echadas. Intentó escuchar a través de la puerta, pero no logró

oír nada. El canto de los pájaros y el viento meciendo las ramas parecían los únicos sonidos de aquel apartado bosque.

—¡Alexandra! Soy yo, Wilda.

Oyó pisadas a su espalda, se dio la vuelta y vio a su amiga. Tenía mala cara. El pelo pelirrojo estaba despeinado y sus ojos muy rojos, como si hubiera estado horas llorando. Tenía el cuerpo cubierto de arañazos y parte de la ropa rajada. Miró a Wilda con desconfianza, como si no la reconociese al principio.

—¿Wilda? ¿Qué haces aquí? —preguntó con una voz ronca, como si estuviera afónica.

—He venido a buscarte y a llevarte de nuevo a casa —comentó su amiga.

—No voy a volver. Un loco quiere asesinarme y, lo que es peor, mi marido quiere que esa psiquiatra me deje de nuevo encerrada.

—Únicamente querían que reposases, lo sucedido en estos últimos días ha sido terrible.

—La última vez pasé meses encerrada. No volverá a suceder —dijo tajante la mujer.

—Será mejor que regresemos. Está a punto de hacerse de noche.

—Regresa sola y no digas a nadie dónde estoy.

En ese momento sonó el teléfono, era otra vez George.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —preguntó Alexandra extrañada, como si de repente una idea estuviera pasando por su cabeza. Una idea terrible y angustiada.

—Ya te lo he dicho: quiero que regreses conmigo a Seattle —dijo Wilda dejando sonar el teléfono.

Alexandra retrocedió un par de pasos.

—Tú nos has metido en todo esto. Se te ocurrió involucrarnos en un caso federal, después recibimos ese mensaje, atacaron a la vecina de Sara, más tarde a Stella y Marta ha desaparecido.

—¿Qué insinúas?

—¿Sabes cuál es el oficio ideal para un asesino en serie? ¿No? Yo te lo diré: trabajar en el FBI. Puede controlar los casos, sabe cómo preparar su coartada...

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Wilda sorprendida ante las palabras de su amiga.

—Eso sería perfecto para ti, la pobre amiga loca que comienza a matar a diestro y siniestro. De esa manera nadie sospecharía de ti. Por Dios, hasta nos pediste que falseáramos nuestra declaración en un caso de homicidio.

—Tranquila, Alexandra, te prometo que no dejaré que te encierren, pero tenemos que marcharnos ahora mismo.

—Encima has venido sola. ¿Por qué lo estás haciendo? ¿Piensas que no somos buenas madres? ¿Crees que merecemos morir?

—Por favor, todo esto es absurdo —dijo Wilda mientras miraba al teléfono de nuevo. Entonces llegó un mensaje en su Whatsapp que ponía:

Ten cuidado, Alexandra Byrne puede ser peligrosa, fue encerrada por acto violento hace dos años, siendo una cría un asesino la tuvo secuestrada durante meses...

Wilda levantó la vista, pero apenas pudo hacer el gesto de buscar a Alexandra: notó un fuerte golpe en la nuca y cayó desplomada en mitad del manto de hojas.



—¡Estúpida! —dijo en voz alta George, sin importarle mucho la presencia de la psiquiatra. Llevaba más de dos horas intentando advertir a su compañera sobre el estado mental de su amiga, pero no le cogía el teléfono.

El hombre salió a una terraza que daba a la habitación en la que habían ingresado a la psiquiatra a fumar un cigarrillo. Estaba prohibido hacerlo en las inmediaciones de un hospital, pero se sentía tan tenso que no le importó la sanción que le caería si alguien lo veía fumando allí.

Aquella maldita ciudad se había vuelto loca. Cuando lo destinaron allí pensó que sería un sitio tranquilo. La ciudad no llegaba a los ochocientos mil habitantes, pero estaba llena de tipos ambiciosos y sin escrúpulos, una mezcla de esnobs ecologistas, veganos y animalistas convencidos, obsesionados por el dinero, el estatus y la tecnología. Seattle era una ciudad creada en diferentes oleadas, que parecían levantarla y destruirla en un ciclo interminable de reencarnaciones. Gran centro maderero en el siglo XIX, tierra de la Fiebre del Oro a finales del XIX y principios del XX, centro de actividad naviera en la década de 1920, auge de la fabricación de los aviones Boeing, y en aquel momento sede de compañías tecnológicas como Microsoft, Wireless, AT&T y Amazon.

George marcó el teléfono de nuevo y volvió a oír el contestador de Wilda. Al final decidió grabar un mensaje:

—¡Maldita sea, Wilda, llevo llamándote un buen rato! Imagino que estás buscando a tu amiga Alexandra. Ten cuidado, repito: ten mucho cuidado. Puede ser agresiva, ha dejado en mal estado a su psiquiatra. Al parecer de niña fue secuestrada y sufrió un fuerte trauma. Culpa a su madre de todo y, en periodos de mucho estrés, se pone muy violenta, pero después olvida esos episodios, como si tuviera un trastorno de la personalidad. Si la encuentras, llámanos y no te acerques a ella.

Terminó el mensaje y dio una fuerte calada a su cigarrillo. Miró el cielo encapotado y cerró los ojos, intentando recordar el cielo azul de Miami, el agua turquesa y las palmeras mecidas por el viento. Aquel lugar estaba nublado nueve de cada diez días durante más de seis meses, era gris, frío y triste.

Intentó aclarar su mente. Aquel no era su caso, simplemente estaba investigando a Wilda, pero no podía evitar sentirse involucrado. Aquella policía inútil y orgullosa había puesto en peligro a mucha gente, pero ahora era ella la que se encontraba expuesta a la asesina. Estaba casi convencido de que Alexandra era la persona que

buscaban. Violenta, con doble personalidad, conocía a muchas de las víctimas y odiaba a su madre. Aquel era un caso de manual. De las cinco amigas, una había muerto, otra había sido secuestrada, otra advertida con el asesinato de su vecina más próxima y la otra era agente del FBI. Wilda podía ser estúpida e inconsciente, pero no una asesina.

Al principio había sospechado de Robert Sullivan, sobre todo tras la muerte de Stella en su librería, pero ahora estaba convencido de que lo había hecho Alexandra. Aquella mujer no se encontraba en sus cabales.

Tiró la colilla a los jardines y entró de nuevo en la habitación después de soltar la última calada.

—Señora Black, no logro dar con Wilda, pero le he dejado un mensaje y enviado un *whatsapp*, imagino que tarde o temprano lo verá —dijo el hombre arqueando las cejas. Los coches oficiales tenían GPS: si la agente no daba señales de vida en un par de horas, saldrían a buscarla.

—Ya le he comentado que el trastorno de Alexandra no es peligroso, al menos no en un grado preocupante.

—Pero ya ve lo que le ha hecho. Está usted ingresada en un hospital —comentó el agente.

—Se sentía acorralada —dijo la psiquiatra.

—Puede que si ve a su amiga, agente del FBI, buscándola, actúe también de manera violenta.

—Alexandra aprecia a su amiga, no creo que le haga ningún daño.

—¿Cree que puede haber cometido esos crímenes? —preguntó el agente.

—Es muy difícil de determinar. Tendría que analizarla a fondo. La traté hace dos años y pareció responder bien al tratamiento. No creo que sea una psicópata, puede que esté algo paranoica, que tenga tendencias depresivas y una alta necesidad de afecto personal. Eso es todo —dijo la psiquiatra.

—¿No puede suceder en algunos casos que las víctimas de asesinos o psicópatas, como al que estuvo sometida Alexandra, trastornen su comportamiento y de alguna manera imiten a su verdugo? El Asesino de las Damas secuestra mujeres y luego las asesina.

—Creo que Alexandra está asustada, puede que eso la empuje a defenderse y haga alguna locura, pero sin verla antes no puedo decirle nada más —comentó la mujer.

George se despidió de la psiquiatra y salió al pasillo. El jefe le esperaba en otra ala del hospital, donde habían ingresado a la mujer que había logrado fugarse. Caminó hasta el ascensor y descendió un par de plantas. Cruzó un largo pasillo hasta llegar al mostrador de la sección; estaba a punto de preguntar a una enfermera cuando vio a la patrulla que vigilaba a la paciente.

—Hola, muchachos —dijo a los compañeros.

—Hola —contestó el que estaba de pie.

—¿Está la psiquiatra dentro?

—No, salió hace un rato, creo que ha ido a por un café —contestó el agente.

—¿Está despierta? —preguntó George.

—Sí, hace un rato que se le pasaron los efectos de los tranquilizantes. El jefe pudo interrogarla brevemente, pero se ponía muy nerviosa.

El hombre miró por la rendija y vio el cuerpo tendido, parecía dormida.

—Creo que esperaré al jefe. ¿Ha entrado o salido alguien de la habitación?

—Su marido e hijo la vieron hace unas horas, después el jefe y la enfermera. No ha entrado nadie más —comentó el policía.

—Gracias.

George se dirigió a un banco, se sentó y llamó a la oficina.

—Hola, quiero que localicen el coche de la agente del FBI Wilda Johnson y que manden las coordenadas a mi dispositivo. Gracias.

Se quedó unos minutos mirando su correo electrónico hasta que le llegó la notificación. Recibió el mensaje y dio al enlace.

—Mierda, Wilda, ¿por qué eres tan estúpida?

El coche de Wilda se encontraba aparcado en el aparcamiento de la Agencia. Dondequiera que hubiera ido lo había hecho con su coche personal. La única forma de rastrearla era siguiendo las señales de su teléfono móvil, si es que no se le había ocurrido apagarlo.

## CAPÍTULO 15

El calor comenzó a despertarla. Sentía un fuerte dolor en la nuca, la cabeza le daba vueltas y apenas distinguía nada entre las sombras de la cabaña. Alexandra no había encendido las lámparas de petróleo, tampoco las velas que tenía repartidas por toda la casa. La única luz que resplandecía era la de la chimenea. Oyó el crepitar de la madera y percibió el olor a tronco quemado. Por unos instantes se olvidó de dónde estaba y qué demonios le sucedía a su amiga. Aquello parecía una tranquila y amistosa velada, de no ser porque tenía las manos atadas a la espalda y los tobillos apresados con una gruesa cuerda de esparto.

—¿Te has despertado? He debido de darte fuerte, llevas horas inconsciente. La cena casi está —dijo Alexandra mientras retiraba del fuego una lata grande de judías.

—¿Por qué me has golpeado?

—Hay muchas cosas que no encajan y no me fío totalmente de ti. Puede que seas una loca psicópata, al fin y al cabo tienes tres gatos, vives sola y ejerces un trabajo violento —comentó Alexandra.

—¿Estás de broma? Nos conocemos hace tiempo. No creerás que sería capaz de matar a mis amigas.

—Los psicópatas no tienen amigos, no sienten afecto; eso no quiere decir que no tengan sentimientos, pero únicamente sufren por ellos mismos. Lo sé de muy buena tinta —dijo Alexandra enigmática.

—No te entiendo.

—Llevo años analizándome, soy doctora; me ha costado llegar a una conclusión, pero ahora estoy segura.

—¿Segura de qué?

—Tengo algún tipo de psicopatía, creo que creado por un fuerte trauma en la adolescencia. Casi nadie lo sabe, pero un psicópata me secuestró durante varios meses, abusó de mí y mató en mi presencia a otras chicas. Cuando regresé a casa ya no era la misma. Rebelde, apática, con ideas macabras que atormentaban mi mente.

—Pero eso sería fruto del trauma. Lo que te hicieron debió de ser terrible —dijo Wilda sorprendida. No conocía aquella terrible historia.

—Sí, pero no todas las víctimas reaccionan de la misma manera. En mi familia había antecedentes de problemas mentales, en algunos casos también hay un factor genético, una predisposición; aquel secuestro debió de activar mi psicopatía.

Wilda miró las llamas, había algo hermoso en el fuego. Una atracción fatal, como si su capacidad de purificación pareciera atraerla hacia las llamas.

—No creo que seas una psicópata —dijo la agente, como si hubiera estado dando vueltas al asunto por unos instantes.

—Sí lo soy, lo que aún desconozco es si soy capaz de matar. A veces hago cosas que después olvido por completo. Por ejemplo, hace unas semanas, mientras llegaba al centro comercial, un tipo se metió sin más en la plaza en la que yo estaba esperando para aparcar. Me puse hecha una furia, salí del coche y comencé a insultarle. Llegó un momento en que la situación se puso muy violenta y el tipo me levantó la mano. Después tengo una laguna y apenas recuerdo nada. Lo siguiente que veo es a mí misma machacando la parte trasera de aquel coche y dándome a la fuga. Cuando Mark me preguntó le comenté que había tenido un accidente. ¿No es ese un comportamiento psicópata?

—Todos perdemos los nervios alguna vez, pero eso no nos convierte en psicópatas; de ser así toda la ciudad de Nueva York estaría habitada por hordas de psicópatas.

—Pero ¿no te parece extraño que tenga esas lagunas? ¿Qué sucedería si una parte de mí hiciera algo malo, pero la otra no lo supiera?

—¿Te refieres a tener múltiple personalidad? —preguntó Wilda.

—Sí, algo así. Eso, unido a mi psicopatía, podría convertirme en una asesina.

—Los psicópatas asesinos obtienen placer al matar a la gente, sienten que poseen o dominan a sus víctimas; el hecho de no recordarlo demuestra que no lo eres, al menos de ese tipo —comentó Wilda.

—Entiendo lo que dices, pero es posible. He golpeado a mi psiquiatra, casi la mato, te he atado y..., no estoy segura de lo que soy capaz de hacer.

—No creo que seas psicópata, creo que estás bajo un gran estrés. Suéltame y regresemos a Seattle.

—Es muy tarde, no podremos encontrar el camino en medio de la oscuridad. Descansa y mañana te prometo que me iré contigo —dijo Alexandra mientras retiraba la lata del fuego, la ponía encima de una mesa y comenzaba a servirla en dos platos.

—Creo que no puedo comer así —dijo Wilda.

Alexandra tomó el cuchillo y le cortó las ligaduras. La agente se frotó las muñecas doloridas y se sentó a la mesa. Comieron en silencio durante un rato, hasta que Alexandra dijo:

—Creo que sé por qué el Asesino de las Damas está haciendo todo esto.

Wilda levantó la vista y paró de comer.

—Ese asesino es un justiciero, de alguna manera piensa que debe castigar a sus víctimas por algo que hicieron y ha quedado impune.

—¿Por qué piensas eso?

—Está imitando a los anfitriones que llevaron a la isla a las diez personas. El señor y la señora Owen pensaban que al asesinarlas estaban realizando un acto de justicia. Todos ellos habían cometido algún tipo de crimen, ya fuera por acción u omisión; intencionado o fortuito; cruel o benévolamente. Además, el asesino ha sufrido o él cree que ha sufrido como víctima de alguna de ellas.

—Muy interesante —dijo Wilda.

—Bueno, puede que el asesino siga parte del patrón, pero no del todo. Que únicamente utilice parte de la historia —comentó Alexandra.

—¿Dónde está la sal? —preguntó la agente.

—En ese armario —dijo Alexandra indicando con la mano.

Wilda se puso en pie y se dirigió hasta el armario, abrió la puerta y se volvió.

—Lo cierto es que esa novela está repleta de enigmas y nada es lo que parece.

—Tienes razón —dijo Alexandra mientras Wilda se acercaba por su espalda.

—Será mejor que intentemos descansar un poco, mañana será un día muy largo —comentó Wilda.

Su amiga se volvió instintivamente, lo que le permitió ver por un segundo el cazo que llevaba en la mano. La agente golpeó con todas sus fuerzas la cabeza de Alexandra, que notó un fuerte dolor en la sien, pero no se quedó inconsciente de inmediato; tuvo el tiempo justo de balbucear unas palabras antes de caer al suelo.

Wilda vio a su amiga chocar contra la madera, como si fuera un saco de patatas, soltó el cazo y se agachó para comprobar que estaba inconsciente. Después le ató las manos, la amordazó y la dejó tumbada junto al fuego. Se dirigió a la mesa y terminó tranquilamente la cena mientras sus ojos observaban las llamas de la chimenea, que poco a poco comenzaban a apagarse, robando la poca luz que aún brillaba en la cabaña.

## CAPÍTULO 16

George Costa rastreó el teléfono de Wilda y la última antena que había recibido información era una próxima a North Bend. Insistió varias veces en llamarla, pero no respondía. El FBI había pedido a la policía local que buscara su coche privado y los agentes habían buscado en los registros de hoteles o el pago con tarjetas sin ningún resultado. Parecía como si se la hubiera tragado la tierra.

El día anterior había logrado interrogar a Jazmín, que estaba aún muy afectada. No recordaba mucho. Describió un sótano húmedo con varias estancias, los cuartos pintados de blanco con un camastro y un cubo. Del exterior únicamente se acordaba de una casa derruida, un bosque y la playa. Por el área en la que había aparecido, la casa podía encontrarse en cualquier zona de la orilla oeste de la bahía Elliott; desde el sur de la isla Bainbridge, pasando por toda la costa oeste y la isla Vashon. Podrían estar semanas y no encontrar nada. Al menos la mujer les había confirmado que había otra rehén con ella, Marta Sánchez, que podía llevar algún día más. George temía que el asesino se hubiera deshecho de ella, atemorizado como estaba por que descubrieran su guarida.

El agente no había querido forzar mucho a la testigo, se había dejado algunas preguntas para la mañana siguiente. Aparcó cerca del hospital y caminó fumando un pitillo hasta la puerta misma del centro, donde tiró la colilla. Cuando llegó a la planta y vio a los dos agentes logró desconectar la mente un rato. No dejaba de pensar en aquel maldito caso, le comenzaba a obsesionar. Apenas había pegado ojo y tenía el estómago cerrado, algo que siempre le ocurría cuando se encontraba estresado.

—Hola, ¿qué tal la noche?

—Tranquila —respondió uno de los agentes.

—¿Y la enferma?

—No se ha quejado, imagino que los calmantes le han permitido descansar.

—Sin duda. Espero que esté despierta —comentó George.

—Aún no le han traído el desayuno.

George abrió la puerta y vio a la mujer dormida, con los ojos cerrados. Se acercó con cautela, pero al aproximarse notó algo extraño: una gran mancha de sangre.

—¡Dios mío! —gritó mientras tocaba el timbre de emergencia. Llamó a los dos policías y comenzó a marcar el número de la Agencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de ellos al entrar. En cuanto vio el cadáver llamó a la central.

—Necesitamos a todos los agentes disponibles, la testigo ha muerto —dijo George antes de colgar, después se volvió y miró a los dos agentes con unos ojos gélidos—. ¿Qué han hecho toda la noche? La testigo está muerta.

—No nos hemos movido de aquí. El único personal que ha entrado ha sido sanitario —se excusó uno de los policías.

—No creo que entrara por la ventana, estamos en el décimo piso. El asesino se metió por la puerta, por esta maldita puerta protegida por dos agentes.

—Comprobamos las credenciales del personal y la familia no ha regresado desde ayer. No lo entiendo —dijo el policía llevándose las manos a la cabeza. La custodia en un hospital era una de las cosas más sencillas y rutinarias de su trabajo, prácticamente nunca se producía un incidente de este tipo.

—Salgan de aquí —les ordenó George—, no quiero que toquen nada.

Cuando estuvo solo de nuevo intentó ordenar sus pensamientos. Se acercó a la ventana. La altura era considerable y el pestillo estaba echado, sabía que era imposible acceder por aquel lugar. Miró a su alrededor. La habitación era bastante aséptica, no sería difícil encontrar huellas o pisadas, aunque dudaba que el asesino hubiera sido tan descuidado. Hasta ahora no había cometido ningún maldito error y siempre iba varios pasos por delante de ellos.

Examinó el cuerpo con detenimiento, tenía un fuerte golpe en la cabeza, en la parte de atrás, justo en la nuca. La víctima había recibido una contusión con algo punzante, debía de haber muerto en el acto, mientras dormía. El asesino no la había desnudado ni preparado como a sus otras víctimas. Entonces George reparó en un marco disimulado justo detrás de la cama. La echó a un lado, tocó el borde de madera, notó una rendija que dejaba pasar la corriente, empujó con fuerza y sintió el crujido de la madera al astillarse.

—Está comunicada, maldita sea.

Empujó con más fuerza y entró en un pequeño cuarto abandonado con cunas. Salió de nuevo y pidió a los agentes que llamasen a las enfermeras.

La enfermera jefe se acercó hasta el umbral de la puerta y pidió permiso para entrar.

—Hola, lamento lo ocurrido...

George no tenía tiempo para formalismos, señaló con el dedo la puerta y dijo alterado:

—¿Qué coño es eso?

La enfermera jefe se puso roja, miró hacia donde apuntaba el dedo sin comprender nada.

—Bueno, es la antigua sala de los bebés. Esta planta era una maternidad y se dejaba a los bebés en esa sala con cuidadoras, pero está clausurada.

—¿Por qué no nos lo advirtió?

—Bueno, está clausurada —repitió la mujer.

—Alguien ha entrado por ahí y ha matado a la testigo. Mierda, ¿nadie sabe hacer bien su puto trabajo?

La mujer se echó a llorar. George frunció el ceño y le indicó que se fuera.

El hombre estaba completamente bloqueado, esperaba que al menos pudieran sacar alguna pista, aunque no tenía mucha fe. En ese momento la puerta volvió a entornarse y, cuando estaba a punto de mandar al carajo al que osara entrar, se quedó de piedra al ver a Wilda Johnson.

—Hola. ¿Qué ha pasado aquí?

George abrió tanto los ojos que la mujer se quedó parada, sin atreverse a entrar.

—¿Dónde estabas? Te he llamado decenas de veces, hasta te hemos hecho un seguimiento.

—Buscando a Alexandra Byrne —contestó sin rodeos.

—¿La has encontrado?

—No, no la he encontrado.

—¿Por qué diablos no fuiste en el coche oficial? —preguntó George intentando aguantar la cólera que poco a poco se apoderaba de su mente confusa.

—Para evitar el GPS y que un estúpido como tú me rastreara —dijo Wilda desafiante.

—Mira tu cagada. Han matado a una testigo.

—No es mi cagada, es la tuya. Yo no estaba a cargo de la seguridad de la testigo —dijo Wilda sin amedrentarse.

—Este es tu maldito caso y ya he perdido a unas cuantas personas sin que hayas descubierto nada de nada.

—Estaba buscando a Alexandra, ella estaba en peligro...

—¿En peligro? La testigo nos confirmó que tu otra amiga Marta está retenida por el asesino. Ella sí que está en peligro, por no hablar de esta pobre desgraciada, que deja un hijo y un marido.

La mujer se acercó al cuerpo y lo examinó brevemente.

—Es el octavo negrito —dijo la mujer.

—¿El octavo negrito? ¿De qué estás hablando?

—El octavo negrito. El asesino está siguiendo el patrón del libro de Agatha Christie *Los diez negritos*, al menos desde que mató a la primera víctima después de mandarme el mensaje amenazante. El octavo negrito muere en el libro de un fuerte golpe en la cabeza.

—¿El mensaje que recibiste en el Kindle? —preguntó George, recuperando el control.

—Sí, el asesino sigue la pauta del libro, aunque comenzó al revés: primero el ahorcamiento, después el ahogamiento por envenenamiento, las dos mujeres dormidas y ahora el golpe en la cabeza.

—Eso quiere decir que quedan al menos seis asesinatos más —comentó George.

—Sí, eso al menos podría ayudarnos.

En ese momento entró por la puerta el jefe, cuya cara era todo un poema. Tenía el ceño fruncido, los dientes apretados y el cuerpo echado hacia delante.

—Mi teléfono no para de sonar: me han llamado el alcalde, el gobernador y el jefe de la Agencia. ¡Maldita sea! Y lo único que les puedo decir es que lo siento y que no tenemos nada por ahora —bramó Philip, mientras sus agentes lo miraban amedrentados.

—Yo tengo algunas ideas, jefe, pero me temo que no le van a gustar —se atrevió a decir Wilda.

Philip la miró de arriba abajo y esperó a que la agente hablara primero. Mientras, en el aparcamiento del hospital los medios comenzaban a invadirlo todo, como una maldita plaga de langostas a punto de devorar un campo de maíz recién madurado.



Robert era un manojo de nervios. Se estaba quedando en los huesos, apenas dormía y su mente no paraba de dar vueltas a la desaparición de Marta. No era un hombre enamorado, aunque nunca faltaba una mujer en su cama si lo deseaba. Lo que había sucedido con Marta era totalmente diferente. Ella era especial, puede que en ocasiones demasiado especial, pero conectaban y eso no suele suceder muchas veces en la vida.

Durante los últimos días había releído el libro de la Agatha Christie, lo que había contado la autora sobre él y los comentarios de los especialistas. Tenía algunas ideas y conclusiones, pero dudaba que aquello le permitiera capturar al asesino y liberar a Marta. Eran simples y malditas especulaciones. Tiró el último libro al suelo, formando una montaña de páginas y lomos abiertos que casi llegaba hasta la cama que tenía en su pequeño despacho de la librería. Desde la desaparición de su exnovia apenas había pasado por su casa a por unas mudas y ducharse; envuelto entre aquellas paredes de libros no dejaba de dar mil vueltas a todo el asunto.

Robert tomó otro libro de la estantería y comenzó a leer:

El color negro es muy importante en la obra de Agatha Christie y lo emplea de diversas maneras. La autora siempre utilizaba dobleces y varios significados para una misma cosa. Además de lo más obvio, el color de las figuras de los diez negritos, Christie también juega con la idea del nombre de la isla frente a Devon donde transcurre la acción, llamada Black Island, por tener una orografía parecida al perfil de un hombre negro. La tercera referencia es el famoso poema adaptado por Frank J. Green en 1869 «Ten Little Injuns».

Oyó un ruido en la puerta y agarró el arma que tenía debajo de la almohada. No era la primera vez que manejaba una, aunque de donde él venía eso no era algo normal. Se puso en pie con los pies descalzos y caminó por la librería en semipenumbra. Llevaba cerrada desde la muerte de Stella y, aunque muchos curiosos morbosos se habían acercado para ver el lugar del crimen, él había decidido mantenerla cerrada por el momento.

Se aproximó a la puerta trasera del edificio y oyó de nuevo el ruido.

—¿Quién anda ahí?

Nadie respondió. Tomó el teléfono, pero justo cuando estaba a punto de marcar el número de la policía oyó una voz.

—Hola, ¿Robert? Soy yo, Marta.

Sintió cómo le daba un vuelco el corazón y abrió lo más rápidamente que pudo. Marta lo miró; llevaba el pelo mojado y despeinado, la ropa sucia y hecha jirones y una expresión de terror. Él no pudo evitar abrazarla y pedirle que entrase. La llevó hasta el despacho y la sentó en la cama. La mujer temblaba y no dejaba de mirar a un punto fijo, como si se encontrase muy lejos de allí.

—¿Dónde has estado? ¿Cómo has logrado escapar? —preguntaba él infructuosamente.

Palpó el jersey de la mujer y se dio cuenta de que estaba empapado. Le quitó la ropa, aunque ella se resistió al principio, apartándose con gestos, pero sin articular palabra, como si aquel trauma la hubiese dejado completamente muda.

—Tranquila, todo saldrá bien. Únicamente quiero ponerte ropa seca —dijo el hombre con voz suave, como si estuviera hablando a un niño pequeño.

Buscó ropa en su armario y comenzó a vestirla con cuidado; después la tumbó en la cama y la tapó. La mujer se quedó dormida de inmediato y él se quedó observándola con la ternura con la que un padre contempla a sus hijos mientras descansan.

Dos horas más tarde, la mujer se despertó. Él había calentado en un pequeño infiernillo una sopa de sobre y había preparado dos platos.

—¿Cómo estás?

—¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó la mujer, confusa, mirando para todas partes.

—No lo sé, hace un par de horas apareciste en la puerta de atrás, totalmente ida y empapada.

—Dios mío —dijo Marta como si de repente recordara algo.

—¿Qué sucede?

—Me vienen como imágenes a la mente, pero no logro ponerles orden ni sentido.

—¿Por qué no me cuentas todo? ¿O prefieres que llamemos a la policía?

—No, a la policía no. Prefiero que el asesino piense que estoy muerta, de esa manera estaré a salvo.

—Como prefieras, aunque creo que es un error —contestó Robert mientras vertía el caldo caliente en los cuencos. Después pasó uno a la mujer, que lo miró como si no supiera que hacer con él.

—No tengo hambre —dijo al fin.

—Te sentará muy bien.

Marta comenzó a sorber despacio, pero enseguida aceleró el ritmo, como si acabara de descubrir lo hambrienta que estaba.

—Has estado tres días desaparecida; bueno, dentro de unas horas serán cuatro.

—¿Cuatro días? El tiempo en ese monstruoso lugar pasa muy lento, creía que llevaba semanas.

—Afortunadamente, no. Una mujer apareció ayer, creo que está en el hospital. Una tal Jazmín.

—Jazmín —repitió la mujer con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo está?

—No lo sé, apenas escucho las noticias. Únicamente leía el periódico por si comentaban alguna novedad sobre tu secuestro.

—Ha sido terrible.

—Lo siento —dijo el hombre acercándose para abrazarla, pero Marta lo rechazó con la mano.

—Ese maldito asesino está loco, aunque estoy casi convencida de que se trata de una mujer.

—¿Has visto su cara?

—No, pero logré ver por un momento sus manos. Unas manos finas, con uñas cortas, pero sin duda de una mujer —comentó Marta.

—¿Estás segura?

—Sí —contestó ella con los ojos fijos en la nada.

## CAPÍTULO 17

Sara Jakob apartó las cortinas y vio a los policías. No es que eso la tranquilizase mucho, pero al menos la calmó un poco; era como el cinturón de un avión: que aunque eres consciente de que no servirá para salvarte la vida, sí permitirá que reconozcan en parte tu cadáver. Después se fue con el té en la mano hasta el sillón y se sentó de nuevo frente al portátil. Llevaba varios días sin hablar con sus amigas, a excepción de Wilda. Alexandra continuaba desaparecida y Marta secuestrada; intentaba no pensar mucho en la suerte de Stella, sobre todo porque tenía la amarga sensación de que ella sería la próxima víctima.

Miró de nuevo la pantalla y esperó a que la herramienta hiciera su trabajo. Wilda le había comentado que los informáticos del FBI habían detectado el envío del mensaje a sus Kindle desde un ordenador de la biblioteca, aunque ella tenía otra opinión. No le cuadraba que alguien tan cuidadoso, que hasta ese momento siempre había logrado evitar dejar pruebas, cometiera un fallo tan burdo.

—Venga —dijo a la pantalla mientras daba un nuevo sorbo al té.

Samuel entró en el salón algo serio. Sara estaba tan centrada en el trabajo que ni siquiera se percató de su presencia.

—Mamá —dijo el niño para llamar su atención.

—¿Qué sucede, Samuel? Tienes que dormir, mañana será un día largo, pero pronto será Acción de Gracias.

—Ya lo sé, pero no me puedo dormir. Desde que hay dos policías siguiéndome a todas partes el resto de los niños no se me quiere acercar, piensan que si están conmigo los secuestrarán o los matarán.

—Eso son bobadas. Nadie os va a hacer nada —comentó Sara abriendo los brazos.

El niño se dejó abrazar.

—¿Tú también estás a salvo?

—Sí, claro, tenemos protección veinticuatro horas al día. Te acompaño a la cama.

La mujer lo llevó hasta su habitación, desde hacía unos días los dos hermanos dormían juntos. David descansaba plácidamente, pues debido a su edad aún no era muy consciente del peligro que corrían.

—Te prometo que en unos días atraparán a ese tipo y nuestra vida volverá a la normalidad —dijo Sara, después dio un beso al niño y regresó al salón.

Se sentó de nuevo en el sillón de piel y miró el ordenador. La herramienta por fin había parado y encontrado la procedencia real del mensaje. Era cierto que uno de los ordenadores por los que había pasado era el de la biblioteca, pero no procedía de allí. Miró la dirección IP y la rastreó. El ordenador tardó un buen rato hasta que apareció

el dispositivo desde el que se había enviado la nota. La mujer miró la pantalla con la boca abierta, hizo un pantallazo y envió el mensaje al chat por el que conversaban en el Club de Lectura.

—No me lo puedo creer —dijo mientras tomaba el teléfono y llamaba al agente George Costa, pues Wilda llevaba todo el día sin contestar a sus llamadas. Este no contestó y por unos segundos pensó qué hacer. Los policías de atrás eran simples guardianes, así que decidió esperar al día siguiente, estaba demasiado cansada para continuar.

Mientras se dirigía a la cama no podía quitarse de la cabeza lo que había descubierto, se tumbó y se tapó hasta el cuello, y después la cabeza entera menos una minúscula rendija. Tenía la ingenua sensación de que un edredón podía salvarla del asesino.



Wilda Johnson terminó de explicarles su teoría y los dos hombres se miraron uno al otro sorprendidos.

—¿Por qué no nos ha contado esto antes? —preguntó el jefe.

—Bueno, eran simples especulaciones, pero ahora estoy completamente segura.

—Todo parece encajar. La muerte de todas las mujeres tiene el mismo patrón que los asesinatos en el libro de Agatha Christie —comentó George, que no podía negar la perspicacia de su compañera.

—Pero aún hay más. Uno de los elementos claves del libro *Los diez negritos* es que todas las personas que van a la isla y son asesinados ocultaban un crimen, un pecado, podríamos decir. Algo que el resto del mundo ignoraba y por el que no han pagado su deuda —dijo la mujer, emocionada de que los dos hombres pareciesen fascinados con sus ideas. Llevaba toda la vida intentando demostrar que no era una agente del montón, sino que era capaz de resolver los casos más difíciles. Mientras los observaba pensaba que al menos por un tiempo se olvidarían de la supuesta filtración de información a sus amigas. Lo que querían en ese momento era resolver el caso, devolver la tranquilidad a la ciudad de Seattle y calmar a los políticos.

—¿Piensa que todas esas mujeres tenían algún delito oculto? ¿Cree que el asesino en el fondo es un justiciero? —preguntó el jefe.

—Sin duda, lo que no he logrado descubrir es cuáles son esos pecados ocultos, esos crímenes, aunque estoy casi convencida de que en algún momento el asesino los sacará a la luz, de alguna manera tiene que justificar sus atrocidades. Él no se ve como un monstruo, sino como un héroe.

—Aun así, creo que todas esas mujeres deben de tener un hilo en común, algo que las une. Normalmente los investigadores nos fijamos en los asesinatos, sobre todo si son en serie, pero nos pasan desapercibidas las cosas que realmente desatan al

monstruo. Si encontramos la raíz, sabremos quién es el asesino y cuáles serán sus próximos pasos —dijo George.

Wilda sonrió complacida. Se sentía agotada, pero al menos había logrado alejar cualquier sospecha sobre ella y reenfocar el caso.

—Bueno, será mejor que nos marchemos a descansar. Espero que atrapemos a ese tipo antes del día de Acción de Gracias —dijo el jefe.

—Sería un bonito regalo para la ciudad —comentó Wilda.

—Sí, en unas fechas como estas todo el mundo quiere estar seguro y tranquilo —respondió el jefe.

Wilda salió del despacho de Philip, llevaban horas hablando y se sentía agotada y hambrienta. Ninguno de los dos le había preguntado nada de su viaje al este ni de las horas que había estado ilocalizable. Miró el teléfono y vio una llamada de Sara, pero se sentía demasiado agotada para contestar. Llegó al aparcamiento y se sentó en el asiento del conductor. De pronto, oyó golpes en el maletero. Alexandra debía de haberse despertado hacía horas. Pisó el acelerador y se dirigió directamente a su casa. Metió el coche en el garaje, después se aseguró de cerrar bien la puerta y abrió el maletero.

Alexandra notó el resplandor de la luz y comenzó a parpadear hasta que sus ojos se acostumbraron. Estaba amordazada y atada.

Wilda sacó una navaja y le sonrió.

—Bueno, ya hemos llegado a casa.

Alexandra se acurrucó al ver que la mujer se acercaba con el cuchillo, al final cortó las ligaduras de las piernas y la ayudó a descender del coche. Tenía los músculos entumecidos y las piernas dormidas. Le costaba mantenerse en pie, Wilda tuvo que ayudarla a caminar hasta el salón y dejó que cayera sobre el sillón.

—¿Me prometes que no gritarás?

Alexandra afirmó con la cabeza y Wilda le retiró la mordaza de la boca. Notó un gran alivio en la mandíbula, pero le continuó doliendo un buen rato.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? —preguntó la mujer con los ojos llorosos.

—Es por tu bien. No podía dejarte sola, la policía habría terminado por encontrarte; además, estabas fuera de sí. Casi me matas allí mismo.

—¿Era necesario llevarme en el maletero del coche y tenerme dentro de ese ataúd durante horas?

—Lo era. Pensé que dentro de una hora estaríamos en casa, pero mi jefe y mi compañero me retuvieron, querían conocer lo que sabía.

—Pero no les has contado que eres la asesina —dijo Alexandra armándose de valor.

—Porque no lo soy, no he matado a nadie, al menos fuera del trabajo —bromeó la agente.

—Tú nos metiste en todo este lío, además sabías la información, fuiste la primera en recibir el mensaje... No tengo muchas dudas, eres la Asesina de las Damas.

—¿Para qué iba a implicaros? ¿Para que me descubrieseis?

—No, para inculpar a una de las cuatro. Has ido haciendo un juego macabro, como cuando se pasa un globo a punto de explotar, esperando acusar a aquella que lo tenga en las manos.

Wilda se encontraba demasiado cansada para discutir.

—Hay una alarma perimetral en el jardín, si sales sonará y te dispararé; no me costará mucho convencer al FBI de que querías atacarme en plena noche. ¿Te quedarás quietecita mientras preparo la cena?

Alexandra afirmó con la cabeza, pero en cuanto Wilda se fue se puso en pie e intentó buscar algo para desatarse las manos. De vez en cuando se paraba para escucharla trajinando en la cocina, después continuaba buscando algo afilado, pero no había nada en el salón.

En cuanto oyó unos pasos que se aproximaban se arrojó de nuevo al sillón.

—Bueno, no tengo mucha comida en la nevera. He hecho unos sándwiches de pavo y queso.

—Me comería un caballo —dijo Alexandra.

—Te desataré.

Cortó la cuerda, pero le puso las manos hacia delante, colocándole unas esposas.

—Al menos podrás comer —se justificó, encogiendo los hombros.

Alexandra comió con apetito y sin cruzar palabra con la agente; en su cabeza no dejaba de dar vueltas a todo aquel asunto.

—He llegado a la conclusión de que el asesino tiene una razón: cree que todas las mujeres cometieron algún error, un delito, algo que aunque no es ilegal o punible, en cierto sentido él ve como inmoral o injusto. ¿Sabes de qué se puede tratar? —dijo Wilda.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Bueno, Alexandra: si eres inocente eso es lo que te une con el resto de las víctimas, si eres la asesina tú sabes por qué lo haces. Aunque sé que no eres la asesina, o al menos no actúas sola.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Una mujer desapareció poco después que Marta, apareció desmayada en una playa y la llevaron al hospital, y esta mañana ha aparecido muerta de un golpe en la cabeza. Tú estabas en el maletero de mi coche.

—Entiendo, pobre. Entonces, ¿por qué no me sueltas? —preguntó Alexandra extendiendo las manos.

—Por lo mismo que no me meto en la jaula de un león. No me fío de él. No estás bien, puedes hacerte daño a ti o a otras personas, por no hablar de la posibilidad de que no actúes sola. Todavía no lo tengo claro.

—¿Así es como procede un agente del FBI?

—No, Alexandra, así procede una amiga que no quiere que te hagan daño ni que te lo hagas tú misma —dijo terminando el sándwich.

—Entonces, si murió golpeada, el asesino continúa con el patrón del libro de Agatha Christie.

—Sí —dijo Wilda.

—Piensas que, como en la novela, los asesinados en parte son culpables. ¿Has investigado a fondo a las víctimas?

—Un equipo lo está haciendo en este momento, solo es cuestión de tiempo que encuentren el vínculo que las une. Por eso te preguntaba: ¿hay alguna cosa, por pequeña que te parezca, por la que el asesino quisiera asesinarte? Él cree que está haciendo justicia.

Alexandra dejó una porción del sándwich y se recostó en el sillón. Su vida no había sido un ejemplo de virtud, pero tampoco recordaba nada por lo que alguien pudiera intentar asesinarla.

—No, lo siento. ¿Y tú? Si no eres la asesina, cosa que tampoco tengo clara, ¿hiciste algo en tu pasado de lo que te arrepientas?

—¿Vale pertenecer a un Club de Lectura? —bromeó la agente.

—Muy graciosa, puede que eso precisamente es lo que nos haya salvado. Al menos hemos descubierto la pauta, aunque aún no entendamos el móvil del crimen.

—Si es que lo hay. No olvidemos que es un loco, un psicópata —comentó Wilda.

—Pero los locos también tienen sus razones —dijo Alexandra.

—Lo estás defendiendo.

—No, por Dios, simplemente intento entenderle. ¿Puedes darme un poco de agua? El sándwich me ha dejado la boca seca.

Wilda se fue a la cocina, pero cuando regresó no vio a su amiga. No había ni rastro de ella.

—Mierda —dijo, pensando que se había escapado. Apenas había comenzado sacar su arma cuando notó el impacto de un jarrón haciéndose mil añicos sobre su cabeza.

Alexandra registró los bolsillos de su amiga, encontró la llave de las esposas y se liberó. Seguidamente buscó el mando del garaje y el coche, encendió el motor y salió a toda velocidad de la calle en silencio.

No sabía a dónde ir, las opciones se le estaban terminando. Únicamente pensó en un lugar en el que nadie la buscaría y se dirigió a la estación de trenes; seguramente podían rastrear el coche.

Dejó el vehículo a dos kilómetros de la estación y caminó por las calles solitarias de Seattle hasta que divisó la King Street Station. Tomó el primer tren y se sentó junto a la ventanilla. El sonido de las ruedas sobre los raíles y el traqueteo terminaron por dormirla, mientras el tren avanzaba por los túneles y la noche apaciguaba el alma cansada de la ciudad hasta el día siguiente.

## CAPÍTULO 18

La agente Wilda logró llamar a George cuando consiguió recuperarse del golpe. Lo pensó mucho antes de avisarle, no quería que todas las sospechas cayeran sobre Alexandra, pero no le quedaba más remedio que avisar de su huida. Tendría que inventarse una historia falsa, no podía explicar a la Agencia que la había encontrado en mitad de un bosque y la había traído hasta Seattle en un maletero, pero perdida por las calles de la ciudad o por donde diablos estuviera era un peligro para sí misma y para los demás.

George respondió al otro lado de la línea medio somnoliento; su mujer se quejó, pero terminó dándose la vuelta y durmiendo profundamente.

—¿Qué sucede? ¿No ves qué hora es? —preguntó mirando la hora en el teléfono.

—Es una emergencia. Alexandra vino a mi casa esta noche, le preparé algo para comer y hablamos, pero de repente me agredió y escapó. Me ha robado el coche, todavía me duele la cabeza.

—No te muevas, llego enseguida —dijo George mientras se sentaba en la cama y comenzaba a despejarse.

Se vistió a toda prisa, se puso una camisa limpia y tomó el arma y la placa, después sacó su Ford del garaje y recorrió la ciudad solitaria. Llegó hasta la casa de su compañera, todo parecía en calma.

Llamó al timbre y la vio. Tenía mala cara, ojeras profundas y sujetaba una bolsa de hielo sobre su cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre.

—Es una contusión, he recibido golpes más fuertes en mi vida.

—De acuerdo —dijo, entrando en el apartamento.

La mujer se dirigió al salón y miró el teléfono.

—¿Has localizado el coche? —preguntó George.

—Sí, lo ha llevado hasta el sur y lo ha dejado en una calle cualquiera.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Ha debido de imaginar lo del localizador.

—¿A dónde puede haberse dirigido? Tú la conoces muy bien.

—No lo sé —contestó ella encogiéndose los hombros.

—¿Amigos, parientes...?

—No muchos, únicamente su madre, pero la odia. Bueno, de hecho se odian mutuamente. Es la última persona a la que acudiría —dijo Wilda.

—¿Dónde vive?

—Pero ¿no me has oído? Se odian y...

—Sería el último sitio en el que buscaríamos, por eso justo irá allí —dijo George para que su compañera le entendiera.

—Claro. Bueno, no estoy muy segura, pero creo que en Kent, en una gran urbanización llamada Meridian Valley Country Club, de esas con campo de golf.

—Será mejor que te prepares. Nos vamos —dijo George, incombustible. Wilda no estaba tan convencida, le dolía la cabeza, llevaba dos noches sin dormir y temía lo que pudiera decirle Alexandra.

—¿Por qué no llamamos a la policía local para que la localicen y visiten la casa de su madre? Puede que hagamos el viaje en vano.

George frunció el ceño. Era ella la que le había despertado en plena noche para que fuera a su casa, y ahora no quería buscar a su amiga.

—¿Prefieres que la encuentre el asesino o, peor aún, que ella sea la persona que estamos buscando?

—No lo es. Eso creo al menos. Ya te lo he dicho antes —dijo Wilda quitándose la bolsa de hielo de la cabeza.

—No podemos estar seguros. ¿Qué sucederá si agrede a su madre?

—No tenemos certeza de que se dirija allí —contestó molesta Wilda.

—Ya no le quedan muchos otros sitios a donde ir. ¿No crees?

La mujer agarró su abrigo del perchero de la entrada y siguió al agente refunfuñando. Subieron al vehículo y se dirigieron al sur, en busca de Alexandra. Apenas cruzaron palabra durante el camino, cuando llegaron a la urbanización se pararon en el control y preguntaron a los guardias de seguridad.

—¿Nos puede decir cuál es la casa de la señora Anna Lennox?

—Es la 321, pero es muy pronto, la señora Lennox debe de estar descansando —dijo el guarda de seguridad.

—Es un caso de vital importancia, puede estar comprometida la seguridad de la señora Lennox —dijo George enseñándole la placa del FBI.

El hombre se quedó pensativo, se quitó la gorra y finalmente hizo un gesto a su compañero para que abriese la barrera.

—Es justo al fondo de la calle principal, no tiene pérdida. Verán una casa pequeña de madera.

—Gracias —dijo Wilda inclinándose hacia la ventanilla de George.

Su compañero no era muy amable ni cortés, siempre parecía estresado y malhumorado.

Llegaron al fondo de la calle, aparcaron a un lado, salieron del coche y caminaron despacio hasta la casa.

—Podemos volver más tarde —insistió Wilda, pero el hombre se dirigió a la puerta y tocó el timbre.

Permanecieron de pie mirando el jardín poco iluminado y la calle solitaria hasta que se oyeron unas pisadas.

—¿Quién es a estas horas? —preguntó la mujer.

—FBI. Por favor, ¿puede abrir?

Oyeron los cerrojos de las puertas y vieron a una mujer de pelo blanco y largo recogido en una coleta. Se parecía mucho a su hija, como si hubieran sacado un clon de ella pero rejuveneciendo sus rasgos.

—Lo siento, señora Lennox, soy Wilda Johnson. No sé si su hija le ha hablado de mí.

—Si conoce a Alexandra sabrá que hace años que no me dirige la palabra — comentó la mujer con el ceño fruncido.

Un gato apareció por detrás de la puerta y comenzó a moverse nervioso por sus piernas.

—Lo lamento, queríamos preguntarle si la ha visto.

—¿A las cuatro de la madrugada? ¿No podían haber esperado a unas horas más normales?

—Lo lamento de nuevo —dijo Wilda, mientras su compañero se mostraba impasible.

La mujer les cerró la puerta en las narices y Wilda se volvió hacia su compañero totalmente furiosa.

—Bueno, creo que es un buen momento para tomar un café —comentó George, intentando quitar hierro al asunto.

—Ya te dije que no era una buena idea.

—Teníamos que intentarlo, aunque no me creo que no la haya visto; puede que esté intentando ocultarla —señaló George mientras se dirigían al coche.

—No se soportan —le recordó la mujer.

—Eso no significa nada. Al fin y al cabo, es su hija.

—Como si no lo fuera —dijo Wilda mientras se alejaban de la casa.

En cuanto la mujer comprobó que se marchaban cerró la cortina discretamente y llamó a Alexandra.

—Ya se han marchado.

—Gracias.

—No me las des. No imaginaba que vendrías a pedirme ayuda.

—A veces la vida da muchas vueltas. ¿No crees?

Esbozó una leve sonrisa y se acercó a su hija, intentando tocarle el pelo, pero esta se apartó.

—No pienses que esto ha cambiado mi opinión de ti.

—¿Por qué me odias tanto? Soy tu madre —dijo la mujer con la voz entrecortada.

—Eso no es suficiente. No me ayudaste cuando más te necesitaba.

—No es cierto. Siempre he estado a tu lado...

—Cuando lo del secuestro, al regresar a casa me culpabilizaste, como si yo hubiese deseado que un tipo asqueroso me retuviera y violara.

—Es así como lo recuerdas, pero no es exactamente como sucedió.

—¿No sucedió así? ¿Cómo fue entonces?

La mujer se sentó en el sofá y el gato se acomodó justo a su lado. Ella cerró los ojos como si necesitara concentrarse y comenzó a hablar. Llevaba mucho tiempo intentando cerrar aquellas heridas, pero no había servido de nada. Lo único que había conseguido era que su hija la odiase, no poder ver a sus hijos y vivir completamente sola.

—¿De verdad te acuerdas de todo? No lo creo, has recibido la atención de muchos psicólogos y todos me han dicho lo mismo: que tenías grandes lagunas sobre lo sucedido, que únicamente bajo hipnosis lograbas abrirte en parte.

—¿Les contaba lo que me había sucedido bajo hipnosis? —preguntó extrañada Alexandra.

—Sí, incluso las cosas que pasaron después de tu liberación.

Alexandra se sentó frente a su madre. No recordaba la última vez que lo habían hecho sin discutir. Se recostó en el sillón, estaba agotada, pero ansiosa al mismo tiempo, como si estuviera a punto de conocerse al fin a sí misma.



Robert se despertó y palpó la cama, pero Marta ya no estaba. Se puso unos pantalones rápidamente y buscó por la librería. No había ni rastro de su amiga. Al regresar a la habitación vio un papel sobre el escritorio. Lo tomó entre los dedos y lo leyó rápidamente:

Tenía que marcharme. No quería causarte más problemas. Por favor, no digas a nadie que me has visto. Me pondré en contacto contigo lo antes posible.

El hombre arrugó la nota y la arrojó a la papelera. Se sentía furioso y confundido, con la sensación de que le habían vuelto a utilizar. Dio una violenta patada a la silla y se sentó frente al ordenador.

Buscó algo de información sobre el caso del Asesino de las Damas y vio la noticia.

La testigo que había huido del asesino que está aterrorizando a Seattle muere en el hospital. Aún se están determinando las causas del fallecimiento, aunque se apunta a un fallo policial.

Robert sabía qué significaba eso: el asesino había logrado deshacerse de una testigo comprometida. Aquella noticia le hizo estremecerse. ¿Dónde estaba Marta? No era consciente de que un homicida peligroso la perseguía y podía matarla en cualquier momento.

Se vistió rápidamente y pensó en qué lugares podía encontrarla. Llevaba ropa suya, no tenía tarjetas ni cartera, pero pensó que se habría dirigido a su apartamento.

Mientras salía de la tienda tomó el teléfono y llamó a Wilda.

La agente custodiaba la salida de la urbanización junto a su compañero George

cuando oyó el timbre del móvil. Miró la pantalla y se sorprendió al ver el número de Robert.

—Hola, Robert. ¿Cómo estás?

—Me dirijo a casa de Marta. Anoche se presentó en la librería, estaba empapada y temblando. No me ha querido contar mucho, pero me confesó que logró escapar y venir a verme. No quería que te llamase, pero me he enterado de lo que le ha sucedido a la otra testigo, y no quiero que le pase lo mismo. Voy hacia su apartamento, imagino que se dirige hacia allí.

—Gracias por llamar, has hecho lo correcto —dijo Wilda antes de colgar.

—¿Qué sucede? —preguntó George.

—Arranca. Marta Sánchez está viva, ha aparecido en la librería de Robert, pero se ha marchado, lo más seguro es que se dirija a su casa —comentó.

El agente la miró sorprendida. A aquellas alturas pensaba que la mujer estaría muerta.

Se dirigieron de nuevo a Seattle, pero a aquella hora el tráfico era endiablado, más aún en vísperas del día de Acción de Gracias. Algunas personas se tomaban vacaciones para ir a ver a la familia o hacer un viaje corto que les hiciera más soportable el invierno que se avecinaba.

Tras dos horas de camino llegaron hasta la casa de Marta. Robert estaba en la puerta con el teléfono en la mano, una chaqueta de punto color verde y unas gafas de sol, a pesar de que el cielo continuaba encapotado.

—Hola. ¿La has visto?

—No, pero estoy seguro de que ha pasado por aquí —comentó él.

—¿Tienes la llave? —preguntó la agente.

Robert dudó unos segundos, pero después le pasó la llave.

—Al venir tú no necesitamos orden judicial; además, Marta puede encontrarse en peligro.

Wilda se dirigió directamente a la habitación. Si había pasado por la casa aquel era el lugar en el que habría dejado más rastros. En cuanto vio la toalla sobre la cama, la ropa de Robert y el baño empapado supo que su amiga había estado allí, posiblemente tres o cuatro horas antes.

—Ha pasado por casa. ¿A dónde puede haber ido? —preguntó a Robert.

—No lo sé, tal vez al trabajo. Marta no tiene mucha vida social aparte del trabajo y el Club de Lectura.

Wilda se puso las manos en las caderas. Parecía que sus amigas se escabullían en cuanto se acercaba a ellas. Lo que no entendía era que Marta no hubiera tratado de ponerse en contacto con ella. ¿Acaso no se fiaba? ¿Sospechaba algo?

—Está bien. Visitaremos su trabajo. En su teléfono hemos visto que llama constantemente a un hombre llamado Michel Smith. ¿Te suena?

—No —contestó Robert, pero no pudo evitar torcer el gesto. Hacía tiempo que pensaba que Marta se veía con otros hombres y, aunque era lógico, eso no aliviaba lo

más mínimo sus celos. No había logrado superar la separación. Sabía que su ex era una persona muy independiente y algo fría y calculadora, pero podían pasar horas hablando de libros, reírse de las mismas cosas y olvidarse del resto del mundo. Su relación con las mujeres no era buena, al menos no convencional. En ocasiones se sentía un tanto misógino, seguramente al criarse en un mundo formado casi de manera exclusiva por hombres. De jovencito siempre se había dicho que las mujeres eran una verdadera nulidad en el mundo literario, a excepción de Margerite Yourcenar, pero en realidad lo que no quería reconocer era que no encajaba bien con el sexo femenino.

—Michel Smith, al menos tenemos un hilo que seguir.

—Por favor, avísame si la encontráis.

—Está bien, pero tú vete a la librería y deja que nosotros hagamos el trabajo. Ese asesino anda suelto por ahí y puede ser muy peligroso.

—Ok —dijo sin mucha convicción. Después salió de la casa y se dirigió a un cibercafé para buscar más información de Michel Smith. Aquel era uno de los inconvenientes de no tener teléfonos de última generación.

Pidió un café y se sentó ante uno de los viejos ordenadores del establecimiento. La mayoría de la gente era una mezcla de vagabundos y turistas, personas que necesitaban imprimir un currículum o ponerse en contacto con alguien.

Dio un buen trago al café y comprobó que estaba horroroso, lo dejó a un lado y buscó el nombre de Michel Smith. Enseguida aparecieron sus datos: se trataba de un famoso escritor de novelas digitales. Cuando había oído el nombre de boca de Wilda le había resultado familiar, pero no sabía por qué. Robert odiaba el formato digital y las plataformas que se dedicaban a vender *eBooks*, pero odiaba aún más a los escritores paletos de internet que regalaban sus libros o los ponían a 0,99 dólares. Aquella era una manera de prostituir la literatura, pensaba, aunque muchas grandes editoriales hicieran lo mismo, pero de otra manera.

Michel Smith, escritor nacido en Seattle, uno de los más leídos en internet... Buscó información personal y logró averiguar su dirección. Aquella era una de las razones por las que no le gustaban las redes sociales: todo el mundo podía conocer todo de ti a cada instante. Apuntó la dirección y después salió del café. Paró un taxi y mientras el coche recorría las atestadas calles de la ciudad, tanteó el bolsillo interior para asegurarse de que llevaba la pistola. Se sentía extraño con el arma al lado del corazón, pero debía protegerse. Nunca se había imaginado haciendo daño a Marta; durante la adolescencia había sido un chico problemático y agresivo, pero todo eso lo había superado con el tiempo.

Tardó una media hora en llegar al lujoso barrio residencial jalonado de suntuosas mansiones estilo moderno.

—Es aquí —dijo el taxista mientras le sacaba el *ticket* de la carrera.

—Gracias —contestó el hombre mientras pagaba.

Se paró frente a la fachada principal y sintió las primeras gotas de lluvia sobre la cara. Notó que la furia le invadía por completo. Había pensado que Marta era diferente al resto, pero estaba equivocado. Apretó los puños y miró a un lado y al otro, antes de introducirse en el jardín y perderse entre los inmensos setos que separaban unas casas de otras. Mientras caminaba hacia la parte trasera de la vivienda intentaba controlar su ira, aunque sabía que en ciertas ocasiones era imposible y podía tener consecuencias imprevisibles.

## CAPÍTULO 19

Wilda miró el reloj una y otra vez: ya eran las seis de la tarde, la noche se cernía sobre la ciudad, los días cortos parecían apenas suspiros de luz apaciguada por las nubes grises de Seattle. Miró a su compañero, que parecía completamente impasible. Estaban enfrente de la casa de Michel Smith, como dos ciegos contemplando el vacío negro de sus miradas, incapaces de llegar a la mente y el corazón del asesino.

—Vámonos a casa. No puedo más. Mañana será la cena de Acción de Gracias.

—No sabía que ibas a celebrarla.

—Pensas que soy una ermitaña, pero tengo amigos y familia —contestó Wilda ofendida.

George sabía que mentía. Aquella mujer era demasiado orgullosa para reconocer la realidad, por eso no terminaba de fiarse de ella. Un mentiroso compulsivo era mucho más peligroso que un sincero despiadado.

—Está bien. Pediré a la oficina que nos sustituyan, pero no pienses que el asesino se va a tomar unas vacaciones. Lleva más de veinticuatro horas sin actuar, pero esta buena racha no durará mucho. Me temo que pronto habrá una próxima víctima —dijo George con un tono tan pesimista que la mujer estuvo a punto de pedirle que se quedaran un poco más.

—¿Por qué piensas que va a venir a esta casa? Marta ni siquiera está aquí.

—Bueno, yo creo que sí está, pero en el caso de que sea verdad lo que nos ha contado ese escritor de misterio de tres al cuarto, vendrá. Estoy casi convencido, pero no podemos quedarnos aquí eternamente.

El hombre llamó a la oficina y solicitó una patrulla de vigilancia. Esperaron media hora en silencio hasta que llegó su remplazo. George tuvo la amabilidad de dejar a Wilda en su casa antes de regresar a la suya.

Wilda dejó el abrigo en la entrada, se quitó los zapatos y notó cómo los pies se ensanchaban complacidos. Subió las escaleras y se preparó un baño caliente. Esperó a que se llenara la bañera, tomó una copa de vino y puso la música alta. No quería saber nada durante las próximas horas, después se metió en el agua espumosa y caliente. Sintió un hormigueo subiendo por su columna y cierto alivio en las cervicales. La edad comenzaba a notarse en cada una de sus articulaciones, a pesar de dedicar un par de horas al día al gimnasio y cuidar la línea; el paso inexorable del tiempo no hacía excepciones. Llevaba algo más de una hora plácidamente tumbada y casi dormida cuando oyó el teléfono móvil. Miró a un lado, el aparato vibraba a algo menos de un metro, pero no llegaba con la mano.

—¡Joder! —gritó, saliendo del baño y dejando empapado el suelo del baño.

—¡Wilda! —gritó alguien al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—Soy Sara. ¿No has visto mis mensajes?

—No, llevo todo el día de servicio. Ha sido horroroso, estaba intentando relajarme un poco y...

—Mira el teléfono, tengo la prueba de que el verdadero asesino tiene que haber sido...

La señal del teléfono comenzó a fallar, Wilda únicamente oía palabras farfulladas, sin ningún significado.

—No te oigo bien. Miro tus mensajes y te llamo.

Wilda colgó y se dispuso a mirar el teléfono, pero antes de acceder a los mensajes, el móvil le advirtió de que quedaba menos de un uno por ciento de batería y se apagó.

—No me lo puedo creer —dijo medio empapada, con el teléfono apagado en la mano y un humor de diez mil diablos.

Se anudó una toalla al cuerpo y caminó descalza hasta la habitación, pero no había ni rastro del cargador. Después bajó hasta su abrigo y buscó en los bolsillos. «Nada de nada», se dijo mientras se dirigía al despacho, donde guardaba uno de repuesto; no era el primer cargador que perdía. Rebuscó en el cajón del escritorio y dio por fin con él. Conectó su teléfono y se quedó un rato mirando, como si se fuera a cargarse de manera instantánea.

—Será mejor que me aclare el pelo —dijo en voz alta mientras regresaba a la planta de arriba.

Se metió de nuevo en la bañera, se acurrucó entre la espuma y un profundo sopor comenzó a invadirla de nuevo.

En cuanto se quedó dormida, soñó con su casa el último día en el que hicieron los preparativos de Acción de Gracias, el día antes de que su padre muriese de una manera estúpida, después de toda una vida como policía. Desde entonces la familia se negó a reunirse en aquella fecha, que lo único que les traía era tristeza y desesperanza.

En el sueño se le aparecía su padre con el uniforme de servicio. La placa brillaba sobre su pecho con sus ribetes azules y el fondo dorado. Se acercaba a ella y la empujaba en el columpio del jardín trasero. Wilda sentía que se elevaba hasta el cielo, pero volvía a bajar, como si la gravedad no quisiera que se alejara demasiado. Después sentía el frescor de las tardes de primavera en las piernas, cuando la ciudad comenzaba a descansar del crudo invierno, pero las flores no se atrevían a salir todavía. Las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro, salpicándole primero los pómulos, después juntándose en la barbilla hasta desbordarse en la bañera, para mezclarse para siempre con la espuma y el agua de las montañas del estado de Washington. Mientras ella dormía en la bañera plácidamente, el teléfono lograba encenderse y brillar de nuevo en el despacho. Diez llamadas perdidas de Sara indicaban que algo marchaba mal al otro lado de la ciudad, mientras Wilda regresaba

a sus sueños infantiles, recuperando por unos instantes a su padre, que en cuanto despertara volvería a esconderse tras las sombras.



Anna miró a su hija con una ternura que había olvidado muchos años antes, cuando aquel psicópata se la robó para siempre. Alexandra era una niña alegre, siempre risueña, con miles de sueños por cumplir y decidida a comerse el mundo. Deseaba convertirse en doctora y viajar al Tercer Mundo para salvar vidas. Era una de las alumnas más aventajadas del instituto católico St. Patrick, siempre con sus trenzas pelirrojas y su cara pecosa. Participaba en el grupo de teatro de la escuela, era miembro del club de lectura del colegio, escribía en el periódico semanal. Hasta aquel tranquilo martes de primavera, cuando quedaba muy poco para la entrada del verano y el curso estaba a punto de terminar. Alexandra ya soñaba con el campamento, las vacaciones con su madre en Florida y las largas tardes en la piscina de su amiga íntima Susan. En el camino de regreso a casa, un hombre de treinta años la obligó a entrar en una furgoneta, la llevó al sótano de su casa y la retuvo hasta que la otra chica retenida logró escapar.

—¿Qué pasó, mamá? ¿Por qué dices que no me acuerdo de nada?

—Cuando los servicios sanitarios y la policía llegaron a la casa, el psicópata se había pegado un tiro en la cabeza; al menos esa fue la versión oficial. Te encontraron tumbada en un colchón sucio en el sótano, no llevabas la misma ropa del colegio, sino que vestías de blanco, una especie de camión sin forma. Los policías te llevaron al hospital y dejaron que te recuperaras antes de declarar. La otra chica estaba embarazada, parecía histérica y le costaba decir cosas coherentes. Los investigadores esperaban que tú les aclararas las cosas, pero parecías abstraída, en otro mundo.

—No lo entiendo —dijo Alexandra con un nudo en la garganta.

—Pensaron que se trataba de un síndrome de estrés postraumático, pero era mucho más.

—¿Mucho más?

—Sí, regresaste a casa desde el hospital una semana más tarde. No hablabas con nadie, no sonreías, parecías encerrada en tu propia mente, como si no quisieras recordar. Hasta que una tarde, mientras todos estábamos en el jardín, oímos unos ruidos y fuimos a ver qué sucedía dentro de la casa.

—Es increíble, no recuerdo nada de eso.

La mujer la miró con los ojos desgastados por la vida, como si sus pupilas estuvieran agotadas de observar el mundo.

—Estabas con un cuchillo afilado, hincándolo una y otra vez en los almohadones del salón. En la televisión había un programa de embarazadas, tú las mirabas con los ojos salientes y gritabas: «¡Sácalo, sácalo!».

Alexandra parecía confusa, aquellas palabras lograban extraer recuerdos casi olvidados, como ascuas de fuego en medio de un incendio apagado por el paso del tiempo y el miedo.

—Tuvimos que ingresarte, un psiquiatra te trató y yo fui a ver al inspector encargado del caso. El hombre, que se llamaba John Marshall si no recuerdo mal, me comentó que tenían una sospecha que no podían corroborar. La otra superviviente había contado que logró huir desesperada porque te temía a ti.

—¿A mí? Yo era una víctima más —dijo Alexandra mientras se aferraba a una de las almohadas.

—Claro que lo eras, cariño, ese hombre te había trastornado. Al parecer te obligó a atacar a las chicas embarazadas. Después de semanas con él, logró manipularte para que les sacaras el bebé, te decía que ellas querían abortar, matar a las criaturas, y por eso debías rescatarlas.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer horrorizada.

—Al parecer mataste a dos chicas, al menos eso sospechaba el inspector, pero no pudieron probar nada; la otra chica fue declarada incapacitada mental. Su testimonio no hubiera sido válido en un juicio, además tú eras una víctima más. Pero sucedió algo mucho peor.

—¿Peor? ¿Qué puede ser peor?

—Estabas embarazada de ese hombre. Nos enteramos poco después. No sabíamos qué hacer, pensamos que era mejor que abortases, pero tú no querías. Te negabas, aunque casi siempre estabas ausente. Te tocabas la tripa y le cantabas; de verdad, me partía el corazón verte así. Te tuvimos en casa, no queríamos que nadie se enterase, pero todo aquello agravó tu estado. Al final tuviste a la niña y la dimos en adopción.

Alexandra sentía un fuerte dolor en la cabeza, pensaba que le iba a estallar en cualquier momento. Las ideas golpeaban su mente como latigazos a medida que recordaba todo. El secuestro, la casa, las violaciones y, después, cómo él la convirtió en su reina. Le obligaba a pegar a las otras chicas, aunque no lograba recordar que las hubiera matado.

—¿Dónde dejé al bebé?

—Era una niña. Fue al hospicio de las hermanas clarisas en Seattle. No sabemos qué padres adoptaron a tu hija, pero tras el parto te recuperaste. Comenzaste el curso a medio empezar y seguiste con tu vida, hasta que tuviste tu primer hijo. La única secuela que te quedó fue un odio visceral hacia mí, pero yo no podía hacer nada. Prefería que olvidaras y pasaras página.

—¿Crees que soy la Asesina de las Damas? —preguntó Alexandra sin más rodeos.

—No he seguido mucho el caso, pero...

—¡Dime la verdad! —dijo Alexandra fuera de sí.

—No lo sé, no soy psiquiatra. Ese asesino mata madres maduras, puede que tenga relación con tu trauma...

Alexandra se puso en pie y comenzó a caminar de un lado al otro del salón. Tenía que aclarar la mente y pensar. ¿Era posible que fuera una asesina y ni siquiera se acordara? Al menos ahora entendía su tristeza vital, esa melancolía que la acompañaba a todas partes. También el hecho de que hubiera elegido medicina pediátrica; al menos a los niños no podía hacerles daño.

—Tengo que irme —dijo de repente a su madre.

—Sería bueno que te entregases, es mejor que no hagas daño a más gente.

—Estás muy equivocada, madre. Yo no soy la asesina, te lo aseguro. No he matado a nadie. Al menos no lo recuerdo.

—¿Cómo puedes estar segura? Ni siquiera recordabas lo que te he contado —dijo Anna intentando convencerla. Prefería verla en manos de la policía que haciéndose más daño.

—No lo estoy, pero creo que ese asesino, sea quien sea, tiene algo que ver con aquellos crímenes.

—Pero el secuestrador se pegó un tiro, lleva décadas muerto.

—Tengo que ir al orfanato y preguntar por la niña. Tengo una hija que tendrá...

—Unos veinte años —dijo la anciana.

—Toda una mujer. Al menos puedo buscarla a ella, descubrir qué tiene que ver lo que sucedió hace tantos años con estos crímenes y parar a ese psicópata.

Alexandra se dirigió a la puerta y su madre la siguió. Intentó retenerla, pero no pudo. La aferró del brazo y se soltó, tomó las llaves del coche de la madre y algo de dinero.

—Te lo devolveré —dijo mientras salía a la puerta y ponía en marcha el coche de su madre.

Anna la miró partir con lágrimas en los ojos. Se sintió culpable, tal vez no tendría que haberle contado nada. Lo único que podía hacer el pasado era destruirla. Cerró la puerta y tomó el teléfono; dudó unos instantes, pero al final llamó al número de la tarjeta del agente del FBI.

—¿George Costa? —preguntó con el corazón acelerado.

—Sí, dígame —respondió al otro lado de la línea la voz agotada del agente.

—Soy Anna, la madre de Alexandra Byrne. Antes les mentí, mi hija estaba en la casa, acaba de irse con mi coche a Seattle.

—Dígame el modelo del coche.

—Un Toyota Verso del año 2016, matrícula...

Tras tomar nota en un pequeño blog, dejó todo en la mesa del salón.

—Intentaremos encontrarla cuanto antes —dijo el hombre.

—Señor Costa... —añadió la mujer con la voz entrecortada.

—Sí, señora.

—Creo que mi hija es la Asesina de las Damas —contestó sin poder evitar echarse a llorar.



## CAPÍTULO 20

Sara Jakob llevaba casi cuatro días sin salir de casa, al día siguiente era Acción de Gracias, pero no tenía ninguna gana de celebrar la fiesta. La asistenta había comprado todo lo necesario y esperaba asar el pavo y el resto de comidas típicas antes de marcharse a su casa por la tarde. Los niños no tenían colegio y pasarían todo el fin de semana en familia, aunque Isaac, su exmarido, le había pedido que estuvieran con él al menos el domingo. Sara dejó la habitación e intentó no hacer mucho ruido, los niños dormían y a aquellas horas cualquier leve sonido podía despertarlos. Entró en la cocina y buscó algo en la nevera; últimamente no paraba de comer, ansiosa y desanimada. Miró de nuevo el teléfono simple que le había dado su amiga, pero no tenía ningún mensaje o llamada.

—¡Maldita sea Wilda! —dijo entre dientes mientras regresaba a la cama. Antes se paró frente a la ventana y comprobó que la policía seguía fuera.

Se tumbó y encendió la televisión, necesitaba entretener la mente y esperaba que el soniquete de la pantalla terminara por dormirla. Al día siguiente intentaría ponerse en contacto de nuevo con su amiga. Apenas habían pasado unos minutos cuando el sueño terminó de vencerla, torció la cabeza en la almohada y se quedó dormida.

Oyó un sonido en el pasillo y se despertó sobresaltada.

—Hola, ¿eres tú? —preguntó a la asistenta. Después pensó que se trataría de alguno de sus hijos, que se había despertado en mitad de la noche. Se puso las zapatillas de estar en casa y salió al pasillo, pero no había nadie. Se dirigió al salón, pero todo parecía en calma; entonces percibió un ruido en la terraza trasera. Se asomó por la ventana, pero no vio nada extraño hasta que agachó un poco la cabeza. Un aparato alargado estaba sobre una de las sillas de la terraza. La mujer lo observó intrigada, después le hizo una foto con su iPhone y buscó en internet, pero no encontró nada.

«¿Qué diablos es eso y quién lo ha dejado en la silla?», se preguntó, mientras abría la puerta de la terraza.

Se dirigió hasta el aparato, pero no se atrevió a acercarse. Pensó que podía tratarse de una bomba, pero enseguida descartó la idea: era un cachivache con apariencia de aspiradora.

«Qué tontería», se dijo, y estaba a punto de entrar cuando oyó un zumbido. Se volvió y miró de nuevo al aparato. «¿Qué diablos es eso?», se preguntó de nuevo, comenzó a caminar y justo en ese momento sonó el teléfono. Era Wilda.

—Mierda, Wilda. ¿Por qué no me has llamado antes? —preguntó Sara.

—Lo siento, me quedé dormida. Llevo unos días terribles, pero qué te voy a contar a ti.

—Yo llevo toda la semana encerrada en casa. ¿Has visto lo que te mandé?

—Sí, pero ¿estás completamente segura?

—Segurísima —contestó Sara—. Sus sistemas de rastreo de dispositivos son una porquería. ¿Olvidas que yo trabajo para los mejores?

—Bueno, pero si es cierto lo que has mandado...

—Exacto, ha sido ella. Yo también estoy sorprendida, pero no me cabe ninguna duda.

—También existe la posibilidad que alguien utilizara su dispositivo... —comentó Wilda.

—Claro, lo que me dice mi rastreador es desde dónde se envió el mensaje, no quién lo hizo —dijo Sara caminando hacia la barandilla de la terraza. El ambiente era fresco, pero al menos podía despejar un poco la mente.

—Tendré que investigarlo a fondo, mi compañero también sospecha de Alexandra. Su madre nos advirtió hace un par de horas de que su hija había estado con ella y se había llevado el coche. —Le explicó a Sara lo sucedido a Alexandra cuando era más joven—. Al parecer, cuando la secuestraron siendo adolescente pudo matar a varias chicas manipulada por su secuestrador: chicas embarazadas, madres...

—Eso lo explicaría todo —comentó Sara mientras daba un paso más.

—Sí, aunque no descarto otras hipótesis; este caso tiene muchos aspectos, no es tan sencillo como parece.

—Sin duda —dijo Sara dando un paso más.

En ese momento oyó un zumbido, como si una mosca pasara de repente por su lado, pero era imposible en aquella época del año. Miró hacia el lugar de donde provenía el sonido, vio que la máquina de la silla se activaba y notó un pinchazo en la cintura y luego calor; vio un rayo reflejado en su pijama, atravesándola.

—Wilda —logró decir, después retrocedió y notó que su cuerpo vencía para un lado, miró al suelo y vio sus piernas rectas, mientras caía de una especie de pedestal. Tardó un par de segundos en darse cuenta de que estaba partida en dos, mientras se desangraba rápidamente.

—¡Sara! —se oyó en el teléfono. Wilda la llamó insistentemente, pero la mujer yacía muerta en el suelo de la terraza, partida en dos.

Wilda colgó el teléfono y llamó a la patrulla que custodiaba la casa para que entraran de inmediato: cuando llegaron a la terraza, el espectáculo que vieron fue terrible.



George y Wilda acudieron rápidamente al apartamento de Sara. El edificio estaba acordonado por la policía y los niños habían sido trasladados a la casa del padre. Mientras subían las escaleras, los agentes tuvieron la sensación de haber vivido esto antes. Entraron en la casa, que ya había sido examinada por los forenses, y se

dirigieron a la terraza. Cuando Wilda vio el cuerpo de su amiga partido en dos apartó la mirada.

George le puso la mano sobre el hombro, mostrando por primera vez algo de compasión por su compañera.

—Lo siento, ¿prefieres irte? —le preguntó muy serio.

—No —contestó girándose de nuevo.

Examinaron el cuerpo y el corte perfecto.

—Nunca he visto nada igual —comentó Wilda.

—Yo tampoco. Al parecer fue el láser, se accionó cuando pasaba hacia la barandilla y la cortó por la mitad. Un corte perfecto y certero, no creo que sintiera nada —dijo George para animarla.

—¿Quién puede hacer una salvajada así? El Asesino de las Damas es un loco peligroso —dijo Wilda.

—Una loca peligrosa, querrás decir. Todo apunta a Alexandra. Tuvo la posibilidad, el acceso a las víctimas; su trauma de adolescente la ha perturbado. Mata madres que considera que no son lo suficientemente competentes —dijo George.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Después de tantos años?

—Los embarazos eran el detonante, tal vez mató a más mujeres y nadie lo descubrió —dijo George, intentando que las piezas encajaran.

Wilda se quedó pensativa, miró el cuerpo y el láser.

—Siete negritos cortaron leña; uno se cortó en dos y quedaron seis.

—El cuarto negrito murió cortado, como le ha sucedido a Sara —dijo George sorprendido.

—Continúa con el juego del libro de Agatha Christie —explicó Wilda.

—Será mejor que mandemos una orden de captura contra Alexandra Byrne antes de que haga más daño.

Wilda miró a su compañero, al que aún no había contado lo que había descubierto Sara. La nota de los diez negritos que llegó a sus Kindle salió del dispositivo de Alexandra, a pesar de que utilizó un programa para engañar a los detectores de IP. No quería contárselo para que no sacara conclusiones precipitadas.

Entraron de nuevo en el salón, todo permanecía en orden, como si la muerte de la dueña de la casa no afectara al mundo. «El polvo que vuelve al polvo», pensó la agente mientras caminaba hacia la calle. El día comenzaba a despertar, gris y melancólico. En unas horas millones de personas se reunirían para celebrar Acción de Gracias. Ella odiaba aquella maldita fiesta, con demasiados recuerdos dolorosos. Una lluvia fina caía sobre su abrigo cuando llegó al coche. Su compañero dio al botón y un centelleo señaló que ya estaba abierto.

La agente se quedó bajo la lluvia totalmente paralizada, después abrió la puerta y le dijo a George:

—Prefiero dar un paseo.

—Está lloviendo —contestó el agente.

Wilda no contestó, cerró la puerta y caminó por la calle repleta de coches de policía y luces parpadeantes. Mientras notaba las gotas recorriendo su cara le vino la imagen del Club de Lectura. Habían pasado buenos momentos todas juntas y Alexandra siempre había sido el alma del grupo. Respiró hondo y se perdió entre la neblina que ocultaba en parte la Ciudad Esmeralda, rodeada de verdes bosques y lagos interminables: un lugar maravilloso para vivir, pero terrible para morir.

# TERCERA PARTE

## PESADILLA

## CAPÍTULO 21

Robert llevaba casi toda la noche frente a la casa de Michel Smith. Al otro lado de la calle un coche del FBI también esperaba algún movimiento de Marta, aunque él ya comenzaba a dudar de que se encontrara allí. En varias ocasiones estuvo tentado de llamar al timbre y entrar. Por la noche se había paseado por el jardín trasero, pero no se veía actividad en la vivienda. A media mañana decidió regresar a la librería; tal vez su ex regresara allí en cualquier momento, se dijo mientras pedía un taxi. En cuanto llegó se tumbó en la cama y durmió profundamente hasta el mediodía. Cuando se puso en marcha de nuevo, tomó un zumo de naranja y buscó en el ordenador alguna novedad sobre el caso del Asesino de las Damas.

—¡Dios mío! —exclamó al ver la noticia de la muerte de Sara Jakob, la segunda amiga asesinada de Marta en menos de una semana. Según la información del periódico la principal sospechosa era Alexandra Byrne. En su juventud había sufrido varias crisis violentas de desdoblamiento de la personalidad, por no hablar de que algunas pruebas apuntaban directamente hacia ella.

El hombre buscó en los cajones algunas galletas ecológicas y se las comió mientras continuaba buscando información en internet. En uno de los artículos se comentaba que el asesino mataba a sus víctimas imitando los crímenes de la novela de Agatha Christie *Los diez negritos* y que Sara Jakob había muerto cortada por la mitad con un rayo láser en su apartamento mientras sus hijos dormían al lado.

«Al final era verdadera la teoría de los miembros del Club de Lectura», se dijo el hombre mientras buscaba más información sobre la famosa canción infantil y el libro. «Bueno, si el asesino continúa utilizando el mismo patrón, la siguiente víctima tiene que morir por algún tipo de picadura de abejas», pensó mientras leía el párrafo del poema.

Seis negritos jugaron con una colmena;  
una abeja picó a uno de ellos y quedaron cinco.

Robert marcó el teléfono de Wilda y esperó unos segundos.

—Hola, Robert —dijo la agente, medio somnolienta.

—¿Estabas durmiendo? Lo siento, llamaré en otro momento.

—No, está bien. He venido a mi apartamento un rato, pero ya tengo que regresar a la oficina.

—¿Es cierto que la principal sospechosa es Alexandra?

—Ya sabes que no puedo hablar del caso, pero imagino que lo has leído en los periódicos. No quiero implicar más a nadie. Todo esto ha sido un error.

—Sí, lo dicen todos.

—Tiene el móvil, hay pruebas de que mandó ella el famoso mensaje y lleva en paradero desconocido desde hace horas —explicó la agente.

—Si el patrón se repite, el próximo asesinato será con abejas —dijo Robert.

—Sí, lo mismo pensamos nosotros.

—Puede que sea en el zoo de la ciudad o algún lugar en el que haya insectos —comentó Robert.

—Es imprevisible, la verdad es que en estas fechas del año no hay muchas abejas vivas; tendrían que estar despiertas de manera artificial en algún tipo de invernadero que produjera las condiciones medioambientales necesarias —dijo Wilda.

—A no ser que la muerte sea por medio del veneno, sin que le pique a la persona ningún tipo de insecto —concluyó Robert.

—Es otra posibilidad. A propósito, Robert, los chicos que vigilan al señor Smith me han comentado que has estado toda la noche merodeando por la casa. Por favor, déjanos ese trabajo a nosotros. En cuanto sepas algo de Marta, avísanos. Puede que esté en peligro.

—Ok, intentaré quedarme en la librería, pero entiendo que estoy inquieto.

—Lo entiendo, pero lo único que puedes provocar es un problema más, y te aseguro que es lo último que necesitamos. Ninguna de nosotras sabíamos nada de Michel Smith, pero es normal que Marta quisiera pasar página y recomponer su vida —dijo Wilda, intentando exorcizar los demonios que rondaban la cabeza de Robert.

—Yo también he pasado página, aunque no te niego que me ha dolido un poco enterarme de esta manera. Me hubiera gustado que Marta fuera más sincera.

—Marta es Marta, no podemos ni debemos cambiar a las personas —dijo Wilda. Sabía que la gente no cambiaba fácilmente y, si lo hacía, era para mal.

—Por favor, si encontráis a Marta, ¿podréis informarme? Me quedaré más tranquilo.

—Ok. Relájate, todo esto acabará muy pronto. Celebra el día de Acción de Gracias.

—¿El día de Acción de Gracias? No me comería un pavo ni aunque fuese el último manjar de la tierra.

—Bueno, yo tampoco creo que lo haga. Me pasaré todo el día buscando a Marta y Alexandra.

—Aunque lo peor es el Black Friday, con todos esos locos en busca de ofertas. La gente más que a comprar, parece que corre a saquear las tiendas. Será muy difícil dar con ella esta noche.

—Adiós —dijo Wilda colgando el teléfono.

Robert se quedó mirando al monitor un rato, aunque su mente se encontraba muy lejos de allí. Pensaba en las víctimas del libro de Agatha Christie: Lawrence Wargrave, Vera Claythorne, Philip Lombard, Emily Brent, John Macarthur, Edward Armstrong, Anthony Marston, Thomas Rogers, Ethel Rogers y William Blore. Todos

ellos distintos, pero con algo en común: haber cometido un crimen por el que no habían pagado. ¿Cuál era el crimen en común de aquellas pobres mujeres? ¿Que eran madres y esposas? El asesino debía de considerar que todas ellas habían cometido un crimen que él no podía perdonar.

Robert comenzó a buscar los datos de cada una de las mujeres. Coincidían en edades en una horquilla de cuarenta a cincuenta años, casi todas con hijos, casi todas casadas una o varias veces.

—Maldita sea. El patrón de madre no se cumple en todas —dijo en alto Robert al comprobar que al menos una no tenía hijos conocidos.

Buscó distintos patrones, pero eran de diferentes razas, nacionalidades, color de pelo, profesiones...

—Tiene que haber una pauta común —comentó mientras buscaba aficiones y clubs a los que pertenecieran todas ellas. Entonces se le ocurrió una idea. ¿Qué sucedería si la asesina no era Alexandra, pero había asistido alguna vez al Club de Lectura? El grupo principal era el de ellas cinco, pero en aquellos dos años había pasado por él mucha gente, al menos otras diez personas. Marta era la secretaria del Club de Lectura, así que Robert pensó en pasarse por su apartamento y comprobar el registro de personas que habían asistido, puede que allí encontrara una pista. Además, podría estar entretenido, aquella espera le estaba matando. Se vistió de nuevo y se marchó caminando hasta el apartamento. Tenía una llave, simplemente echaría un vistazo y seguro que daría con alguna sospechosa.



En cuanto recibió el correo electrónico sintió cómo el pulso se le aceleraba. No conocía su *e-mail*, pero el asunto no dejaba lugar a dudas: «¡Son culpables!».

Larry Brennan abrió el correo y en un mensaje sin preámbulos vio un listado con las víctimas del Asesino de las Damas. Había nombres, direcciones, profesiones, edades, relaciones, hijos, trabajos y aficiones. Al final de cada minibiografía había un *link* que abría en internet una página web sencilla titulada: «Consejos para una buena madre». La página tenía la forma del típico blog para madres, con recetas de cocina, consejos de belleza y sexualidad, educación y ese tipo de cosas; pero siempre que Larry marcaba una sección, aparecía una cara fantasmagórica que daba un mensaje de error.

—Mierda, ¿qué jueguito es este? —dijo en voz alta, sin importarle el resto de compañeros de la redacción.

Observó bien el mensaje de error, descubrió una pequeña flecha y entró en una parte privada de la página web. El aspecto era mucho más tétrico y había una pregunta en grande que decía: «¿Son buenas mamis?». Las secciones parecían las mismas que en la otra web, y Larry fue marcando cada una: postres y tartas, actividades, fiestas, belleza... En cada sección descubría horrorizado imágenes de un

centro de reclusión o internamiento. Habitaciones de paredes pintadas de verde y desconchadas, literas de hierro oxidadas, baños apestosos, salas de juegos con muñecos rotos, cunas sucias de vómitos. En otra sección había aulas, cocinas, despachos y todo tipo de material escolar. El edificio parecía deshabitado hacía tiempo, pero él no logró identificarlo. La única pista que encontró fueron algunos crucifijos en las paredes y fotos del jardín convertido casi en una selva.

—Es un colegio —dijo en un susurro.

Buscó en una página colegios religiosos de Seattle. En la ciudad y alrededores había casi dieciocho centros, eran muchos, pero por el aspecto del edificio, este parecía abandonado. Comenzó de nuevo la búsqueda, pero esta vez de edificios abandonados y apareció uno en la pantalla: «Orfanato de St. Patrick». Buscó en Google y pudo ver la fachada principal del edificio. La entrada era espectacular, aunque en otra época debió de ser aún más hermosa. Tenía forma de templo griego, con inmensas columnas jónicas, una amplia cornisa y un tímpano con escenas de niños pequeños. El nombre del centro estaba esculpido en letras mayúsculas y detrás se podía ver una inmensa cúpula con una cruz.

—Tiene que ver con ese colegio católico. Puede que todas las mujeres estudiaran allí o que estuvieran ingresadas en el centro durante algún tiempo.

Apuntó la dirección para ir a ver el edificio, después buscó la sede del obispado de la ciudad; si el colegio estaba cerrado, al menos ellos podían guardar alguna información.

Aquel maldito asesino no quería ponérselo fácil, tendría que investigar a las mujeres y su relación con aquel colegio. Tomó la chaqueta y salió del edificio a toda prisa. No quería perder su exclusiva. Había tenido que traicionar muchas cosas para llegar hasta su posición actual y no iba a tirar todo por la borda por un maldito loco.



El edificio BEE estaba casi vacío a aquellas horas. La mayoría del personal había salido pronto para llegar a la cena de Acción de Gracias. Beatrice Martin miraba su reloj cada cinco minutos, tenía que terminar un trabajo para China y enviarlo antes de irse. Su empresa, BEE, se dedicaba a la construcción de edificios, centros comerciales y urbanizaciones por todo el mundo. Su trabajo consistía en montar los proyectos y enviarlos a los clientes. Sonó un mensaje en el teléfono; era su madre, al parecer su esposo y los niños ya habían llegado a casa, la esperaban para cenar. Fuera ya era de noche y la mayor parte de las luces de los rascacielos estaban apagadas. Beatrice terminó el proyecto, lo convirtió en PDF y lo envió por correo. Su rostro esbozó una sonrisa de satisfacción y tomó el bolso, el abrigo y el paraguas para dirigirse directamente al ascensor. Caminó entre las mesas sin encontrarse con nadie; los escritorios vacíos y los despachos apagados le produjeron un escalofrío.

—Qué tonta, no estamos en Halloween —dijo en voz alta para tratar de convencerse.

Llegó al ascensor y apretó el botón, esperó un par de minutos a que llegara hasta la planta cuarenta y oyó el timbre de apertura. Entró y comenzó a mirar los mensajes de felicitación que habían llegado a su teléfono. A sus cuarenta y cinco años se sentía una mujer afortunada; no solo había conseguido llegar a cumplir todas sus metas, sobre todo había formado una familia feliz de la que se sentía especialmente orgullosa.

Pulsó el botón y continuó mirando el teléfono hasta que oyó un zumbido. Miró a un lado y al otro, pero no observó nada extraño. Era muy raro que un insecto lograra entrar en el edificio.

Tras un par de segundos oyó del nuevo el zumbido. Se dio la vuelta y vio una gran abeja apoyada en la pared del ascensor. No le gustaban mucho esos bichos, pero pensó que lo mejor era quedarse quieta y esperar a que las puertas se abrieran. Apenas habían pasado unos segundos cuando el zumbido se multiplicó: ya no era una sola abeja, en la pared había más de una veintena y todas enormes, del tipo abeja africana que llevaba atemorizando al sur de los Estados Unidos durante los últimos años, pero que ella supiera no las había tan al norte, y menos en esa época del año. Las abejas comenzaron a revolotear por el ascensor, ahora eran cientos y algunas de ellas se posaban en su ropa, mientras ella procuraba no moverse. Entonces notó el primer picotazo. Se quejó levemente, pero fue suficiente para que los insectos se excitaran y comenzaran a picarla por todo el cuerpo. Beatrice comenzó a agitarse, a intentar matarlas a manotazos, pero cuanto más se movía, más le picaban. Cuando las puertas se abrieron en la planta baja corrió fuera del ascensor, pero las abejas la siguieron sin dejar de picarle. Notó que los miembros se le paralizaban, además del fuerte dolor de las picaduras por todo el cuerpo, y antes de llegar a la puerta comenzó a desvanecerse y cayó al suelo. Las abejas continuaron volando sobre ella y picándola, hasta que perdió la consciencia por completo.

El hombre de seguridad vio a la mujer primero correr y después desplomarse rodeada de una nube de insectos e intentó acercarse, pero después escapó asustado al baño y llamó a emergencias. Mientras, oía el murmullo de los insectos al otro lado de la puerta.

## CAPÍTULO 22

Alexandra miró horrorizada su foto en los periódicos, ahora todo el mundo pensaba que era la Asesina de las Damas. La conversación con su madre le había hecho dudar. No se consideraba una persona violenta, aunque reconocía que sus ataques de cólera podían ser terribles y que en algunos momentos tenía lagunas de memoria, sobre todo después de un acusado estrés. Decidió tomar unas pastillas tranquilizantes después de llegar a Seattle y centrarse en la búsqueda de su hija y el expediente de adopción: aquella historia parecía ser la única que podía explicar lo que había sucedido en los últimos días.

Entró en un gran centro comercial de la ciudad y compró algo de ropa nueva al contado, se hizo un corte y un tinte en el pelo con la esperanza de pasar más desapercibida. Después se dirigió a la sede del antiguo orfanato St. Patrick. El edificio era imponente, aunque se encontraba abandonado desde hacía más de una década. Alexandra creía recordar que un escándalo de pederastia y venta de niños había obligado a cerrar a la orden de monjas que lo regentaba. Se detuvo frente a la imponente fachada y buscó algún lugar en la tapia para saltar. Encontró una parte pegada a un inmenso árbol, se apoyó en las ramas y saltó al otro lado. El jardín era enorme, frondoso y casi selvático. La única parte despejada eran las antiguas canchas deportivas. Se dirigió al edificio principal, cuyas puertas estaban cerradas con cadenas y rejas. Buscó alguna ventana y logró atisbar una algo alta, pequeña, pero suficientemente ancha para que pudiera entrar por ella. Se aupó hasta la ventanita y saltó al interior. Entró en unos baños de azulejos blancos, mugrientos y agrietados. Salió a un pasillo solitario de suelos de madera y caminó por allí hasta la entrada principal. A un lado se encontraban los despachos administrativos, el del director y el aula de profesores. Las puertas estaban cerradas con llave. Hizo palanca y astilló la madera hasta conseguir penetrar por cada una de ellas. Al final llegó al archivo: los viejos ficheros de metal estaban intactos, pero también cerrados con llave. En un último esfuerzo logró abrirlos y, para su sorpresa, las fichas amarillentas de internos y alumnos aún estaban dentro.

No sabía por dónde buscar, primero utilizó su apellido de soltera, pero no encontró nada; después pensó que, al ser menor de edad, los papeles estarían a nombre de su madre, entonces encontró la ficha con una pequeña foto a color.

—¡Qué bonita! —exclamó al ver por primera vez en su vida a su hija. El orfanato le había puesto el nombre de Rose. Su pelo pelirrojo, los ojos verdes, sus mofletes regordetes, le recordaron a ella misma de bebé. Miró los datos: Rose Reed, recién nacida, hija de A. L., adolescente embarazada. Diez años en el OSP. Padres adoptivos: Joseph y Mariam King...

Alexandra apuntó la dirección y cerró el archivo. Iba a irse de inmediato, pero pensó en echar un vistazo al orfanato; al fin y al cabo, su hija había pasado diez años de su vida entre esas paredes. Subió a la planta de arriba y a medida que pasaba por las habitaciones, las duchas, el comedor y las aulas, se quedaba más horrorizada. Aquel lugar frío, siniestro y oscuro, había sido el hogar de Rose los diez primeros años de su vida, justo cuando los niños necesitan más afecto, caricias y amor. No pudo evitar sentirse culpable doblemente. Lo primero por haberse olvidado de su propia hija y lo segundo, al haber permitido que la dejaran en un lugar como aquel. ¿Era Rose el Asesino de las Damas? Alexandra no sabía qué responder, aunque era consciente de que un lugar como aquel podía trastornar a cualquiera. Pero no entendía por qué había asesinado a las otras mujeres: si quería castigarla a ella, podría haberla matado hacía tiempo.

Regresó a la planta baja y llegó hasta el baño, salió del edificio y caminó por el jardín hasta llegar a la verja. Saltó y anduvo por la calle hasta el autobús. Estaba decidida a visitar la casa de los padres adoptivos de Rose y a enfrentarse a aquella pesadilla cara a cara.



Wilda y George recibieron el aviso un par de horas después del incidente en BEE. Al principio se pensó que era algún problema de plagas, una colmena en el hueco del ascensor que se había cobijado del frío del invierno, pero la policía, al ver la edad de la víctima, prefirió asegurarse y llamar al FBI. El caso era de lo más extraño, parecía poco probable que se utilizara a un enjambre de abejas para asesinar a alguien, pero lo que la policía no creía era que el Asesino de las Damas estuviese siguiendo el patrón de asesinatos de la novela de Agatha Christie. En cuanto Wilda y George llegaron al recibidor del edificio y vieron el cuerpo de la mujer hinchado por las decenas de picaduras de las abejas africanas, no tuvieron ninguna duda.

—Es como en la novela —comentó George, que en los últimos días había leído varias veces el libro de Agatha Christie.

—Seis negritos jugaron con una colmena; una abeja picó a uno de ellos y quedaron cinco.

—Exacto, aunque en la novela Emily Caroline Brent, la beata y recta solterona, es asesinada después de adormecerla con hidrato de cloral, una inyección de cianuro potásico directamente en el cuello —dijo George.

—El crimen es perfecto y muy complejo. Ha tenido que buscar las abejas más peligrosas, prepararlas para que salgan justo cuando la mujer abandone el edificio —comentó Wilda sorprendida.

—El asesino debió de estar aquí acechando a la víctima para saber cuándo actuar —comentó George.

—O conocer muy bien sus hábitos y jugar con la idea de que al ser justo la noche de Acción de Gracias no habría más gente en el edificio.

—El vigilante ha recibido un par de picotazos y está en urgencias —comentó George.

—Daños colaterales. Este asesino está haciendo justicia o al menos eso cree él: únicamente mata a los que se lo merecen.

Miraron por encima el cadáver y Wilda pensó que su familia ya no volvería a ver con los mismos ojos un día festivo como aquel. Mientras otros celebraban un momento entrañable y emotivo, ellos tendrían que ir a reconocer a su esposa y madre al anatómico forense.

—Habría sido una muerte horrible, la pobre debió de sufrir mucho antes de morir —comentó Wilda.

—Tiene la misma edad y características que las otras mujeres. Si no me fallan las cuentas, aún quedan cinco negritos más según la canción —dijo George.

—No, quedan cuatro, la décima forma de matar ya ha sido usada. Uno de los negritos estudia derecho y se hace magistrado, por eso es ajusticiado; otro es devorado por un arenque rojo en el mar, otro es atacado por un oso en el zoo y otro muere quemado —repasó Wilda.

—Algunos de ellos parecen muy evidentes, podríamos cerrar el zoo y...

—La facultad de Derecho. Son símbolos, George. En este caso era el logotipo de la empresa, puede hacer lo mismo el asesino.

Los dos se encontraban tan desconcertados cuando salieron que Wilda le propuso tomar un café.

—¿Crees que el asesino actuará en una noche como esta?

—Es posible —comentó George.

—No podemos centrarnos en las víctimas: es muy difícil estar dentro de la mente del asesino y hay miles de posibles candidatas. Debemos pensar en el asesino.

—No es tan sencillo. ¿Cuál será el próximo paso de Alexandra?

—En el caso de que sea ella la asesina —le rectificó Wilda.

—¿Acaso lo dudas? ¿Cuántas pruebas más necesitas? —preguntó George frunciendo el ceño. Una vez más su compañera mezclaba su trabajo y sus afectos personales.

—¿Y si se tratase de la hija de Alexandra? Ahora tendrá unos veinticinco años, tal vez quiera vengarse de ella —comentó Wilda.

—¿Matando a una docena de mujeres?

—Todas ellas pueden tener algo en común o simplemente le recuerden a su madre. Cuando las ve no puede evitar la tentación de asesinarlas. Imagina que a unas las ha conocido en el médico, a otras en el trabajo o en la biblioteca.

—No están elegidas al azar, nuestro asesino las estudió primero. Pero no es mala idea que intentemos descubrir la identidad de la hija de Alexandra, al menos tendremos la sensación de que estamos avanzando.

Tomaron el café y se despidieron. Wilda se pondría alguna película antigua mientras cenaba y se iría pronto a la cama. George intentaría simular cierto entusiasmo en la cena, aunque su cabeza seguramente estaría en otro lugar. Hasta después de la cena las calles de Seattle se convertirían en un desierto; con un golpe de suerte podrían dar con Alexandra y al menos apartarla de la calle, para comprobar si ella era la verdadera asesina.



Robert llegó al apartamento sin ningún inconveniente. A aquella hora apenas se cruzó con gente por la calle o en el edificio, subió directamente hasta la casa y entró. Todo estaba en orden. Siempre le había chocado lo limpia y pulcra que era Marta. Se dirigió directamente al salón, miró por los cajones pero no vio nada, después miró en la habitación y más tarde en un pequeño cuarto en el que Marta tenía los restos de varias mudanzas anteriores.

Miró cada caja con la esperanza de encontrar algún archivo, pero sin resultado. Pasó al baño y mientras orinaba observó algo que parpadeaba a su derecha: la *tablet* de Marta. La tomó y se dirigió al salón. La puso en marcha y buscó en los archivos. Había uno con el nombre «Club de Lectura». Comenzó a ojearlo, tenía varios documentos y uno de ellos se llamaba «Asistentes».

—¡Aquí está! —dijo en voz alta. Después se mandó varios documentos a su nube. Intentó dejar de nuevo todo en su sitio antes de abandonar la casa. Bajó en el ascensor y salió a la fresca noche otoñal. Mientras caminaba por la calle casi desierta, comenzó a mirar a las casas; muchas parecían repletas de gente celebrando el día de Acción de Gracias. Se dirigió a la librería; no tenía ganas de fiesta, a pesar de que algunos amigos habían insistido en invitarle. Abrió el portón y entró sin encender la luz, le gustaba pasear a oscuras por medio de las estanterías e imaginar que los personajes de todos aquellos libros cobraban vida. Siempre había amado los libros, porque eran lo que más le recordaba a su niñez. La imaginación y la fantasía comenzaban a disiparse cuando la consciencia lograba dominar la mente humana. Entonces uno pasaba de ser protagonista de su vida a un mero personaje secundario, limitado por los deseos y caprichos de los demás. En los libros aún podía convertirse en el personaje que se le antojara y vivir las más increíbles y fascinantes aventuras.

Oyó ruido en la planta de arriba y subió las escaleras, la madera crujía bajo sus pies. Intentó hacer el menor ruido posible, llegó hasta la esquina donde estaban los cojines, que daba al gran ventanal. Observó una figura que recortaba la poca luz que entraba de la calle y se quedó quieto, como si esperara que aquella sombra pudiera disiparse en cualquier momento.

—Hola —dijo por fin.

La voz de Marta parecía más fría y distante que en otras ocasiones.

—Hola —contestó Robert intentando disimular la alegría que le producía volver a hablar con ella y saber que estaba bien.

—¿Dónde estabas? Llevo un buen rato esperándote.

Robert se quedó pensativo, después caminó hasta ella y se sentó a su lado.

—Tenía que salir para resolver unos asuntos —mintió sin mucha dificultad. De alguna manera no quería que Marta supiera que había estado en su apartamento sin su permiso.

—Todo el mundo está buscando a Alexandra, creen que ella es el asesino —dijo la mujer mientras apoyaba sus brazos sobre los hombros de Robert.

—Puede que tengan razón.

—No quiero hablar. Llevo días dando vueltas a todo este asunto, nunca había estado tan ansiosa y atemorizada, pero si algo he aprendido es que tengo que vivir. Cada momento, cada instante es importante —comentó mientras comenzaba a besarle.

Robert llevaba mucho tiempo sin saborear los labios de su ex. Los recordaba jugosos y tiernos, como los de la primera chica que besó. Aquella noche parecían más fríos y duros que otras veces. La mujer lo atrajo y acarició su cuello, después le quitó la chaqueta y la camisa, dejando su torso desnudo. El hombre sintió un ligero escalofrío, pero no se resistió. Ella continuó acariciándole y él se tumbó sobre los cojines, con los ojos cerrados, intentando olvidarse de todo, dejando que sus sentidos tomaran el control al menos por una vez.

Marta besó el pecho del hombre y fue descendiendo lentamente, Robert parecía estremecerse a cada caricia. Ella no sentía nada, apenas un cosquilleo desagradable, pero sabía que era mejor tenerlo de su lado. Siempre había usado el sexo como un instrumento: no sentía placer alguno, aunque agradecía al menos no sentir daño. Tener el alma amputada le daba una gran ventaja con respecto al resto de los mortales. Siempre podía mantener el control y conseguir lo que se proponía, y eso era precisamente lo que iba a lograr.

## CAPÍTULO 23

La casa de los Byrne parecía especialmente triste aquella noche. Mark había preparado parte de la comida con la ayuda de la asistenta, y su suegra Anna había llegado hacía menos de una hora y se había encargado de los últimos detalles, pero todos parecían tristes y abatidos. Mark miró la calle a través del ventanal. La lluvia caía con mucha fuerza, parecía querer atravesar los cristales, su sonido era casi ensordecedor. Se preguntaba dónde estaría su mujer. La echaba de menos y naturalmente no creía ni una palabra de lo que veía en la TV y leía en la prensa. Alexandra era incapaz de cometer esos crímenes atroces. Se la imaginaba debajo de un puente o escondida en una parada de autobús, intentando protegerse de la lluvia. Era tan vulnerable que varias veces estuvo tentado a dejar la casa e ir en su búsqueda, pero tenía que quedarse con los niños. Tal vez ellos también estuvieran en peligro.

—¿Qué piensas, Mark? —le preguntó su suegra.

El hombre se dio la vuelta y la vio con el delantal de su mujer. Salvo por la diferencia de edad, las dos se parecían como dos gotas de agua.

—¿Dónde estará Alexandra? Tendría que estar aquí con su familia, a salvo.

—La última vez que la vi parecía muy segura de sí misma. No se la veía en peligro, más bien me dio la sensación de que podía ponerse violenta en cualquier momento —comentó la mujer sin mucha delicadeza. Los niños estaban muy cerca y podían oírla, por no hablar de Mark, que se volvió bruscamente con el ceño fruncido.

—Bueno, Anna, creo que esos comentarios sobran. Alexandra siempre ha sido una buena madre y esposa. Puede que tenga muchos traumas que superar y que el estrés la descontrola, pero es una excelente persona y me siento orgulloso de ser su marido.

—Lo siento, Mark, no quería ofenderte. Alexandra es mi hija y la quiero con toda mi alma, pero también es una persona atormentada que tiene que encontrar la paz de alguna manera.

Mark se acercó a la encimera repleta de manjares y se apoyó inclinando la cabeza.

—Todo esto pasará —dijo su suegra para animarle.

—Sí, pero puede que no volvamos a ver a Alexandra con vida. Si no la mata ese maldito psicópata lo hará la policía y nunca sabremos la verdad.

En ese momento sonó el teléfono del hombre, que lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Era un número oculto, se dirigió a la planta de arriba y contestó.

—Hola.

—Hola, soy yo. Siento todo lo que está sucediendo, solo te pido que confíes en mí, diga lo que diga la policía, soy inocente. Nunca haría daño a nadie. Me han

tendido una trampa, creo que todo está relacionado con el pasado, pero no logro averiguar cómo. Pronto resolveré todo esto y volveremos a estar juntos.

—Regresa a casa, te prometo que no te volverán a encerrar. La culpa es mía por no confiar en ti.

—Lo siento, cariño, pero no puedo regresar hasta que pueda demostrar mi inocencia. Si los crímenes cesan ahora, todos pensarán que yo era la culpable; si continúan, el asesino sabrá dónde encontrarme. No me queda más elección que descubrirle antes. Por favor, cuida de los niños. Vosotros sois lo único que me importáis en el fondo. Todo lo demás no merece la pena.

Mark oyó que se cortaba la comunicación. Por unos segundos se había sentido eufórico al escuchar la voz de su mujer, pero ahora volvió a caer en una profunda apatía. Se dirigió al salón y observó a sus hijos que jugaban con la Play frente al gran televisor. Parecían totalmente ausentes, pero sabía todo lo que estaba afectándoles aquella situación. Se dirigió al despacho y se puso de rodillas frente a la silla del escritorio. Comenzó a orar como nunca lo había hecho; después de unos minutos logró recuperar el sosiego e intentar celebrar aquella noche. Al fin y al cabo, el día de Acción de Gracias era una fiesta sobre la esperanza y la gratitud de unos hombres que habían logrado sobrevivir en un lugar hostil, contra todo pronóstico.



Larry Brennan llamó insistentemente a la puerta. El edificio anejo a la catedral parecía completamente desierto, aunque él sabía que los sacerdotes se encontraban dentro. Al final oyó unos cerrojos y la puerta que se abría.

—Hola, soy Larry Brennan y estoy escribiendo un artículo...

—Se ha vuelto loco —dijo un sacerdote joven, con un alzacuello recién estrenado.

—Únicamente quiero echar un vistazo a unas fichas y me largaré enseguida.

—Es la cena de Acción de Gracias, estamos todos reunidos...

—Venga, padre, simplemente déjeme echar una ojeada, puede que logre resolver los crímenes del Asesino de las Damas. En el artículo hablaré de su estrecha colaboración; no les vendrá mal un poco de publicidad positiva, llevan años saliendo en los periódicos por casos de pederastia.

El sacerdote estaba a punto de cerrar la puerta en las narices del periodista cuando un hombre de cara ancha y gafas redondas asomó por un lado.

—Padre Marcus, por favor, déjeme a mí.

El joven sacerdote se marchó refunfuñando, mientras el otro cura miraba sonriente al molesto visitante.

—Señor...

—Brennan —dijo el periodista.

—¿Quiere ver los archivos de...?

—El orfanato de St. Patrick, puede que uno de los niños dados en adopción tenga algo que ver con los terribles crímenes que están asolando la ciudad.

—¿El orfanato St. Patrick? Hace mucho tiempo que cerró por terribles incidentes —dijo el sacerdote.

—No me interesa aquel escándalo, se lo aseguro, pero necesito información sobre las madres de un periodo en concreto —dijo Larry.

—Está bien, pero tiene una hora y después deberá marcharse. No puede quedar nadie en el edificio cuando comience la cena.

Larry entró sonriente y caminó con las manos en los bolsillos hasta el archivo. El hombre le señaló un viejo archivador gris y dejó la puerta entornada.

El periodista abrió el primer cajón y oyó una especie de susurro. Miró por encima de su cabeza: una cámara de seguridad le apuntaba. Hizo caso omiso y comenzó a mover los dedos sobre las fichas desgastadas y amarillentas.

Tenía una lista con todas las víctimas, buscó sus nombres, pero se dio cuenta de que el nombre de las madres estaba señalado únicamente por iniciales. Aquello dificultaba la búsqueda y no sería una prueba concluyente. Sacó todos los ingresos de hacía veinte o veinticinco años, lo que suponía un margen de casi diez años, los colocó en la mesa y comenzó a cotejar. Antes de media hora había encontrado cinco coincidencias.

—Joder —dijo en voz alta, ignorando que se encontraba en una iglesia.

Oyó unos pasos a su espalda, se dio la vuelta y vio de nuevo al sacerdote joven.

—Su tiempo se ha terminado —dijo con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—El otro cura me dijo que disponía de una hora.

—Ya están todos en el salón para la cena.

—Deme al menos quince minutos.

—Lo siento —contestó el sacerdote mientras comenzaba a recoger las fichas.

—Un momento —dijo tomando una de ellas y apuntando una dirección.

El sacerdote se la quitó de la mano violentamente y señaló la puerta.

—Por favor, salga de aquí o tendremos que llamar a la policía.

Larry se levantó lentamente y guardó su bloc de notas en el maletín que llevaba colgando de un lado. Miró desafiante al sacerdote y se dirigió a la salida.

El joven dio un portazo a sus espaldas y Brennan se dirigió a un café. No había muchos lugares abiertos, pero afortunadamente ciertas cadenas de comida no cerraban nunca. Se sentó a la mesa y comenzó a repasar los apuntes mientras tomaba a sorbos un café muy caliente.

—Bueno, cinco mujeres puede que llevaran a sus hijos a este orfanato; veinte años más tarde, alguien las va asesinando. Esa es una de las posibilidades, no parece que se trate de una casualidad —dijo el hombre en voz baja.

Miró la dirección, aquella parecía ser la residencia de la familia que había adoptado a la hija de Alexandra Byrne. No se encontraba muy lejos. Pensó unos momentos si era buena idea presentarse en la puerta de una casa una noche como

aquella. No tenía mucho que perder, simplemente podía ser que le cerraran la puerta en las narices.

Tomó el último sorbo de café, salió del local y caminó hasta la casa; en ese momento la lluvia era muy intensa, se puso un chubasquero que siempre guardaba en el maletín y dejó que la lluvia se escurriera sobre su cuerpo mientras intentaba imaginar qué habría movido a alguien a cometer esos crímenes. ¿Qué pecados debían expiar todas esas mujeres?



Alexandra vio a un hombre con chubasquero detenerse frente a la casa de la familia King. Se agazapó en el jardín, a pocos pasos de la puerta y esperó.

La puerta se abrió y una mujer mayor cubierta con una bata azul se asomó algo nerviosa al umbral. Llevaba un moño muy apretado, que estiraba su pelo canoso. Sus ojos eran muy pequeños, aumentados grotescamente por unas gafas de aumento.

—¿Es usted la señora King?

La mujer afirmó con la cabeza sin mediar palabra.

—Soy Larry Brennan, columnista del periódico de la ciudad. Querría hacerle unas preguntas muy breves, perdone que la incomode en un día como este.

—Bueno, joven, la verdad es que para mí este es como cualquier otro día, pero no entiendo en qué puedo ayudarle.

—Es sobre su hija Rose.

—¿Mi hija Rose? —preguntó la mujer extrañada.

—Sí. Creo que hace unos veinte años usted adoptó a una niña del orfanato de St. Patrick —dijo el periodista, intentando ser lo más suave posible.

La mujer cambió el gesto, su cara pareció ensombrecerse por un momento y agachó la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Larry al ver la reacción de la anciana.

—Bueno, en los últimos años la vida me ha golpeado muy duramente. Mi esposo falleció hace cuatro años de un infarto fulminante unos meses después de jubilarse. Apenas pudimos disfrutar del descanso que llevábamos esperando toda nuestra vida.

—Lo lamento.

—Nuestra hija Rose era una buena chica. Estudiosa, cuidadosa, nos quería con locura. Hace cinco años entró en el ejército. La destinaron a Irak, pero cuando regresó, estaba muy cambiada. Estuvo un tiempo ingresada en un centro psiquiátrico militar, pero un día simplemente se marchó. No he vuelto a saber de ella. Nunca se ha puesto en contacto conmigo, ni siquiera por carta. No es propio de mi hija. Cuando estuvo en Irak me llamaba todas las semanas. Espero que algún día se decida a hablarme —comentó la mujer con los ojos llorosos.

—Lo lamento. ¿No sabe dónde puede estar? Debe de recibir una paga del ejército.

—No lo sé. Lo siento —contestó la mujer e hizo el gesto de cerrar la puerta.

—Un momento, señora King, una última pregunta y la dejaré descansar.

La mujer lo miró con resignación, pero se quedó quieta, con el cuerpo algo hundido, como si estuviera acostumbrada a recibir muchos golpes de la vida.

—¿Su hija sabía que era adoptada? ¿Conocía a su madre biológica? —preguntó el hombre.

—Sí, claro, se lo dijimos cuando cumplió los dieciséis años. No le hablamos de su madre biológica, pues nosotros tampoco conocíamos su identidad.

—¿Notó algún cambio en su comportamiento tras saber la noticia?

—No. Bueno, los dieciséis años son siempre una etapa complicada, pero Rose no era especialmente rebelde ni problemática. Siempre estaba en casa, le gustaba mucho leer, soñaba con convertirse en escritora.

—Muchas gracias, señora, ha sido de gran ayuda —dijo Larry antes de bajar las escaleras y dirigirse bajo el aguacero a la redacción. Tenía que escribir el artículo antes de las once, sería uno de los principales del periódico al día siguiente. Creía conocer la verdadera razón por la que aquel asesino estaba actuando.

Apenas llevaba unos quinientos metros caminados cuando notó un pinchazo en el cuello, se llevó allí la mano instintivamente y sintió que un líquido caliente le corría por el pecho. Se miró, pero apenas distinguía nada con la escasa luz de la calle y el aguacero que lo opacaba todo. Intentó caminar, pero no había dado ni dos pasos cuando las piernas comenzaron a fallarle y se desplomó en medio de la carretera. El agua le llegaba hasta mitad de la cara, estaba fría y sabía a lodo, asfalto y gasolina. Sus ojos alcanzaron a ver unas deportivas negras, después se cerraron y su mente se precipitó a la nada para siempre.

## CAPÍTULO 24

La jueza Christine Power se preparó el baño y dejó que la espuma lo cubriera todo por completo. Aquel era uno de los pocos momentos del día en el que se encontraba completamente relajada. Había dedicado toda su vida a la magistratura, primero como abogada, después como fiscal y desde hacía un año, como jueza. Tomó el libro de una mesita que tenía al lado de la bañera, después las lentes y comenzó a leerlo. Era una novela algo subida de tono, nunca reconocería que leía ese tipo de cosas, pero estaba demasiado ocupada para buscar pareja y como jueza no eran muy aconsejables las aventuras de una noche. Aquel tipo de libros saciaba en parte sus apetitos sin que nadie saliera perjudicado. Enseguida se enfrascó en la lectura, casi esperaba aquel momento con ansiedad. Vivía sola, sus padres drogadictos se habían desentendido de ella cuando tenía cinco años, había pasado por varias casas y orfanatos, en una de aquellas casas de acogida su supuesto cuidador la había dejado embarazada y, tras dar a luz, había dejado a su hijo en un centro religioso. Casi nunca recordaba esa parte de su vida, simplemente disfrutaba del presente; al menos era una de las pocas cosas que había aprendido en su triste infancia.

La música clásica sonaba a todo volumen y la luz de las velas titilaba mientras la mujer comenzaba a excitarse. Estaba tan absorta que no oyó la puerta de la casa abrirse, ni el maullido de su gato que corrió a esconderse debajo de la cama. La puerta se abrió ligeramente, el ambiente estaba cargado de humedad. Unos pies se marcaron en la cerámica del suelo y unas manos enguantadas le inyectaron escopolamina. La mujer apenas sintió el pinchazo, pero en unos segundos su cuerpo se aflojó y el libro cayó en el agua.

El asesino sacó a la mujer de la bañera y la llevó a rastras hasta la habitación, puso sobre su cuerpo desnudo la toga de juez y la colocó en una posición obscena, después la fotografió con su propio teléfono y mandó las imágenes a varias redes sociales con el siguiente mensaje:

Cinco negritos estudiaron Derecho;  
uno se hizo magistrado y quedaron cuatro.

Después puso en vivo un vídeo en una red social y comenzó a apuñalarla con rabia. El cuerpo dormido apenas respondía con ciertos espasmos a los golpes del cuchillo. La sangre corría a borbotones por las sábanas de seda y en unos minutos todo el suelo y la cama quedaron cubiertos por un manto púrpura.



La llamada advirtió a Wilda de que algo iba mal; apenas había comenzado la cena, cuando Mark la llamó.

—Pon la televisión —le dijo sin dar más explicaciones.

La mujer puso el canal de noticias, estaba sentada en el sillón, cenando una sopa ligera frente al televisor. El vídeo de la muerte de la jueza ya estaba en todas partes. Sintió que se le atragantaba la comida.

—¡Mierda!

—Está en todas las televisiones; han censurado algunas partes, pero el mensaje es claro.

—Dios mío, el negrito que estudió Derecho...

—¿Qué? —preguntó Mark, que no sabía casi nada del caso.

—Nada, perdona, tengo que irme.

—Me llamó Alexandra hará poco más de dos horas.

—¿Te llamó?

—Sí, desde un teléfono desconocido.

—¿Qué te dijo?

—Bueno, que era inocente, que no importaba lo que los demás dijeran. ¿Crees que es inocente? —preguntó el hombre intentando convencerse así mismo.

—No lo sé, Mark. Quiero pensar que no tiene nada que ver con esto. —Se oyó un pitido en el teléfono de la agente, le estaba entrando una nueva llamada—. Tengo que dejarte.

Era su compañero George, al final le habían fastidiado la cena de Acción de Gracias.

—Hola, George, lo estoy viendo por televisión. Es una barbaridad —dijo la mujer.

—No te llamaba solo por eso: el periodista Larry Brennan ha aparecido degollado en la calle.

—¿Y qué tiene que ver él con todo esto?

—Creo que se trata del mismo asesino; tal vez el periodista se acercó demasiado a la verdad y por eso le mató. También ha desaparecido su maletín, al parecer siempre andaba con él por todas partes. Tenemos que ir al depósito.

—Ok, me visto y salgo enseguida.

Wilda se dirigió a la habitación, se puso ropa limpia, tomó el chubasquero y estaba a punto de salir cuando se encontró a Marta Sánchez justo en el umbral de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida; Marta llevaba desaparecida varios días y todo apuntaba a que había sido secuestrada por el Asesino de las Damas.

—Escapé ayer, pero tenía miedo de presentarme. Prefería que el asesino pensara que estoy muerta. Dejé a Robert hace unas horas en la librería. Quería comprobar una cosa; todo el rato he sentido que me seguían, y en un momento logré ver a mi perseguidor: era Alexandra. Por favor, ¿puedo entrar?

Wilda miró a la calle, no había nadie a la vista.

—Está bien, llamaré a una patrulla para que se quede vigilando, después tendrás que contarme todo con detalle —dijo.

—¿No puedes quedarte tú?

—No, lo siento, tengo que salir lo antes posible.

La mujer comenzó a llorar y Wilda intentó calmarla, después la abrazó.

—Tranquila, aquí estás a salvo.

—Tengo mucho miedo.

Se dirigieron al salón, Marta se sentó y se agachó hacia delante, cubriéndose la cara con las manos.

—Maldita sea, vente conmigo, ya llamaré a la policía más tarde.

—Gracias —dijo más tranquila la mujer.

Se dirigieron al garaje y mientras Wilda abría la puerta y entraba en el coche, la mujer envió un mensaje por el teléfono a Robert, después entró en el vehículo. Este se adentró en el aguacero, sus faros apenas iluminaban el frente y, a medida que se alejaban, la puerta del garaje comenzó a cerrarse.



Alexandra se coló en la casa, se dirigió al salón y registró las cosas de su vieja amiga. Después subió a la segunda planta, miró entre los cajones y en el baño. Metido entre las toallas encontró un ejemplar de la novela *Los diez negritos* con algunos pasajes señalados en rojo. Después miró el ordenador de la mujer, donde encontró una relación de los asesinatos, los nombres de las víctimas y su correspondencia con los personajes de la novela. Además, guardaba un archivo con datos de su informe médico, la entrega de su hija al orfanato y los padres de acogida. Pasó un buen rato mirando los papeles. Alexandra tomó el teléfono y llamó a Marta, pero no atendió. Lo intentó con Robert, pero tampoco se puso al teléfono.

## CAPÍTULO 25

Wilda entró con Marta en el depósito y buscó a George en el recibidor. Cuando el agente la vio con su amiga le lanzó una mirada fulminante.

—Está preocupada, dice que tiene pruebas que acusan a Alexandra y que la ha visto acechándola por la calle. No podía avisar a una patrulla en tan poco tiempo, después la llevaré a comisaría para interrogarla.

—Pero... —comenzó a protestar el agente.

—Se quedará fuera, no te preocupes —dijo Wilda antes de que él terminara su frase.

Se dirigieron al depósito, bajaron hasta el sótano y cruzaron un largo pasillo.

—Espera aquí, no creo que tardemos mucho —le dijo a su amiga.

Esta asintió con la cabeza.

Los dos agentes entraron en la sala de autopsias y observaron los dos cuerpos que yacían desnudos sobre las grandes bandejas metálicas. En un lado, un hombre de unos treinta y cinco años; al otro, una mujer algo mayor.

—Gracias por venir tan rápido en una noche como esta —dijo el forense.

—Este caso está conmocionando a la ciudad, no podemos esperar ni un día más, tenemos que detener a ese asesino —dijo George realmente enfadado. Estaba al límite de su paciencia.

—Espero que las autopsias ayuden —comentó el forense, con tono algo apagado. Estaba a punto de jubilarse, pero en las últimas semanas se le había acumulado el trabajo a causa del asesino.

—Gracias, doctor —comentó Wilda.

—Bueno, la jueza fue asesinada de forma violenta, creo que todos lo han visto en directo por las redes sociales y más tarde por televisión. Al menos veinte puñaladas, pero no fueron dadas al azar. La asesina quería que se desangrara lentamente, aunque por suerte, la víctima no sufrió.

—¿No sufrió? —preguntó extrañado George.

—No, estaba completamente sedada —dijo el forense.

—¿Alguna huella, restos de ADN? —preguntó Wilda.

—Lo lamento, pero, una vez más, ni rastro. Lo único que puedo decir es que el cuchillo, por las imágenes y los cortes, es especial, usado en el ejército: se llama Hunter Large Game Hook. Es curvo, de pequeñas dimensiones y muy afilado. Por eso no deja cuchilladas, sino cortes alargados. El que lo usa corta arterias, el fin de este cuchillo es desangrar a las víctimas —comentó el forense, señalando los cortes por piernas, cuello y otras partes del cuerpo de la jueza. Después dio unos pasos y se dirigió al otro cadáver. El periodista apenas tenía ninguna herida, únicamente un corte

en la yugular—. El mismo corte y el mismo cuchillo. Creo que a los dos los asesinó la misma persona en un intervalo de tiempo muy corto, tal vez de una hora —dijo el hombre.

—Increíble —comentó George.

—Da la impresión de que el asesino ha tenido entrenamiento militar —dijo el forense.

—Es una buena pista, pero tal vez llega un poco tarde —se quejó Wilda.

—El asesino ha utilizado métodos muy diversos, y ahora parece que le ha cogido gusto al cuchillo —se justificó el forense.

—Tenemos el depósito lleno de cuerpos y muy pocas pistas —comentó George.

Los dos agentes se dirigieron a la salida.

—¿Has traído el coche? ¿Preferís que os lleve a las dos?

—No, gracias. Prefiero ir en mi coche oficial. No quiero tener que venir mañana a por él —dijo Wilda.

En la puerta esperaba Marta. Al verla, se acercó a ella nerviosa.

—No hemos tardado mucho, ¿verdad?

—A mí se me ha hecho una eternidad —contestó.

Salieron a la calle principal.

—Yo he dejado el coche en la otra manzana —dijo George.

—Nos vemos en la oficina —dijo Wilda cruzando la calle con su amiga.

Entraron en el *parking* de enfrente y se dirigieron al coche, que estaba en la parte de adentro, en medio de la penumbra.



Robert se despertó al oír el teléfono. Tenía un mensaje de Marta. Lo leyó con rapidez y se vistió. El mensaje tenía un localizador, al parecer estaba en el 504 de Olive Way. El hombre se puso un abrigo y agarró la pistola y un paraguas. No tenía tiempo para tomar un taxi, de modo que a pesar de la lluvia se subió en su bicicleta a toda prisa. Al menos el impermeable le protegía en parte, llovía algo menos y las calles parecían más animadas. Media hora más tarde se encontraba frente al edificio y vio un nuevo mensaje. Dejó la bicicleta a un lado y esperó.

No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo: vio a las dos mujeres acercarse hasta el coche. Entonces esperó a que la mujer abriera la puerta, se abalanzó sobre ella e intentó inmovilizarla.

Wilda reaccionó con rapidez y empujó al hombre. Los dos forcejearon y al final logró derrumbarle. Marta se acercó por atrás y la golpeó con fuerza, Wilda sintió un fuerte dolor en la cabeza, se volvió y la empujó. Robert aprovechó para agarrarla por detrás, Marta logró recomponerse y golpeó de nuevo a Wilda con todas sus fuerzas en la cara, después le quitó las esposas del cinturón y se las puso.

—Métela en el maletero —dijo Marta a Robert. Este lo hizo con dificultad y le puso una mordaza en la boca.

—Menos mal que has llegado a tiempo, no creía que fuera a esperar mucho más —dijo Marta, sentándose en el asiento del copiloto.

—¿Por qué sospechaste de ella? —preguntó Robert, que aún no entendía los mensajes que había recibido poco tiempo antes.

—Está claro, siempre lo ha estado. Ella nos metió en la investigación y manipuló las pruebas para inculpar a Alexandra; creyó que nadie pensaría que una agente del FBI era capaz de cometer esos crímenes monstruosos.

—Ya, pero no entiendo el porqué —dijo Robert mientras sacaba el coche del *parking*.

—Su padre murió en Boston en acto de servicio, ella se hizo policía para resarcirse y después entró en el FBI. Siempre ha estado relacionada con casos escabrosos, persiguiendo a monstruos, sin saber que ella era uno más. Persona solitaria, sin relaciones, muy inteligente y manipuladora, insensible, fría y calculadora. ¿A qué te suena eso?

—Una psicópata. Pero ¿por qué matar mujeres de mediana edad? No tiene sentido —insistió Robert.

—Intentó ocultar información al FBI, no quería que supieran nada de los mensajes. Creo que fue ella la que los envió esa noche. Sabía que de esa manera nos atraparía en su red, nos ha ido eliminando una a una. Yo tengo que ser la siguiente, después culpará a Alexandra y ella quedará totalmente libre de sospecha.

—Entiendo la forma de actuar, pero ¿cuáles son sus motivos? —preguntó Robert mientras se dirigían al embarcadero.

—No los tiene, al menos no los mismos que los nuestros, es una psicópata. Simplemente siente esa pulsión, ese deseo de matar.

—Lo entiendo, pero los psicópatas eligen a sus víctimas por algo. Algunos a mujeres jóvenes, otros a prostitutas, estudiantes o chicos jóvenes. A veces es por una represión sexual, otras porque se creen que hacen justicia de algún modo, en otros casos para cumplir con alguna misión salvífica —dijo Robert.

Llegaron al embarcadero y dejaron el coche. Después observaron a un lado y al otro, para comprobar que nadie los miraba. Sacaron a Wilda del coche y la llevaron hasta un pequeño barco. La metieron en el camarote inferior, cerraron la puerta, subieron a la cubierta y pusieron el motor en marcha.

—¿Por qué has querido traerla a este barco? ¿No sería mejor entregarla a la policía? Pueden considerar esto como un secuestro, será muy difícil explicar esto ante un tribunal —dijo Robert algo dubitativo.

—Tenemos que sacarle la verdad primero, después la entregaremos a la policía —contestó Marta.

Puso el barco rumbo al suroeste y atravesaron las tranquilas aguas de la bahía casi sin cruzarse con ninguna embarcación. Apenas habían llegado a la mitad cuando

Robert comenzó a hacerle preguntas de nuevo.

—¿Por qué fuiste a casa del escritor ese?

—Michel Smith. ¿No me dirás ahora que estás celoso?

—No, pero hay algo entre vosotros. Sé que no es asunto mío, pero hace unas horas parecía que...

—Estábamos los dos asustados y nerviosos, simplemente nos dejamos llevar —comentó Marta.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Robert, aunque cuando terminó de pronunciar la última palabra ya se había arrepentido de ello.

—No, no estoy enamorada de él. ¿Te quedas más tranquilo?

Se quedó callado, miró la negrura del agua y las luces del otro lado de la bahía. A pesar de estar rodeados de agua, muy pocas veces montaba en barco.

—Estuve en tu apartamento y en el de ese tipo —confesó por fin Robert.

—¿Por qué?

—Quería ver la lista de personas que habían visitado el Club de Lectura; tenía la sensación de que una de las visitantes podía ser la asesina.

—Entiendo, pero ya sabemos quién es.

—Sí, después fui a la casa del escritor, pero no vi a nadie allí, esperé durante casi un día entero —dijo Robert.

—Estaría de viaje; normalmente pasa mucho tiempo fuera de la ciudad. Yo apenas lo veo, mantenemos relación epistolar, pero no le gusta que lo vean en público.

Llegaron cerca de una isla y Marta dejó el barco en un discreto embarcadero.

—¿Qué es esto?

—Un sitio secreto. No sabes todo de mí. Antes de ser editora trabajé aquí un tiempo.

—La marina del parque Blake Island. La visité una vez hace años. ¿En serio trabajaste aquí? Nunca me lo habías contado.

—No lo sabes todo de mí. Venga, llevemos a Wilda a otro lugar.

Robert ayudó a Marta y transportaron a la agente por el bosque mientras el sol comenzaba a despuntar en el horizonte.

## CAPÍTULO 26

Alexandra salió de la casa de Wilda y se dirigió hacia el centro. Se sentía confusa, agotada y algo mareada. Miró el teléfono y pensó en llamar de nuevo a Mark, pero desistió: la policía vigilaba la casa y si intentaba encontrarse con él la detendrían. Aunque lo mejor sería dejarse atrapar y terminar de una vez por todas con aquella angustia. Al final entró en un café y pidió algo para desayunar, necesitaba azúcar para reactivar su cerebro. Debía concentrarse e intentar encontrar al asesino.

Desde su posición al lado de la casa de los King había escuchado la conversación con el periodista, la historia de la familia y la triste vida de su hija. Estaba desaparecida desde hacía años y eso la convertía en sospechosa, pero, si quería vengarse, ¿por qué matar a otras personas inocentes?

Los otros sospechosos eran Robert y Marta, los dos implicados desde el principio en la investigación, pero lo que no encajaba era que Marta fuera culpable: la habían secuestrado y había logrado escapar. Robert no podía ser, ya que ella confiaba plenamente en él. La última candidata era Wilda, que sabía todo desde el principio y parecía la única en controlar la situación. Intentó pensar en el momento en que se conocieron. Wilda fue de las primeras en llegar al Club de Lectura. Parecía emocionada con la idea de leer libros e intentar deducir quiénes eran los culpables. Un par de semanas más tarde confesó a todas que era agente del FBI. Siempre solitaria, sin amigos ni relaciones, poco expresiva. Por su trabajo tenía nociones de química y sabía cómo terminar con la vida de una persona de docenas de maneras, ya fuera inspirándose en casos que conocía o por métodos inventados por ella. Pero ¿cuál podía ser su móvil? Tal vez el hecho de no tener hijos, de sentirse incapaz de formar una familia. ¿Quién sabía lo que podía pasar por la mente de una psicópata?

Alexandra devoró la tostada y el café en pocos minutos. Después siguió observando a la gente de la calle, como si no quisiera formularse ni siquiera en sus pensamientos su última hipótesis: ¿podía ser ella la asesina? Había estado encerrada en un psiquiátrico al menos dos veces, tenía lagunas de memoria, episodios violentos y una mente perturbada. Había asesinos que cometían los más brutales crímenes y no lograban recordarlo, como si el verdadero criminal fuera una de sus personalidades inconscientes.

Se puso en pie y caminó hasta la puerta. Por fin había tomado una decisión: se entregaría, para asegurarse al menos de no hacer más daño a nadie. Se dirigió a la comisaría más cercana. La luz ya lo invadía todo, pero la ciudad parecía vacía, como si la resaca de la cena de Acción de Gracias y las gangas del Black Friday hubieran dejado a sus habitantes exhaustos.

El edificio de ladrillo estaba al otro lado de la calle; algunos policías salían y entraban en dirección al aparcamiento. Al cruzar oyó el sonido de su teléfono. Dio al botón y contestó sin dejar de andar hacia la comisaría.

—Alexandra, soy Marta. ¿Dónde estás?

—En Seattle ahora mismo...

—No hagas ninguna locura, ¿me oyes?

—Sí. ¿Qué sucede? —preguntó extrañada.

—He capturado a Wilda, fue ella quien mató a todas esas mujeres. Pretendía matarme a mí y culparte a ti de todos los crímenes.

—¿Estás segura?

—Sí, la tengo atada y he encontrado en sus bolsillos notas con las frases de los diez negritos, también un cuchillo curvo muy extraño del ejército —le explicó su amiga.

—¿Dónde estás?

—En Blake Island.

—¿En Blake Island? ¿Cómo demonios has llegado allí?

—En barco, este es el sitio en el que me tuvieron prisionera. Quería traerla aquí, para que esté en el escenario de sus crímenes y termine por confesar. Robert está conmigo —dijo Marta.

—Será mejor que llames a la policía, puede ser muy peligrosa.

—No, todas las pruebas son circunstanciales, tiene que confesar. Lo grabaré todo y llamaré a la policía.

Alexandra no sabía qué decir. Se paró delante de la comisaría.

—Tienes que venir, no puedo hacerlo sola, cuando te vea sabrá que ha perdido y confesará.

—¿Cómo voy a ir a esa isla? Será mejor que lo dejemos en manos de la policía —insistió Alexandra.

—¿No lo entiendes? Es una de ellos, si no tenemos pruebas estará en la calle en un día y vendrá a por nosotras, y entonces nada la parará. Incluso puede hacerles algo a Mark y a tus hijos.

Alexandra se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el puerto.

—No sé cómo llegar hasta la isla.

—Hay un *ferry* que lleva al parque, te recogeré allí en una hora —dijo Marta.

—Está bien, pero no hagas nada hasta que llegue.

—Te esperaré —contestó Marta.

Alexandra colgó y caminó con paso acelerado hasta el puerto. Se dirigió a la taquilla y tomó a tiempo el *ferry*. No iba muy lleno, era temprano y mucha gente prefería levantarse tarde en un día de vacaciones. Mientras el barco atravesaba la bahía, Alexandra recordó haber ido con los niños unos meses antes, en verano. La isla apareció en el horizonte y ella cerró los ojos, para que la brisa del mar la relajara, pero su mente no podía dejar de pensar.



Robert subió a la superficie para despejarse un poco. Alrededor de las ruinas se extendía un bosque casi impenetrable; se sentó sobre una piedra e intentó aclarar sus ideas. Tenía la sensación de estar cometiendo una estupidez. Entendía las suspicacias de Marta, pero no era buena idea retener a una agente federal, aunque sospecharas que era una asesina. Intentó razonar: Wilda tenía la fuerza para matar, los medios y la ventaja de conocer el caso, pero el motivo era lo que le preocupaba. ¿Resentimiento hacia las mujeres con hijos? Aquello le parecía absurdo, tenía que haber algo más. Deseos reprimidos, trastornos de la personalidad, sexualidad desviada o un odio visceral, tal vez a su madre, de la que apenas les había hablado, como si no existiera para ella.

Oyó el crujido de varias hojas a su espalda y se volvió levemente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marta.

—Necesitaba respirar aire puro, el ambiente abajo está muy viciado.

—Son viejas instalaciones militares que se construyeron durante la Segunda Guerra Mundial, en aquella época había una verdadera paranoia hacia los japoneses, la gente creía que nos iban a invadir —explicó ella.

—Siempre te ha gustado la historia —dijo Robert.

—Bueno, ya te dije que trabajé aquí un tiempo.

—Me parece increíble, creía que habías venido del Salvador con tu madre, que habías vivido en muchos sitios antes de llegar a Seattle, pero pensé que siempre habías sido editora, al menos desde tu llegada aquí.

—Fueron unos pocos meses, tenía que ganar dinero, ya sabes...

—Lograste escapar de aquí, pero me parece increíble que lo recordaras todo tan bien. Pensé que el estrés de la huida te habría afectado, muchas personas no hubieran dado con esto nunca.

—Tal vez la ventaja de haber trabajado aquí antes —dijo ella.

—Pero acabas de explicarme para qué construyeron estos túneles, tú los conocías antes de tu secuestro.

—Conocía su existencia, pero nunca había estado en ellos —dijo la mujer colocándose detrás del hombre y abrazándole por la espalda.

Robert sintió un escalofrío y se separó de ella.

—¿Por qué estamos aquí, Marta? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Ya te lo he explicado, quería que Wilda confesase y pensé que aquí no nos molestarían y que este sitio la obligaría a reconocer su culpa.

—Será mejor que llamemos a la policía y les contemos todo, ellos buscaran las pruebas necesarias.

Marta le abrazó aún más fuerte.

—Sabes que siempre me he apoyado en ti, siempre me has ayudado, hasta en este momento tan difícil.

—Sí, pero no podemos...

—Por favor, deja que haga las cosas a mi manera —dijo ella levantando la cabeza.

Robert le acarició el pelo, había amado a aquella mujer como a nadie en el mundo.

—Es lo mejor —contestó el hombre tomando el teléfono.

En ese momento notó un fuerte pinchazo en el costado, bajó la mirada y vio una mancha roja en su camisa; después la miró, sorprendido.

Marta le hincó el cuchillo en otros dos sitios y después lo limpió en el pantalón.

—¿Por qué? —acertó a preguntar Robert.

—Esto no tenía que suceder, lo siento —contestó ella.

Cayó de rodillas aferrado a su cintura, levantó la cabeza y la volvió a mirar.

—Marta...

—No me llamo Marta, aunque para ti siempre tendré ese nombre.

—¿Por qué?

—A veces las respuestas son mucho más complejas que las preguntas, me temo que no podrás llevarte eso. Lo siento —dijo, empujándole a un lado.

Robert comenzó a notar que la vida se le escapaba lentamente, mientras la mujer que más había amado en su vida lo miraba impasible, con una frialdad que le rompía el corazón. La mentira es dulce al paladar cuando consigue hacerte feliz, pero antes de llegar al vientre se ha convertido en amarga como la hiel. Comenzó a escuchar los latidos de su corazón cada vez más lento, su vista se nubló y un frío le invadió de repente, como si en su regreso al polvo experimentara de nuevo el nacimiento, cuando dejando el seno materno el bebé se enfrenta a un mundo frío y desconocido. Comenzó a tiritar y notó que unas lágrimas recorrían sus mejillas; aquel último llanto, silencioso y casi mudo, nada tenía que ver con el lloro de un niño recién nacido. Entre ambos el intervalo de una vida que siempre es demasiado corta, demasiado rápida e inconsciente, demasiado improvisada y solitaria. Cerró los ojos en un último esfuerzo de retener la poca vida que se desbordaba por sus heridas, entonces vio una luz lejana, oyó el murmullo de una música y expiró.

## CAPÍTULO 27

George se levantó de la cama confuso. Llevaba más de una semana durmiendo a trompicones, fuera de horas y muy estresado. No era consciente de hasta qué punto le había trastornado aquel caso. No solo por el despliegue mediático y la presión política, lo que realmente le preocupaba eran todas las familias destrozadas y la sensación de indefensión en la que se encontraban millones de personas. Se sentó unos segundos en el borde de la cama para despejarse un poco y se dirigió al baño. Se miró frente al espejo y se sorprendió de lo avejentado que se veía. Ojeras profundas, arrugas en la comisura de los ojos y alrededor de sus labios gruesos, canas en las sienes y una piel pálida y algo cetrina. Pensó en María Antonieta, la mujer de Luis XIV, cuyo pelo se puso totalmente blanco en una sola noche, y se dio cuenta de que el estrés podía terminar con la vida de cualquiera.

Normalmente era un tipo tranquilo y sosegado que caminaba despacio y se tomaba su tiempo antes de hacer cualquier cosa; eran las reminiscencias de la cultura mexicana de sus antepasados, pues la vida en los Estados Unidos era algo muy diferente. Se preparó un desayuno saludable y se sentó en una de las banquetas de la cocina; la casa estaba vacía, los niños y su mujer estaban fuera. Tuvo la intención de encender el televisor, pero se contuvo, no quería oír nada más sobre el Asesino de las Damas, ese era su momento y nada podía robárselo.

Mientras saboreaba el desayuno su mente comenzó a divagar de nuevo, repasando cada prueba sin poder evitarlo. Al final tomó su *tablet* y comenzó a repasar todo lo que tenía. Tras unos minutos y dos cafés, cerró la pantalla algo frustrado. Seguía sin entender del todo el motivo por el que el asesino elegía a sus víctimas. Sabía que no eran elecciones al azar, más bien estudiaba a las futuras víctimas y se preocupaba por atraparlas muchas veces vivas, aunque la caza en la que se veía envuelto le había obligado a cambiar su forma de operar y asesinaba a algunas mujeres en el acto. Aun así, mantenía un plan establecido y por lo que tenía que ver con el patrón de asesinatos, únicamente le quedaban tres actos violentos más. No precisamente tres víctimas, pero sí tres actuaciones antes de cerrar el telón.

Aquella mañana quería pasarse por la oficina del periódico de Larry Brennan con la esperanza de encontrar alguna prueba, después interrogaría a la madre adoptiva de Rose, la hija de Alexandra, y ordenaría que acordonasen el zoo de la ciudad; el próximo crimen podía ser por medio de un oso o un ahogamiento. Era difícil vigilar cada lago, golfo y bahía alrededor de Seattle. La ciudad parecía literalmente construida sobre las aguas, la única forma de evitar un nuevo crimen era atrapando al asesino.

George se vistió con pulcritud, le gustaba la ropa de marca y siempre iba hecho un pincel, después tomó su placa y arma y llamó a Wilda. Esperaba que su compañera hubiera podido descansar un poco; a pesar de su antipatía hacia ella y de su actitud, no podía negar que era una buena agente. Nadie contestó al teléfono a pesar de insistir tres veces. Llamó a su casa, pero le saltó el contestador.

«¿Dónde diablos estás?», se preguntó mientras llamaba a la oficina. Después del depósito Wilda había llevado a Marta para interrogarla y ponerle protección oficial, pero uno de los agentes le informó de que Wilda no había aparecido por allí.

Todo aquello le parecía muy sospechoso y comenzó a preocuparse de verdad. ¿Podía el asesino haber secuestrado a las dos mujeres?

Marta había logrado escapar del asesino, pero nadie le había tomado declaración o interrogado, ya que hasta aquella noche no sabían que se encontraba con vida.

—Espero que esa estúpida no haya acompañado ella sola a Marta a la guarida del asesino —dijo en voz alta mientras se dirigía al garaje. Tomó el coche y salió a la calle, tenía que encontrar más pistas. Su primera visita sería a la redacción del periódico; a veces los periodistas saben más de lo que muestran.



Alexandra contempló la isla a medida que se acercaban; el sol ya iluminaba las copas de los árboles. Sintió algo de angustia al pisar el suelo del embarcadero, como si aquel lugar le trajera malos augurios.

—Tranquilízate —dijo en voz alta mientras caminaba por la plataforma de madera.

Los visitantes se agolpaban en el fondo mientras los guías los dividían por grupos; miró a la gente, pero no parecía haber ni rastro de Marta.

—Alexandra —oyó a su derecha, se dio la vuelta y vio a su amiga salir de entre los árboles. Tenía el rostro marcado por las ojeras y se la veía algo apagada, pero por lo demás parecía encontrarse en buen estado.

—Me sorprendió tu llamada. ¿Dónde está Robert?

—Ha tenido que regresar a Seattle. Wilda se niega a hablar y no deja de decir que tú eres la asesina —explicó Marta.

Las dos caminaron hacia un sendero y se perdieron entre la floresta. Marta parecía conocer perfectamente el camino, como si llevara toda la vida recorriéndolo.

—¿Realmente crees que fue ella? —preguntó Alexandra, que no terminaba de creer en la culpabilidad de su amiga.

—¿Quién pudo ser si no? Todas nuestras compañeras están muertas, a mí me secuestró y tú...

—¿Por qué piensas que no soy yo? Hay varios indicios que me señalan.

Marta se paró y puso la mano en el hombro de su amiga.

—Alexandra, no pienso que seas perfecta, pero sin duda no eres una asesina. Un criminal domina el uso de armas de fuego y puñales, técnicas de comando y evasión; tú eres una doctora que cuida a sus niños en casa —dijo Marta con una sonrisa.

—Todos los psicópatas parecen normales, incluso más integrados que la mayoría. Puede que durante todo este tiempo haya estado interpretando un papel, pero que en realidad tenga otra personalidad —comentó Alexandra, que intentaba en el fondo convencerse de que no era así.

—Saldremos de dudas en un momento, creo que entre las dos podremos sacar la verdad a Wilda. Imagino que una noche en un calabozo la habrá ablandado un poco; además, una de las grandes debilidades de este tipo de asesinos es el ego. Si somos capaces de llegar hasta él, sin duda Wilda confesará.

Después de casi media hora de senderos, que a veces parecían casi desaparecer por completo, llegaron a un pequeño claro con un edificio derruido.

—¿Fue aquí donde te trajo? —preguntó Alexandra.

—Sí, justo aquí.

—No sé cómo te aclaras en un bosque como este.

—Es una isla, Alexandra, no tiene demasiada dificultad, ya sabes que me gusta caminar por el bosque y hacer acampada —comentó Marta.

Alexandra se extrañó, nunca había oído que su amiga se hubiera ido de acampada; más bien la tenía por una urbanita, amante de las ciudades, de sus restaurantes y librerías.

Entraron en el edificio y bajaron por unas escaleras al sótano. En cuanto llegaron, Alexandra notó un intenso olor a humedad.

—¿Esto comunica con el mar? —preguntó.

—No he recorrido todos los túneles, pero imagino que sí —contestó Marta.

Esta caminaba delante, ya que la estrechez no permitía que las dos pudieran hacerlo juntas. Alexandra miró el teléfono, casi no tenía cobertura. Decidió mandar un mensaje breve a su esposo con el nombre de la isla. Wilda no dejaba de ser una agente de FBI, uno de los cuerpos mejor formados del mundo, ¿qué podrían hacer contra ella si lograba librarse de sus ligaduras?

Llegaron a una nueva puerta y un pasillo más corto. A cada lado había habitaciones con camastros, todas las puertas estaban abiertas menos una.

—Está dentro —comentó Marta señalando la puerta.

Alexandra sintió un escalofrío que le recorría toda la espalda.

—¿Estás segura de que podemos hacer esto? Pienso que es mejor llamar a la policía.

—Nos crucificarán. Tenemos retenida a una agente federal sin pruebas concluyentes —dijo Marta.

—Puede que no haya sido ella. ¿Por qué querría hacernos una cosa así?

—¿Tú entiendes una mente enferma? No, son un misterio hasta para la ciencia. La psicopatía no es una enfermedad, no tiene tratamiento, en el fondo es el mal en

estado puro. Intentará convencernos de que es inocente, pero no podemos ceder. ¿Me prometes que no cederás? —preguntó a su amiga apoyando ambas manos en sus hombros.

—No podemos hacerlo, la vida de otras personas depende de ello —dijo Alexandra.

Abrieron la puerta y contemplaron a Wilda, tumbada sobre el camastro con las manos atadas a la espalda y amordazada.

Al oír la puerta, Wilda se incorporó y miró a sus dos amigas. Comenzó a hablar, pero la mordaza impedía que entendieran nada.

—Un momento —dijo Marta, se acercó a ella y le quitó el pañuelo.

—¿Os habéis vuelto locas? —preguntó Wilda furiosa.

—No, Wilda, simplemente nos estamos asegurando —contestó Marta.

—¿Asegurando? Por Dios, yo no soy una asesina, me conocéis perfectamente.

—Sí, pero también conocemos a Alexandra y eso no te ha impedido sospechar de ella —dijo Marta.

—Simplemente era una hipótesis, nunca creí realmente en su culpabilidad —dijo Wilda.

—Eso lo dices ahora que estás atada y ya no puedes engañarnos más. Queremos que nos cuentes por qué has hecho todo esto —dijo Marta mientras discretamente conectaba una grabadora en su bolsillo.

—¿Hacer el qué? ¿Intentar ponerlos a salvo? ¿Buscar a ese maldito asesino como una loca?

—Por favor, será más fácil para todas si nos dices la verdad —dijo Alexandra, hablando por primera vez.

—¿Tú también crees que soy culpable? Marta vino a mi casa diciéndome que te había visto y que creía que la seguías. Me sorprendió que estuviera libre, pensaba que el asesino la había secuestrado. Si hubiera sido la asesina, ¿qué mejor oportunidad que matarla en mi propia casa? —preguntó la agente.

—No podías matarme, sigues con ese maldito plan de *Los diez negritos*, una especie de paranoia irracional —la acusó Marta.

—No tengo nada que ver con los asesinatos. Por favor, soltadme, no diré nada al FBI, sé que estáis bajo un estrés muy intenso, simplemente pensasteis que esto era una buena idea, pero os aseguro que no lo es. Mientras me tenéis retenida, ese tipo sigue matando a gente inocente.

—¿Por qué nos involucraste en este asunto? Los primeros crímenes parecían una simple excusa, para que cayéramos en tus redes. Después vino el misterioso mensaje, y nos pediste que mintiéramos a la policía. ¿Qué clase de agente del FBI eres? —preguntó Marta algo enfadada.

Wilda la miró directamente a los ojos.

—No me he dado cuenta durante todo este tiempo. Debí investigar tu pasado. Marta Sánchez, hija de inmigrante salvadoreña, amante de los libros y especialista en

temas digitales. ¿No tienes tú más relación con el perfil del asesino que yo?

—Ya te dije que intentaría algún truco —comentó Wilda a Alexandra.

—¿Truco? Piénsalo bien, Alexandra. Marta es la que menos tiempo lleva en el grupo, apareció de repente, es más joven que todas nosotras...

—Es editora, es normal que le guste la literatura —dijo Alexandra.

—Sí, pero reunirse con un grupo de mujeres de mediana edad todos los martes... La gente de su edad tiene mejores maneras de pasar el tiempo —dijo la agente.

—¿Cuántos años crees que tengo? Puede que haya una pequeña diferencia de edad, pero eso no es lo importante. No sé manejar armas, ni tampoco todas esas técnicas que ha empleado el asesino. Además, ¿acaso no fui una víctima más?

Se hizo un incómodo silencio. Marta miró a Alexandra para intentar discernir su reacción, pero su cara parecía inexpresiva.

—Pero tú eres la experta en literatura. Crímenes basados en el famoso libro de Agatha Christie, tu prepotencia intelectual te ha delatado. ¿Cómo conocías este sitio? La otra testigo apenas recordaba nada. El estrés postraumático anula la mente, pero tú conocías los túneles y cada palmo de la isla —dijo Wilda.

—Trabajé aquí al llegar a la ciudad —se defendió Marta.

—Sí. Trabajaste aquí, eres tú la que conoces la isla, la que sabía de la existencia de estos túneles. ¿Qué sabemos de tu desaparición? Nada, fue justo después del entierro, pudiste escabullirte sin dejar rastro. De esa manera las sospechas dejaban de apuntar hacia ti y lo hacían hacia ella —siguió Wilda.

—Yo no he acusado a Alexandra, lo hizo el FBI.

—Sí, pero tú conocías su pasado psiquiátrico, sabías que sería la principal sospechosa. En algún momento debiste de pensar que podría descubrirte y por eso has montado todo esto —dijo Wilda.

Alexandra comenzó a sentir un fuerte dolor de cabeza, no podía pensar con claridad. En su mente se peleaban dos ideas, no estaba segura de lo que estaba pasando, pero era consciente de que su amiga Wilda esgrimía ideas muy razonables. Se volvió y miró a Marta, pero lo hizo como nunca lo había hecho antes. Su pelo negro y rizado, sus ojos marrones, su rostro ovalado; intentó aislar algunos de los rasgos y se sorprendió de ver cierto parecido con ella misma.

—¿Eres tú?

—¿Qué te pasa, Alexandra? —preguntó extrañada Marta.

—¿Eres Rose? Eres mi hija Rose... —dijo muy despacio, como si las palabras se desprendieran de su boca.

—¿Te has vuelto loca?

—Lo siento, Rose. Era muy joven, me obligaron, nunca quise que te separaran de mí, por un tiempo mi mente simplemente te apartó. No tienes que seguir con todo esto. Si quieres que alguien pague, mátame a mí, pero deja libre a Wilda.

—Te está manipulando —le dijo Marta a esta, mientras Alexandra se aproximaba a ella.

—No, puedo verte debajo de ese disfraz, ¿cómo no me he dado cuenta antes?

—¿Es tu hija? —preguntó Wilda sorprendida.

—No te dejes embaucar por ella. ¿Qué sabemos de la agente Wilda Johnson? No tiene familia cercana, ni pareja, tampoco amigos, es un ave de rapiña solitaria. Una asesina en serie que está resentida con las mujeres verdaderamente felices —dijo Marta.

—Estuve en St. Patrick, vi todo aquello. Lo siento, Rose, no debías estar allí. No puedo imaginar por todo lo que has pasado.

—Soy Marta Sánchez, no soy Rose. No sé de qué hablas. Estás desvariando.

—No estoy desvariando. Las dos sabemos la verdad. Aquel hombre me violó, yo era una cría. Mi madre hizo todo, yo no me enteré de nada hasta el final —dijo intentando abrazarla, pero la mujer sacó un spray del bolsillo y le roció la cara. Alexandra abrió mucho los ojos y sintió que la estancia daba vueltas, se desplomó en el suelo y todo se convirtió en oscuridad.

## CAPÍTULO 28

Mark vio el mensaje y se quedó extrañado. ¿Qué hacía Alexandra en la marina del parque Blake Island? El hombre caminó inquieto por la casa y terminó por llamar a la agente Wilda. Lo intentó tres veces seguidas, pero nadie contestó; lo único que oía era el silbido del contestador y el silencio metálico del teléfono. Al final le dejó un mensaje, pero continuó preocupado. Se sentó frente al ordenador y buscó algo de información acerca de la isla. Esta había estado ocupada por la tribu suquamish, donde nació el jefe Sealth que más tarde daría nombre a la ciudad. En cierto sentido la isla era el corazón y origen de Seattle. En el siglo XIX el ejército de los Estados Unidos la ocupó para evitar que se convirtiese en un puerto del contrabando del golfo. En 1917 el multimillonario William Pitt Trimble la compró y se construyó allí una mansión. Una serie de desgracias obligó a la familia a vender la isla en 1936 a un grupo financiero y durante la Segunda Guerra Mundial el ejército construyó una pequeña base para una unidad de artillería, pero se produjo un incendio que calcinó la mansión Trimble. La isla quedó abandonada hasta que en 1959 se convirtió en parque estatal. Mark había estado allí un par de veces, era un sitio rodeado de bosques y un campamento en el que se enseñaba a los turistas la forma en la que vivían antiguamente los indios. ¿Qué podía estar haciendo allí Alexandra? No era un buen sitio para esconderse y no tenía escapatoria en el caso de que alguien te persiguiera.

Llamó de nuevo a Wilda, pero de nuevo contestó. Decidió intentarlo con la oficina del FBI, pero el otro agente del caso tampoco estaba localizable; les dejó el recado e intentó pensar en otra cosa. Era sábado y tenía que llevar a los chicos a hacer algo de deporte. Llevaban varios días encerrados en aquella casa y todos estaban demasiados nerviosos.



George examinó el ordenador de Larry Brennan y no tardó mucho tiempo en encontrar una carpeta llamada «Asesino de las Damas». También descubrió varios correos electrónicos del presunto homicida. Al parecer, como habían supuesto, el asesino se consideraba una especie de justiciero, veía a todas sus víctimas como culpables de crímenes por los que no habían llegado a pagar. Este comportamiento era normal en muchos psicópatas, en especial en los que se sentían con el deber de cumplir alguna especie de misión salvífica. Solían ser psicópatas provenientes de familias religiosas y estrictas, también se daba en casos de quienes habían sido sometidos a una fuerte presión religiosa en un colegio o comunidad.

El último correo del asesino no podía ser más aleccionador y, por lo que George ya sabía, hacía referencia al orfanato de St. Patrick. ¿Qué podía relacionar a todas aquellas mujeres con el orfanato? Lo único que se le ocurría era que todas hubieran dejado a sus hijos en el centro, que hubieran sido madres solteras, la mayoría de ellas adolescentes, que habían dado a sus hijos en adopción. El asesino consideraba aquel acto como deplorable y sus víctimas tenía que pagar.

George se recostó sobre la silla y se quedó un par de minutos intentando pensar, después guardó la información más relevante en un *pendrive* y se dirigió a la casa de los King, los padres adoptivos de la hija de Alexandra Byrne.

Mientras conducía por las calles del centro pensó en la principal sospechosa, y no le pareció lógico que ella fuera la asesina. Había dado a su hija en adopción siendo una cría, y aunque fuera cierto que su secuestro, embarazo y posterior abandono de su bebé la habían trastornado, Alexandra no encajaba en el perfil del asesino.

Llegó a la residencia de los King bastante temprano, llamó a la puerta y esperó. Una anciana le abrió con cierto temor, dejando apenas una pequeña rendija en la puerta.

—¿Es usted la señora King?

—Sí, ¿qué desea?

—Soy el agente del FBI George Costa, quería hacerle unas preguntas sobre su hija adoptiva Rose.

—¿Otra vez? —preguntó la mujer.

—¿Alguien más ha estado preguntando por Rose?

—Sí, un periodista.

—¿Puedo entrar?

La mujer abrió la puerta de mala gana, prefería no remover el pasado. Llevaba algunos años totalmente sola, cercada por los recuerdos y preguntándose qué había hecho mal como madre. No necesitaba que nadie más le restregara por la cara todos sus errores.

—Por favor, siéntese —dijo la mujer.

—¿Sabe dónde está su hija Rose?

—Como ya le contesté al periodista, tras alistarse en el ejército para completar sus estudios universitarios, porque nosotros no podíamos permitirnos pagarle una carrera, fue destinada a Irak, de donde regresó muy afectada. Después desapareció y terminó en un centro psiquiátrico del ejército. No he vuelto a saber nada de ella —explicó la mujer con cierta premura, como si deseara terminar rápidamente con aquella conversación.

—Entiendo. ¿Sabe qué le diagnosticaron?

—Algo llamado estrés postraumático, fatiga de guerra. No entiendo muy bien ese tipo de lenguaje médico —dijo con el ceño fruncido.

—¿Mientras estaba en su casa tuvo algún comportamiento violento?

La mujer se pensó bien la respuesta, no tanto porque buscara las palabras justas, como por intentar recordar el pasado, que había decidido enterrar debajo de grandes capas de indiferencia.

—La adoptamos con cierta edad, nueve años creo que tenía. Aquella institución católica era muy estricta y años más tarde saltó un escándalo de abusos. Nunca supimos si Rose los sufrió, pero no era una niña totalmente normal. Retraída, solitaria, pasaba mucho tiempo en su habitación leyendo. Siempre soñó con ser escritora, pero la realidad para una familia de clase obrera en este país ya sabe cuáles es. No podíamos permitirnos que fuera a la universidad. Nunca participó en actos violentos, pero parecía muy fría y calculadora. No expresaba sentimientos en público, aunque a veces la oía llorar en su cuarto. Cuando le explicamos que era adoptada no pareció darle importancia. Yo creo que se acordaba de su etapa en el orfanato.

—Entiendo. ¿Cree que el ejército tendrá su dirección actual? —preguntó el agente.

—Es probable, pero no lo sé.

—¿Por qué piensa que dejó de verles?

—Bueno, mi marido murió hace unos años. Ella estaba más unida a él. Rose mantenía cierto recelo hacia el sexo femenino, creo que yo era la única mujer a la que toleraba —dijo la señora muy seria, como si aquella relación fría y distante con su hija aún le afectase.

—¿Tiene alguna foto reciente de ella? —preguntó el agente.

—La última que se hizo en el ejército.

La mujer fue hasta una estantería, tomó el marco y le entregó la foto. George miró detenidamente la imagen, después se la acercó a los ojos, como si intentara verificar algo, pero no dijo nada. Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—No quiero molestarla más. Muchas gracias por su colaboración. Ha sido de gran ayuda.

—Siento no poder hacer más por usted —comentó la mujer cuando llegaron a la puerta.

—Ha hecho mucho, se lo aseguro.

—¿Rose se ha metido en problemas? —preguntó con el rostro fatigado, como si ya no fuera capaz de soportar más malas noticias.

—Bueno, no puedo engañarla. Su hija está metida en un buen lío, pero espero resolverlo lo antes posible; no quiero que nadie más resulte herido o... —titubeó antes de terminar la frase y terminó por callarse.

—Entiendo —dijo la mujer como si intuyera que las visitas de los últimos días y el repentino interés por su hija adoptiva tenía alguna relación con la ola de asesinatos que se había desatado en la ciudad. No estaba segura de que Rose pudiera hacer algo así, pero sabía que desde hacía tiempo no se encontraba en sus cabales. Posiblemente nunca lo había estado del todo.

—Adiós, señora King.

La mujer le miró con los ojos llorosos y él tuvo el deseo de que supiera que todo lo sucedido no tenía nada que ver con ella. Rose había tomado sus propias decisiones y estas la habían llevado a convertirse en una asesina, pero supo que era inútil: todos los padres se sienten culpables en parte de las decisiones de sus hijos.

En cuanto dejó la casa y comenzó a descender por la escalera llamó a la oficina. Dio la descripción de la sospechosa, mandó una foto del retrato y pidió que se hiciera un barrido por toda la ciudad.

—Rose King es Marta Sánchez. La sospechosa de los asesinatos de varias mujeres en Seattle, más conocida como el Asesino de las Damas, es Marta Sánchez —dijo a su compañera en la oficina.

—George, ha llamado el esposo de Alexandra Byrne. Nos ha informado de que su esposa está en el parque Blake Island. Al parecer le mandó un mensaje hace un par de horas, estamos rastreando el teléfono.

—¡Joder! ¿Por qué no me habéis avisado antes? Me dirijo allí de inmediato —comentó George.

—Espera refuerzos —le advirtió la mujer.

—Sí, pero me voy ahora mismo a la isla.

George tomó el coche y en pocos minutos estaba en el puerto deportivo. Se dirigió al embarcadero y requisó una lancha rápida. Mientras se dirigía a toda velocidad a la isla entendió que por fin la última pieza del puzle parecía encajar a la perfección. Marta Sánchez, o mejor dicho Rose King, se estaba vengando de su madre biológica y, en cierto sentido, de todas las que habían hecho lo mismo que ella. Para aquella psicópata, sus víctimas habían cometido un pecado imperdonable y debían pagar por él.



Alexandra se despertó atada de pies y manos a una especie de silla de ruedas. Enfrente tenía unas escaleras que se perdían en una entrada de agua de mar. Oyó pasos y vio a Marta entrar con Wilda. La apuntaba con una pistola y la empujaba para que avanzase más rápido. La puso a la altura del primer escalón de cara a ellas dos y le dijo:

—¿Conoces los últimos versos de la canción infantil «Los diez negritos»?

Wilda no se inmutó, siguió mirándola desafiante.

—No te preocupes, yo te los diré:

Cuatro negritos fueron al mar;  
un arenque rojo se tragó a uno y quedaron tres.  
Tres negritos pasearon por el zoo;  
un gran oso atacó a uno y quedaron dos.  
Dos negritos se sentaron al sol;  
uno de ellos se tostó y solo quedó uno.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Wilda, que no parecía tenerle miedo.

—¿Loca? Puede que esté loca. Pasé nueve años en el infierno, aquel orfanato era horrible. Me violaron, me castigaban constantemente, todo lo que hacía estaba mal, era una basura que no importaba ni a su madre. ¿Sabes lo que es no sentirse amada? Para la mayoría de la gente todas nosotras éramos escoria. Una noche, mientras dormían las monjas, nos reunimos doce chicas, y prometimos que si una lograba salir de allí nos vengaríamos de nuestras madres. Tenían que pagar por lo que nos habían hecho. La familia King me adoptó y fui relativamente feliz, hasta me olvidé de aquella promesa. Intenté rehacer mi vida, pero tuve que ingresar en el ejército. En el entrenamiento de los marines sentí lo mismo que en el orfanato, que no valía para nada, pero además me enseñaron cómo convertirme en una máquina de matar. Después me destinaron a Irak, y no podéis imaginar lo que vi allí. Cuerpos mutilados, niños reventados por bombas, violaciones y todo tipo de crueldades. Mi mente no pudo soportarlo, reviví los años en el orfanato. Regresé a casa y me ingresaron, pero logré escapar. Cambié mi identidad y comencé a escribir con seudónimo de hombre para algunas plataformas digitales, tuve un gran éxito y me convertí de la noche a la mañana en una mujer bastante rica.

—Entonces, ese famoso escritor Michel Smith... —dijo Wilda.

—Era yo, hice un curso para convertirme en editora y, bromas del destino, me contraté a mí misma. Dedicué el resto del tiempo a buscaros, tenía que dar con cada una de vosotras. El Club de Lectura de Alexandra fue de gran ayuda. Me puse lentillas oscuras, me teñí de morena y recé para que no me reconociese.

—Nos has engañado durante todo este tiempo, pero esto puede parar. ¿Qué consigues matándonos a todas?

—Será mejor que me respondas tú primero. Tu hijo no fue a St. Patrick, pero fue a otro orfanato en el este. ¿Realmente te sientes orgullosa de lo que hiciste? ¿Has pensado muchas veces en él?

Wilda se quedó callada. Nunca había hablado de ese tema con nadie. Tras la muerte de su padre pasó una mala temporada. Rebelde, furiosa y estúpida. Su novio adolescente la dejó embarazada y ella dio al bebé en adopción.

—Siempre pienso en él. De hecho, por eso nunca he logrado tener una relación duradera. Me siento culpable —dijo.

—No te preocupes, quiero liberaros de vuestra carga.

—Rose, hija... —dijo Alexandra a su espalda.

La mujer se volvió furiosa.

—¿Por qué me llamas «hija»? ¿Qué derecho tienes? Eres una puta, una mentirosa, fingiendo ser una buena madre y esposa, pero yo te conozco de verdad. En el fondo soy como tú. Mi padre era un psicópata y tú, una sociópata. Una pareja formidable. ¿Qué esperabas que fuera yo? Aunque ni siquiera te acordabas de mí, decidiste borrar me de tu mente —dijo Marta con una rabia que parecía escaparse de sus ojos por primera vez verdosos.

Alexandra vio sus rasgos en el rostro de la mujer. En cierto sentido Marta era igual que ella. Estaba perdida y dañada por un mundo que no era perfecto.

—Lo siento, no quise hacerte daño. Si quieres matarme, hazlo, pero no le hagas daño a Wilda. Ella no tiene culpa de nada.

—Ella es como tú, una zorra egoísta. Ahora las dos vais a pagar.

La mujer apuntó de nuevo a Wilda y le ordenó que comenzara a retroceder.

—Puedes meterte en el agua y cruzar el túnel a nado. Hay algo más de un kilómetro hasta salir a la bahía, así que no llegarás viva. Si lo prefieres puedo pegarte un tiro en el agua. No te devorará un arenque gigante, pero siempre hay que improvisar. Gracias a todas vosotras estoy escribiendo mi mejor novela de misterio. ¿No piensas lo mismo, Alexandra?

—Rose, por favor...

Se volvió furiosa y tiró del pelo a Alexandra, la apuntó con la pistola debajo de la barbilla y comenzó a gritarle:

—No me llames con ese nombre, hace mucho tiempo que perdiste el derecho a hacerlo. Después terminaré contigo, ¿sabes cómo lo haré? Te prenderé fuego en esa maldita silla, serás como una jodida antorcha. ¿Qué te parece, mamá?

Wilda aprovechó el descuido de Marta. Se lanzó sobre ella y forcejearon. Alexandra intentó liberarse de la cinta americana frotando sus manos contra la silla.

Wilda logró que Marta soltara el arma y las dos cayeron al agua. Mientras peleaban en las escaleras, Alexandra consiguió liberar una mano y comenzó a desatarse la otra.

Marta se puso sobre Wilda y comenzó a asfixiarla. Alexandra se desató los pies y la apuntó.

—¡Déjala! —gritó.

—¿Vas a matarme, mamá? ¿Será ese tu último acto maternal? —le preguntó mirándola a los ojos mientras ahogaba a Wilda.

—¡Suéltala! —gritó de nuevo, pero Marta siguió ahogando a la agente.

Alexandra estaba paralizada. Era su hija, no podía disparar, pero al final cerró los ojos y apretó el gatillo. Oyó el estallido de la bala y, cuando volvió a abrirlos, contempló el brazo herido de Marta y cómo la miraba aturdida.

—Por favor, suéltala —suplicó de nuevo.

Marta se volvió hacia ella. Wilda flotaba en el agua, inerte. Alexandra volvió a apuntar, pero no tenía fuerzas para disparar de nuevo. Entonces se oyeron disparos a su espalda, Marta se lanzó al agua y se sumergió.

George llegó hasta las mujeres, corrió hasta Wilda, le dio la vuelta y la sacó del agua. La puso en el primer escalón y comprobó sus constantes vitales.

—¿Está bien? —preguntó Alexandra aún con la pistola en las manos.

El hombre negó con la cabeza y ella soltó el arma al suelo; el sonido hizo eco en el túnel, como si hubiera caído un rayo en mitad de un bosque solitario.

—¿Está bien? —le preguntó el agente.

Alexandra comenzó a llorar doblándose hacia delante, como si alguien la hubiera golpeado en el vientre. Todo había pasado, pero sabía que ya nada volvería a ser igual.

## CAPÍTULO 29

Una hora más tarde, la isla estaba repleta de servicios de emergencia, lanchas ambulancia, la policía de Seattle y buzos buscando el cuerpo de Marta Sánchez, el *alter ego* de Rose King, la hija de Alexandra. Los especialistas no creían que, herida de un brazo y sangrando, hubiera logrado nadar hasta la bahía por aquel estrecho túnel. Pero al no encontrar el cuerpo, la búsqueda se prolongaría al menos veinticuatro horas. Las corrientes del golfo eran peligrosas, a veces podían arrastrar un cuerpo durante kilómetros y dejarlo en un lugar apartado. Las lanchas deberían registrar la zona durante semanas antes de encontrar el cadáver.

George buscó a Alexandra entre el grupo de enfermeros y miembros de protección civil, y la halló acurrucada con una manta térmica. Tenía la mirada perdida y una expresión triste, era la última superviviente del grupo y se había llevado la peor parte en todo aquel asunto.

—¿Cómo está?

La mujer levantó la mirada, como si no entendiera del todo la pregunta.

—Lamento mucho lo ocurrido, todo esto ha sido terrible —dijo el hombre intentando amortiguar el golpe que había sufrido Alexandra, pero en el fondo entendía su desolación. Había perdido en menos de una semana a algunas de sus mejores amigas, además había descubierto a una hija que la odiaba e intentaba asesinarla y la había perdido en aquel vasto golfo.

La mujer agachó la cabeza y George se dirigió a uno de los policías.

—Por favor, quiero que la lleven a casa, creo que ya ha sufrido bastante.

Una hora más tarde, Alexandra estaba en su hogar. Mark la esperaba en el umbral de la puerta con sus cuatro hijos. Los mayores se lanzaron a su regazo en cuanto la vieron, Mark esperó un instante con Betty en brazos, después la abrazó y los dos se echaron a llorar.

—Me alegro de que estés bien. Estaba completamente desesperado.

La mujer lo miró con los ojos humedecidos y le acarició la cara, pero no abrió la boca. Entraron a la casa; Anna los esperaba en el recibidor, había preferido quedarse en un segundo plano y escabullirse lo antes posible, pero Alexandra fue hasta ella y la abrazó. La mujer se quedó inmóvil, con los brazos caídos, sin saber cómo reaccionar; al final la estrechó entre sus brazos y las dos comenzaron a llorar.

—¡Hija, lo siento tanto! —dijo la mujer desde lo más profundo de su corazón. Le destrozaba por dentro verla sufrir, sentir que estaría marcada para siempre; le habían robado parte de su juventud y ahora había perdido además a su primera hija.

—Lamento lo que ha sucedido todos estos años. Creo que he sido injusta contigo.

—No pienses en eso ahora —dijo Anna—, lo importante es que estás viva y podrás cuidar de tu familia.

Dejaron que se duchara y descansara un poco. En cuanto posó su cabeza sobre la almohada se quedó profundamente dormida.

Se despertó al filo de la medianoche. Todos dormían menos Mark; se acurrucó junto a él y se quedó callada, escuchando su respiración.

—Será un camino lento, pero saldremos de esta —dijo su marido.

—Lo sé, simplemente necesito un poco de tiempo.

—No quiero preguntarte nada de lo sucedido, imagino que hablarás de ello cuando puedas y si quieres. Lo único que quiero decirte es que te amo profundamente, que no podría vivir sin ti, que los niños te adoran y les haces muy felices. Eres una buena madre y una buena esposa, en el fondo todo se reduce a que eres una buena persona. Gracias por compartir tu vida conmigo.

—Si volviera a tener mil vidas, las querría disfrutar contigo —contestó ella tocándole la cara.

Permanecieron un rato en silencio hasta que Mark comenzó a cabecear. Se fueron al dormitorio, pero Mark la dejó sola en la cama aquella noche para que recuperase fuerzas.

Alexandra se quitó la bata y se acurrucó en el edredón. Llevaba mucho tiempo sin dormir toda la noche en una buena cama. Unos minutos más tarde ya estaba soñando, aunque casi de inmediato sus sueños se tornaron en pesadillas. Se despertó sobresaltada y se fue a la cocina para beber algo de agua.

Caminó a oscuras y tomó un vaso, después abrió el grifo y apenas había comenzado a caer el agua cuando oyó una voz a su espalda.

—Hola, mamá —dijo Marta en medio de las sombras.

Alexandra se volvió lentamente, como si temiera descubrir qué se ocultaba en la oscuridad.

—¿Pensabas que había muerto? Aún tengo una misión que cumplir, si no termino con esto mi vida no habrá tenido sentido.

—Rose, por favor, no quiero que sufras más —dijo Alexandra extendiendo los brazos.

—¿Sufrir? ¿Qué sabes tú del sufrimiento?

—Todo puede cambiar, las cosas que han pasado no han sido culpa tuya...

—Esa es la única verdad que has dicho —dijo Marta.

—Podremos ser una familia...

—Yo ya tuve una familia —le interrumpió.

—Ya lo sé, pero...

—Esa familia me amó y cuidó, no necesito otra. No estoy buscando a mi madre, todo esto lo he hecho para vengar a mis amigas, a todas esas niñas abandonadas en St. Patrick que todo el mundo consideraba escoria. Nos dejasteis encerradas allí y

continuasteis con vuestras vidas; pensasteis que el pasado y vuestros pecados no os alcanzarían, pero sí lo han hecho.

Marta salió de las sombras, llevando un cuchillo pequeño de forma curva en la mano derecha. Su ropa estaba rasgada y manchada de sangre.

—Únicamente quedamos nosotras dos, después todo esto acabará, pero, si te resistes, tendrán que morir todos. ¿Quieres que degüelle a toda tu familia? ¿No? Pues estate quieta.

Marta se aproximó a la mujer, Alexandra permaneció delante del fregadero, inmóvil, esperando su final. Era incapaz de enfrentarse a su hija, y no solo por su familia: no se veía con fuerzas de hacer más daño a Rose. En cierto modo se sentía culpable, creía que merecía la muerte. Por su culpa habían sufrido muchas personas.

Marta levantó el cuchillo, pero antes de que pudiera posarlo sobre la garganta de Alexandra, alguien entró en la cocina.

—Rose —dijo la mujer, como si la conociese de toda la vida.

Anna se aproximó a su nieta, que la miró sorprendida.

—Será mejor que termines con todo esto. A veces nuestras almas necesitan descansar, la tuya ha estado mucho tiempo atormentada.

—¿Eres mi abuela? Tú la obligaste a darme en adopción, mereces morir tanto o más que ella.

—Pues entonces déjala, que ella no pague lo que es únicamente culpa mía —dijo Anna acercándose aún más.

Alexandra intentó interponerse, pero Anna sacó un arma y apuntó a Marta.

—No lo hagas —le suplicó Alexandra.

Anna intentó esquivar a su hija, pero al final disparó y Marta se apartó a un lado. Alexandra cayó al suelo ante la mirada horrorizada de su madre. Marta sonrió satisfecha, al final su abuela había hecho el trabajo sucio. Tiró el cuchillo y salió por la puerta de atrás.

Anna se lanzó al suelo para intentar reanimar a Alexandra; la herida estaba cerca del estómago, sangraba mucho y enseguida perdió el conocimiento.

Mark se despertó con el impacto de bala y corrió hacia la cocina. Vio la pistola en el suelo, a Anna con su hija en el regazo y una mancha de sangre negra.

—¡Llama a emergencias! —gritó su suegra desesperada.

Mark tomó el teléfono de la cocina y llamó para que enviaran una unidad móvil. Después se lanzó al suelo y tocó la cara fría de su mujer, mientras miraba desesperado al techo de la cocina.



George llegó a la casa de los Byrne apenas media hora más tarde. Anna era la única que estaba en casa con los niños, Mark se encontraba en el hospital esperando el resultado de la operación de su esposa, cuya vida pendía de un hilo.

Anna le contó lo sucedido, ya había repetido aquella misma historia más de tres veces. Todos conocían la antipatía entre madre e hija, pero era difícil creer que el accidente fuera en realidad un homicidio.

George escuchó el relato de la mujer, le parecía increíble que Marta hubiera sobrevivido al disparo, la hemorragia, y hubiera logrado atravesar el túnel, sin respirar, y alcanzar la orilla del canal a nado, pero no podía olvidar que había sido entrenada por los marines y estaba acostumbrada a enfrentarse a situaciones desesperadas.

Después se dirigió al hospital, Mark esperaba en la habitación. Unos minutos más tarde llegó Alexandra. El doctor se acercó a los dos hombres y les empezó a informar del pronóstico.

—Es pronto para asegurar nada, pero estamos convencidos de que sobrevivirá. La bala no ha tocado ningún órgano vital, se alojó debajo del estómago y hemos logrado extraerla.

—Gracias a Dios —dijo Mark aliviado.

—¿Cuándo podré hablar con ella? —preguntó George.

—Tal vez mañana, ahora tiene que recuperar fuerzas.

—Mañana será demasiado tarde —dijo el agente, desesperado. De nuevo la asesina andaba suelta por la ciudad, además tenía que corroborar la versión de Anna.

El doctor encogió los hombros y salió de la habitación. Mark se dirigió a un lado de la cabecera y el agente al otro. Alexandra no parecía completamente dormida, hacía esfuerzos por hablar, aunque apenas tenía voz.

—Tranquila —dijo Mark—. Será mejor que descanses.

Alexandra se incorporó un poco y susurró unas palabras. George se agachó y logró oírla.

—Sálvela, no deje que lo haga.

—¿Qué va a hacer?

—Es el último negrito. Ella piensa que estoy muerta, en el libro el asesino terminaba suicidándose.

—Pero ¿por dónde puedo comenzar a buscar? —preguntó George desconcertado.

—El zoo, tiene que morir a manos de un oso. No olvide el verso de la canción —dijo la mujer con gran esfuerzo; después, perdió el conocimiento.

## CAPÍTULO 30

Cuando George dio la orden de desalojar el zoológico, llevaba más de una hora abierto. Salió con su vehículo a toda velocidad por las calles dominicales de Seattle y rezó para llegar a tiempo. Aparcó en la puerta y corrió con media docena de agentes hacia la jaula de los osos. La mayoría de los visitantes salía en dirección contraria apremiada por los guardas y el personal del centro, mientras los agentes, pistola en mano, corrían hacia el interior. En unos diez minutos habían llegado a la zona de los osos, separada del público con un foso cubierto de agua. Los guardas del zoo acordonaban la zona, George se dirigió directamente al que se encontraba al mando.

—Hola. ¿Han visto algo sospechoso?

—No, señor —contestó el hombre.

George intentó escrutar toda la zona, la pradera delantera y la zona arbolada al fondo. Se frotó la frente, intentando entender lo que sucedía; tal vez se había equivocado y Marta no iba a intentar suicidarse o lo iba a probar en alguno de los bosques del estado, de una forma anónima. Aunque después de todos los crímenes, le costaba imaginar que fuera a comportarse de esa manera justo en ese momento.

—Tenemos que entrar —dijo George, que temía que la mujer ya estuviera dentro del recinto de los osos.

—Es muy peligroso, ni siquiera los cuidadores lo hacen, esperan a que los osos estén encerrados en sus jaulas —dijo el jefe de los guardianes.

George titubeó un momento, no quería poner en peligro la vida de ninguno de sus hombres.

—Denme eso —dijo, quitándole de las manos un fusil con dardos tranquilizantes. Después rodeó el edificio y entró en el recinto. La mayoría de los osos, a esa hora de la mañana, estaban metidos en una pequeña cueva artificial; era casi periodo de hibernación y apenas tenían algo de actividad en todo el día, pero uno de los grandes machos parecía inquieto, muy próximo a la zona del foso.

George se aproximó muy despacio, aquellos animales eran muy sensibles al movimiento y el ruido. Debía pasar desapercibido la mayor parte del tiempo, al menos hasta que tuviera a Marta a la vista, aún peor sería intentar sacarla de allí.

Caminó por la hierba mojada, el oso macho apenas estaba a unos treinta metros y, aunque se encontraba de espaldas, estaba seguro de que podía olfatearlo y correr hasta él como una centella.

Oyó un chasquido en la parte trasera; de entre los arbustos salió Marta, sujetándose el brazo herido, que continuaba sangrando, lo que volvería loco a un oso. La sangre podía atraerlos a varios kilómetros a la redonda.

La mujer se acercó al oso y este la miró indiferente. Marta levantó los brazos para llamar su atención y el animal se puso de pie sobre las patas traseras. Su altura era imponente, pero más aún su rugido.

Marta retrocedió un par de pasos, más movida por el instinto que por la cordura. George corrió hacia ellos y a menos de veinte pasos hincó una rodilla y apuntó. En décimas de segundo el animal caería sobre él y ya no tendría nada que hacer. Disparó con el corazón desbocado y cerró los ojos por un instante. Sintió el aire que desplazaba el animal, después el olor y, cuando volvió a abrir los ojos, el oso se desplomó a pocos centímetros de su rodilla.

Marta lo miró sorprendida, entonces corrió hacia el resto de animales gritando y agitando los brazos. Los osos adultos se pusieron en guardia y los pequeños se cobijaron a sus espaldas. De repente dos hembras se abalanzaron contra ella, y apenas comenzaron los zarpazos, la mujer comenzó a sangrar por todos lados; sus gritos desgarradores se oyeron en todo el zoo.

George dio un paso hacia la mujer, pero cuando vio que una de las osas corría hacia él se detuvo en seco y miró la puerta del recinto. Calculó lo que tardaría en llegar hasta ella, pero otro oso algo más joven se unió al grupo y desistió de intentar llegar hasta allí.

Las dos osas más grandes destrozaron a Marta como si fuera una muñeca de trapo. George comenzó a correr hacia el foso de agua. Los osos podían nadar, pero no se metían en el agua a no ser que fuera para pescar o salvarse de un incendio. Saltó e intentó llegar al otro lado, pero cayó en mitad del agua. Notó un zarpazo en la espalda y la sangre comenzó a manar, enturbiando el foso. A pesar del dolor, George nadó con todas sus fuerzas y alcanzó el otro lado. Dos de sus compañeros lo sacaron del agua y lo tumbaron. El hombre hizo un gesto de dolor y en unos segundos perdió el conocimiento. Mientras su consciencia desaparecía, oyó en su mente la canción «Los diez negritos»: Marta había logrado completar casi por completo su macabro plan. Todas las figuras de los diez negritos estaban quebradas sobre el gran escenario de la ciudad de Seattle, únicamente la vida de Alexandra pendía de un hilo. George no deseaba vivir, no tenía intención de luchar, pero en algunas ocasiones las derrotas más grandes pueden convertirse en una pequeña victoria, cuando el hombre entiende que nada está bajo su control y que la vida, en el fondo, es lo que sucede mientras él intenta hacer planes.

# EPÍLOGO

## *Un año más tarde*

Después de la cena de Acción de Gracias Alexandra comenzó a organizar las cosas para Navidad. Tenía que pensar en los regalos de los niños, la fiesta del colegio, la comida, los adornos y un sinfín de tareas que cada madre del mundo prepara cada año con esmero, deseosa de que sus hijos vivan unas fiestas inolvidables. Dejó todas las bolsas en el maletero de su coche y salió del aparcamiento. La biblioteca se encontraba apenas a unos metros. Esta era la primera reunión de un nuevo Club de Lectura. Le había costado mucho decidirse, aún flotaban en el aire los terribles acontecimientos del año anterior y la gente seguía hablando de la Asesina de las Damas. Había soportado el acoso de la prensa tras su recuperación, los documentales que constantemente hacían sobre la vida de su desgraciada hija; sin proponérselo, se había convertido en una persona muy conocida en la ciudad. La gente la paraba por la calle para agradecerle que descubriera a la asesina, otros la insultaban llamándola la «madre del Diablo», los menos le mostraban su pesar por la muerte de su hija.

Entró en la biblioteca sin muchas expectativas, aunque había recibido dos o tres confirmaciones de asistencia. El formato, enfoque y temática del Club de Lectura seguiría siendo el mismo. No podía evitar estar interesada en las novelas de misterio, suspense e intriga.

Llegó al gran recibidor, subió por las escaleras mecánicas y se dirigió al rincón en el que solía sentarse el antiguo grupo. Una pequeña nube negra de tristeza pareció opacar aquel día tan esperado, cuando recordó que ya no volvería a ver a ninguna de sus amigas, pero en cuanto se asomó y vio a algo más de una treintena de personas, no pudo evitar emocionarse un poco.

El amplio grupo de hombres y mujeres se alborotó al verla llegar. Algunos permanecían de pie, aunque la mayoría había logrado acercarse a alguna silla y formar una especie de gran círculo al lado de los ordenadores.

—¡Dios mío! —exclamó mientras se acercaba a la única silla que había libre.

La gente la saludó, algunos hicieron algún comentario breve, pero lo que más le sorprendió fue una mano que se apoyó de repente en su hombro.

—Alexandra, únicamente quería saludarla. En todo este tiempo no hemos coincidido en ninguna parte y me gustaría presentarle mis respetos. Quiero que sepa que hice todo lo posible para salvar a su hija.

Alexandra alzó la cabeza y contempló el rostro sonriente de George Costa. Parecía plenamente recuperado, ya no mostraba en el rostro el agotamiento y el estrés

de aquellas terribles semanas de noviembre; en cierto sentido parecía un hombre nuevo.

—Gracias a usted, por al menos intentarlo. Muchos pensaban que Rose merecía morir, en cierto sentido todos lo merecemos. La muerte es algo inevitable, casi liberador, pero ella no era la única culpable de todo lo que pasó.

—La entiendo, a veces la justicia y la misericordia no se dan la mano.

—¿Continúa en el FBI? —preguntó ella. Sabía que algunos agentes dejaban la Agencia tras sufrir un episodio tan dramático.

—Bueno, no sé hacer otra cosa. Están escribiendo un libro sobre el caso y quieren hacer una película, ya sabe cómo son los medios de comunicación.

—Espero que todo le marche bien —comentó Alexandra.

George sonrió de nuevo y se encaminó a la salida. Ella lo observó por última vez, sus destinos se separaban para siempre. Pensó en lo misteriosa que era la vida, en cómo las personas salían y entraban de ella, algunas sin dejar huella y otras marcándote para siempre.

—Bueno, creo que a todos les ha llegado el tema y el libro que vamos a comenzar a leer —dijo girándose al grupo. Sentía el hormigueo en el estómago, todas aquellas personas eran absolutos desconocidos. Estaba casi segura de que en unas semanas el grupo se habría reducido a menos de la mitad, pero intentó ser amable y animar a todos a participar—. Yo soy Alexandra Byrne, y si me pidieran que me definiese no sería sencillo, pero si algo he aprendido en el último año es cuáles deben ser las prioridades en mi vida. Hace unos años era una doctora frustrada, infeliz, que buscaba ser perfecta en todo y se sentía indigna. Odiaba a mi madre por no ser como yo, culpaba a mi esposo por continuar ejerciendo su profesión, no lograba disfrutar de mis hijos, siempre agobiada por los pequeños detalles que nunca salen como deseamos. Si me preguntan cómo me veo ahora, la respuesta es muy diferente. Soy una mujer, lo que significa que siento, amo, pero también que pienso y actúo. Ya no me importa tanto mi profesión, ahora quiero hacer el oficio más difícil del mundo, mal pagado y menos reconocido: ser la tutora, consejera, paño de lágrimas y modelo para mis hijos. Mi ambición es ayudar a que se conviertan en buenas personas, no personas importantes, excelentes profesionales, exitosos y ricos. Espero que Tim, Tommy, Betty y Sally algún día ayuden a mejorar este mundo. Tuve una hija que perdí, a la que no supe amar, pero les aseguro que eso no volverá a repetirse. Bueno, ahora les toca a ustedes.

Se hizo un largo silencio, a veces la gente no está acostumbrada a la sinceridad en un mundo repleto de máscaras; en el eterno carnaval de la vida, la verdad puede parecer grosera, descarnada e incómoda, pero no hay nada tan liberador, sanador y reconfortante como ser uno mismo.

# CIUDAD DE SEATTLE

La ciudad de Seattle se encuentra situada en una pequeña franja de tierra entre las aguas saladas del Puget Sound y las aguas dulces del lago Washington. Es una ciudad construida sobre colinas y rodeada por lagos, con un clima suave que beneficia a su rica naturaleza y produce abundantes recursos naturales.

Los primeros colonos llegaron a Seattle en 1851 y fundaron una pequeña localidad llamada Nueva York. Pronto se mudaron a un emplazamiento mejor en la bahía de Elliott, en lo que ahora se conoce como el barrio histórico de Pioneer Square, donde los colonos tenían un puerto de más calado y resguardado de los vientos para sacar sus mercancías de la bahía. La localidad recibió el nombre de Seattle en honor a un jefe indio llamado Duwamish Sealth que había mantenido una buena relación con los colonos.

Durante el año 1900 dos ferrocarriles transcontinentales más, los sistemas de Union Pacific y Milwaukee Road, llegaron a Seattle, lo que convirtió a la ciudad en un centro de comercio y transporte marítimo, especialmente con la lejana Asia y el Pacífico Norte.

En la Primera Guerra Mundial la ciudad se volcó en su industria de construcción naval, que llegó a representar el veinte por ciento de la producción total de barcos de guerra.

La Depresión de la década de 1930 golpeó con especial dureza Seattle, que no se recuperó hasta la llegada de la famosa empresa de fabricación de aviones The Boeing Company, fundada en 1916. La creación del famoso Boeing 707 convirtió a la compañía en la más exitosa fabricante de aviones de pasajeros durante décadas.

En los últimos años la llegada de las empresas tecnológicas y de venta *online* han convertido a Seattle en una de las ciudades más modernas y cosmopolitas del mundo.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a Eli por ser la mejor persona que conozco, su amor me ha convertido en un hombre mucho más sabio.

Un generoso agradecimiento a Paola Luzio, que con su entusiasmo anima a muchos escritores a sacar lo mejor de ellos mismos.

Enfrentarse a nuestros defectos y miedos no es fácil, pero llevar las cargas del pasado es mucho peor. A todos los valientes que en algún momento de su vida decidieron que era hora de cambiar y ahora son libres.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, 23 de Junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones. Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y la *Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

# Notas

[1] Frase de Julio César: «La suerte está echada». <<